

# La situación mundial

Trotsky, León

Disponível em: <https://ceip.org.ar/La-situacion-mundial>

## LA SITUACIÓN MUNDIAL[1]

Junio de 1921

¡Camaradas! El problema a que consagro mi informe es muy complejo; temo que mi discurso no lo abarque. Me veo obligado a pedirles que le presten verdadera atención, pues no estoy seguro de haber acertado al reunir los datos conseguidos de tal forma que mi informe requiera el menor esfuerzo por parte de mis oyentes. Es decir, que no estoy seguro tampoco, de poder expresar mis ideas sobre la situación internacional con el orden y la claridad necesarias.

Después de la guerra imperialista, entramos en un período revolucionario, o sea en un período durante el cual las bases del equilibrio capitalista se quiebran y caen. El equilibrio capitalista es un fenómeno complicado; el régimen capitalista construye ese equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y lo rompe otra vez, ensanchando, de paso, los límites de su dominio. En el esfera económica, estas constantes rupturas y restauraciones del equilibrio toman la forma de crisis y booms. En la esfera de las relaciones entre clases, la ruptura del equilibrio consiste en huelgas, en lock-outs, en lucha revolucionaria. En la esfera de las relaciones entre estados, la ruptura del equilibrio es la guerra, o bien, más solapadamente, la guerra de las tarifas aduaneras, la guerra económica o bloqueo. El capitalismo posee entonces un equilibrio dinámico, el cual está siempre en proceso de ruptura o restauración. Al mismo tiempo, semejante equilibrio posee gran fuerza de resistencia; la prueba mejor que tenemos de ella es que aún existe el mundo capitalista.

La última guerra imperialista constituyó el acontecimiento que, acertadamente, consideramos como un golpe terrible, sin precedente histórico, asestado al equilibrio del mundo capitalista. Es así que, después de la guerra, comienza la época de los grandes movimientos de masas y de las luchas revolucionarias. Rusia, el más débil de los eslabones que formaban la cadena capitalista, fue quien primero perdió su equilibrio, y también quien antes ingresó en la vía revolucionaria (marzo de 1917). Nuestra revolución de febrero tuvo resonancias enormes en las masas trabajadoras de Inglaterra. El año 1917 fue, en Inglaterra, el de las inmensas huelgas por medio de las cuales el proletariado inglés logró frenar el proceso de caída de las condiciones de vida entre las masas trabajadoras provocado por la guerra. En octubre de 1917, la clase obrera de Rusia se tomó el poder. Una ola de huelgas recorrió el mundo capitalista, empezando por los países neutrales. En otoño de 1918, Japón soportó los grandes desórdenes llamados "del arroz", que según datos, arrastraron al movimiento hasta un 25 por ciento de la población del país, y provocaron crueles persecuciones por parte del Gobierno del Mikado. En enero de 1918, estalló en Alemania una importante huelga.

Al final de 1918, después del debate del militarismo germánico, estallaron revoluciones en Alemania y Austria-Hungría. El movimiento revolucionario continúa expandiéndose. El año 1919 es el más crítico para el capitalismo, sobre todo para el de Europa. En marzo de 1919 se proclama en Hungría la República Soviética. En enero y marzo de 1919, obreros revolucionarios sostienen terribles combates contra la república burguesa en Alemania. En Francia hay tensión en la atmósfera durante el período de desmovilización, pero las ilusiones de victoria y las esperanzas de sus frutos dorados siguen siendo igualmente fuertes. La lucha ni siquiera se aproxima aquí a las proporciones que asume en los países conquistados. En los Estados Unidos, hacia fines de 1919, las huelgas adquieren mayor amplitud y arrastran a su seno a los mineros, a los metalúrgicos, etc., etc. El gobierno de Wilson\* da inicio a persecuciones furiosas contra la clase obrera. En la primavera de 1920, en Alemania, la tentativa contrarrevolucionaria de Kapp moviliza y dispone al combate a la clase trabajadora. Sin embargo, el intenso movimiento desordenado de los obreros alemanes es ahogado esta vez por la República de Ebert\*, que ellos acaban de salvar. En Francia la situación política se agudiza en mayo de 1920, desde la proclamación de la huelga general. No hay, además, tal huelga; que está mal preparada y traicionada por los jefes oportunistas, los cuales -aunque no lo osaron confesar- jamás la quisieron. En agosto, la marcha del Ejército Rojo sobre Varsovia, que constituye parte de la lucha revolucionaria internacional, sufre un fracaso. En septiembre, los obreros italianos, tomando al pie de la letra la agitación revolucionaria -puramente verbal- del Partido Socialista, se apoderan de las fábricas y de los talleres; pero, traicionados vergonzosamente por el Partido, sufren derrotas en toda la línea y son sometidos, a partir de este hecho, a una contraofensiva implacable por parte de la reacción coaligada. Es en diciembre cuando estalla otra huelga revolucionaria en Checoslovaquia. Finalmente, durante el año 1921 un gran combate revolucionario que produce numerosas víctimas, se desarrolla en la Alemania central, y en Inglaterra se produce una obstinada huelga entre los mineros. Cuando, durante el primer período inmediato a la guerra, observamos el crecimiento del movimiento revolucionario, algunos de nosotros pudimos creer -asesorados por razones históricas- que tal movimiento, cada día más fuerte y extendido, debía conducir inevitablemente al poder a la clase obrera. No obstante, ya han transcurrido casi tres años desde la guerra europea. En el mundo entero, salvo en Rusia, el poder continúa en manos de la burguesía. Verdad es que, en este tiempo, el mundo capitalista no quedó inmutable. Ha sufrido cambios. Europa y el mundo entero, atraviesan un período de desmovilización extremadamente peligroso para la burguesía; período de desmovilización de los hombres y de las cosas, es decir de la industria; período durante el cual se ha producido un monstruoso acrecentamiento de la actividad comercial y, enseguida, una crisis que aún dura. He aquí que una pregunta nace con enorme amplitud: la evolución que en este momento se realiza ¿tiende realmente a la revolución, o habrá que admitir que el capitalismo ha vencido los obstáculos creados por la guerra y que, si aún no se ha restablecido el equilibrio capitalista, está en vías de restablecerse sobre nuevas bases después de la guerra?

## La burguesía se tranquiliza

Si antes de analizar esa pregunta en relación con su base económica, la estudiamos desde el punto de vista político, a la fuerza habremos de comprobar que toda una serie de detalles, hechos y declaraciones atestiguan que la burguesía se ha hecho más fuerte y más estable como clase en el poder, o al menos así lo cree ella. En 1919, la burguesía europea estaba en plena confusión; era para ella una época de pánico, eran los días del miedo loco al Bolchevismo, al cual imaginaba bajo formas vagas y amenazadoras, y al cual los carteles en París mostraban como a un hombre con el cuchillo entre los dientes. En realidad, encarnado en este espectro del Bolchevismo con un cuchillo, estaba el miedo de la burguesía europea a la retribución por los crímenes que cometió durante la guerra. Sabía bien la burguesía hasta qué punto los resultados de la guerra no se correspondieron con las promesas que ella había hecho. Conocía perfectamente la extensión de los sacrificios en los hombres y en los bienes, y temía el arreglo de sus cuentas. El año 1919 fue, sin duda, el año más crítico para la burguesía. En 1920 y 1921, se la ve adquirir nuevamente su seguridad de antaño y acrecentar su aparato gubernamental que, a consecuencia de la guerra, en ciertos países -Italia, por ejemplo-, se encontraba en plena descomposición y que hoy se refuerza, sin duda alguna. El aplomo de la burguesía toma la forma más sorprendente en Italia después de la cobarde traición del Partido Socialista en el mes de septiembre. La burguesía creía encontrar en su camino cuadrillas de asesinos, y se dio cuenta pronto de que sólo tenía ante sí cobardes. Una enfermedad que en estos últimos tiempos me ha inmovilizado, me permitió, a cambio de no realizar mi trabajo activo, leer un gran número de folletos extranjeros, y he acumulado un paquete de recortes en los que claramente se observa el cambio de sentimientos de la burguesía y su nuevo concepto de la situación política mundial. Todos los testimonios se reducen a uno solo: la moral de la burguesía es, en estos momentos, indudablemente mejor que en 1919 e incluso que en 1920. Así, tomo como ejemplo, las notas publicadas en un periódico suizo, serio y puramente capitalista, *Neue Züricher Zeitung*, sobre la situación política en Francia, Italia y Alemania, son muy interesantes sobre este particular. Suiza, que depende de esos países, se interesa mucho por su situación interior. He aquí lo que decía este diario sobre los acontecimientos de marzo en Alemania: “La Alemania de 1921 no se parece a la de 1918. La conciencia gubernamental se refuerza por todos lados, hasta el punto de que los métodos comunistas encuentran actualmente una viva resistencia en casi todas las capas sociales, aunque la fuerza de los comunistas, que no estaban representados durante la revolución más que por un pequeño grupo de hombres resueltos, haya aumentado diez veces.” En abril, el mismo diario, en ocasión de las elecciones en el parlamento italiano, describe la situación interna de Italia del modo que sigue: “Año 1919: la burguesía está desordenada, el bolchevismo ataca decididamente. Año 1921: el

bolchevismo está vencido y disperso, la burguesía ataca decididamente.” Un periódico francés influyente, Le Temps, dijo, en ocasión del Primero de Mayo de este año, que no quedaba ni rastro de la amenaza del golpe de Estado revolucionario que envenenó la atmósfera de Francia en mayo del año pasado, etc... De tal modo, que no parece ya dudoso que la clase burguesa haya recobrado vigor, ni que los Estados hayan reforzado su aparato policial después de la guerra. Pero este hecho, por importante que sea, no resuelve el problema; en todo caso, nuestros enemigos se apresuran a sacar la conclusión del fracaso de nuestro programa. Seguramente esperábamos ver derrotada a la burguesía en 1919. Pero es evidente que no estábamos muy confiados en ello, y que no ha sido en esta derrota en donde hemos basado nuestro plan de acción. Cuando los teóricos de la II Internacional y de la Internacional Dos y Media dicen que hemos fracasado en lo que concierne a nuestras predicciones, uno podría pensar que se trataba de predecir un fenómeno astronómico. Es como si nos hubiéramos equivocado en nuestros cálculos matemáticos según los cuales un eclipse solar ocurriría en tal y tal día, y por lo tanto demostráramos ser malos astrónomos. En verdad, no se trataba de eso: no predecíamos un eclipse de sol, es decir un fenómeno fuera de nuestra voluntad y del campo de nuestra acción. Se trataba de un acontecimiento histórico que debía cumplirse, y se cumplirá con nuestra participación. Cuando hablábamos de la revolución que debía resultar de la guerra mundial, significaba que intentábamos e intentamos aún explotar las consecuencias de tal guerra, a fin de acelerar el advenimiento de la revolución mundial. El hecho de que la revolución no ha sucedido todavía en el mundo entero o, al menos, en Europa, no significa “que la IC haya sido vencida” porque el programa de la Comintern no está basado en datos astronómicos. Todo lo cual aparece claro para cualquier comunista que lo analice, siquiera sea brevemente, desde su punto de vista. No habiendo sobrevenido la revolución sobre las huellas candentes de la guerra, es evidente que la burguesía se ha aprovechado de un momento de descanso, si no para reparar, al menos para enmascarar las espantosas consecuencias amenazadoras de la guerra. ¿Lo ha logrado? En parte. ¿Hasta qué punto? Este es el fondo mismo de la cuestión, que roza el restablecimiento del equilibrio capitalista.

¿Se ha reconstruido el equilibrio mundial?

¿Qué significa el equilibrio capitalista del que tan bonitamente habla el menchevismo internacional? Este concepto del equilibrio no ha sido analizado ni expresado por los socialdemócratas. El equilibrio capitalista está determinado por hechos, fenómenos y factores múltiples: de primera, segunda y tercera categoría. El capitalismo es un fenómeno mundial. Ha conseguido dominar el mundo entero, como ha podido observarse durante la guerra: cuando un país producía de más, sin tener mercado que consumiese sus mercancías, mientras que otro necesitaba productos que le eran inaccesibles. En aquel momento, la interdependencia de las diferentes partes del mercado mundial se hacía sentir en todo sitio. En la etapa alcanzada antes de la guerra, el capitalismo estaba

basado en la división internacional del trabajo y en el intercambio internacional de los productos. Es necesario que América[2] produzca determinada cantidad de trigo para Europa. Es preciso que Francia fabrique determinada cantidad de objetos de lujo para América. Es imprescindible que Alemania haga cierto número de objetos vulgares y económicos para Francia. Sin embargo, esta división del trabajo no es siempre la misma, no está sujeta a reglas. Se estableció históricamente, y a veces se turba por crisis, competencias y tarifas. Pero, en general, la economía mundial se funda sobre el hecho de que la producción del mundo se reparta, en mayor o menor proporción, entre diferentes países. Semejante división del trabajo universal, conmovida hasta la raíz por la guerra ¿se ha reconstruido o no? He ahí uno de los aspectos del asunto. En cada país, la agricultura provee a la industria con objetos de primera necesidad para los obreros y con bienes para la producción (materias primas); a su vez, la industria provee al campo de objetos de uso personal y doméstico, así como de instrumentos de producción agrícola. De este modo queda establecida cierta reciprocidad. En el interior de la misma industria asistimos a la fabricación de instrumentos de producción y a la fabricación de objetos de consumo, y entre estas dos ramas principales de la industria se establece cierta interrelación, la cual pasa por constantes rupturas para ser reconstruida sobre nuevas bases. La guerra destruyó estas relaciones. Durante la misma la industria de Europa -y en gran medida las de América y Japón- no produjeron tantos bienes de consumo y medios de producción como de destrucción. Pues si llegaban a producir objetos de uso personal, éstos se destinaban principalmente a los soldados de los ejércitos imperialistas, con desventaja para los productores obreros. Ahora bien, las relaciones rotas entre la ciudad y el campo, entre las distintas ramas de la industria dentro de cada país. ¿Se han reconstruido o no? Hay que considerar, además, el equilibrio de las clases basado sobre el de la economía nacional. En el período anterior a la guerra, existía una paz armada, no solamente en lo que se refiere a las relaciones internacionales sino -en gran escala- en cuanto se refería a la burguesía y al proletariado, gracias a un sistema de acuerdos colectivos referente a los salarios; sistema llevado a cabo por los sindicatos centralizados y el capital industrial, a su vez centralizándose más y más. Tal equilibrio se rompió con la guerra, lo que ha provocado un movimiento formidable de huelgas en el mundo entero. El equilibrio relativo de las clases en la sociedad burguesa, equilibrio sin el cual toda producción se hace imposible, ¿se ha restablecido o no? Y si es así, ¿sobre qué bases? El equilibrio entre las clases está estrechamente ligado al equilibrio político. La burguesía, antes y durante la guerra, sostenía su mecanismo interior con la ayuda de los socialdemócratas, de los socialpatriotas, que eran sus principales agentes y mantenían la clase obrera en el marco de un equilibrio burgués. Únicamente por esto pudo la burguesía hacer la guerra. ¿Ha reconstruido ya su sistema político, y hasta qué punto los socialdemócratas conservan o perdieron su influencia sobre las masas y son capaces de representar su papel de guardianes de la burguesía? Más tarde se aborda la cuestión del equilibrio internacional, es decir, de la coexistencia de los Estados capitalistas, sin la cual, evidentemente, la reconstrucción de la economía capitalista se

hace imposible. ¿Ha sido alcanzado ya el equilibrio en esta esfera, o no? Todos los aspectos del problema deben ser analizados para que podamos contestar a la pregunta si la situación mundial continúa hacia la revolución o, por el contrario, si tienen razón los que consideran nuestros puntos de vista revolucionarios como utópicos. El estudio de cada aspecto de este problema debe ilustrarse con hechos numerosos y cifras difíciles de someter a tan grande asamblea y que apenas pueden retenerse. Así que, brevemente, trataré de exponer algunos datos esenciales que nos permitan orientarnos. ¿Se ha establecido una nueva división del trabajo? En este terreno, el hecho decisivo es el traspaso del centro de gravedad de la economía capitalista y del poder burgués de Europa a América. Es este un hecho esencial que cada uno de vosotros, camaradas, debe grabar en su memoria de la manera más fija, a fin de que podáis comprender los acontecimientos que ante nosotros se desarrollarán aún en el transcurso de los años que sigan. Antes de la guerra, era Europa el centro capitalista del mundo; era su principal depósito, su principal oficina y banca. El industrial europeo, inglés en primer término, y alemán en segundo; el comerciante europeo, inglés sobre todo; el usurero europeo, inglés en primer lugar, enseguida francés, eran los directores efectivos de la economía mundial y, por consecuencia, de la política universal. Esto acabó. Europa ha sido arrojada a segundo lugar.

#### Decadencia Económica de Europa expresada en cifras

Ensayemos determinar en cifras aproximadas el traspaso del centro de gravedad económica y medir la decadencia económica de Europa. Antes de la guerra, la propiedad nacional, o sea el conjunto de fortunas de todos los ciudadanos y de todos los Estados que participaron en la última guerra, estaba valuado en unos 2.4 billones de marcos oro. La cantidad de cosas que producían en el curso de un año, ascendía a un ingreso de 340 mil millones de marcos oro. ¿Qué ha gastado y destruido la guerra? 1.2 billones de marcos oro, la mitad justa de lo que los países beligerantes habían amasado durante toda su existencia. Es evidente que se cubrían los gastos de guerra con las rentas corrientes. Pero si admitimos que la renta nacional de cada país cayó incluso un tercio durante la guerra, a consecuencia de la enorme disminución de la mano de obra, y que así alcanzó 225 mil millones de marcos oro; si, por otra parte, tomamos en consideración el que todos los gastos, fuera de los de guerra, absorbían el 55%, a la fuerza tendrá que reconocerse que las rentas nacionales corrientes no pudieron cubrir los gastos de la guerra más que en la proporción de 100 mil millones de marcos oro anualmente. Lo cual representa 400 mil millones de marcos oro en los cuatro años de lucha. Por consecuencia, los 800 mil millones de marcos que faltaban debían ser sacados del capital de las mismas naciones beligerantes y, sobre todo, en base de la no reconstrucción de su aparato productor. Se comprende que la fortuna general de los países beligerantes, no representa después de la guerra 2.4 billones de marcos oro, sino solamente 1.6 billones de marcos oro, de forma que ha disminuido en un tercio.



Sin embargo, todos los países que tomaron parte en la guerra no se arruinaron en las mismas proporciones. Al contrario, hay entre los beligerantes, países que se han enriquecido, como los Estados Unidos y Japón. Lo cual quiere decir que los Estados europeos que lucharon han perdido más de un tercio de su fortuna nacional; algunos, como Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Balcanes, perdieron más de la mitad.

El capitalismo como sistema económico está, como ustedes saben, lleno de contradicciones. Esas contradicciones alcanzaron proporciones colosales durante la guerra. A fin de procurarse los medios con que hacer la guerra, el Estado ha pedido recursos por medio de las medidas siguientes: en primer lugar, emitiendo papel moneda y, por otra parte, lanzando préstamos. De tal modo, la circulación de los antedichos valores aumentaba cada vez más. Gracias a este medio, el Estado sacaba del país valores materiales y efectivos y los destruía en la guerra. Cuanto más gastaba el Estado, cuantos más valores reales destruía, más se amontonaban en el país los valores ficticios. Los contratos de préstamo se apilaban por doquier. Parecía que el país se había enriquecido extraordinariamente, pero en realidad sus fundamentos económicos se debilitaban cada vez más, se quebrantaban más, caían en ruinas. Las deudas del Estado alcanzaron la cifra de 1 billón de marcos oro, lo que representa un 62% de la actual riqueza de los países beligerantes. Antes de la guerra circulaban papel moneda y títulos de crédito por un valor aproximado de 28 mil millones de marcos oro. En este momento la cantidad es entre 220 mil y 280 mil millones, o sea diez veces más, sin contar claro, a Rusia, pues sólo hablamos del mundo capitalista. Todo esto concierne principalmente -aunque no "exclusivamente"- a los países de Europa; sobre todo, a los del continente y, en primer término, a la Europa central. En general, conforme Europa devenía más pobre se recubría, y se recubre, de una cada vez más espesa costra de valor en papel, o sea lo que se llama capital ficticio. Este capital ficticio -papeles de crédito, bonos del tesoro, títulos de la deuda, billetes de banco, etc.- representa o el recuerdo del capital difunto o la esperanza del capital nuevo. Pero en el presente no corresponde a ningún capital real. Cuando el Estado negociaba un empréstito para obras productivas, como por ejemplo, el Canal de Suez, los valores en papel emitidos por el Estado tenían al dorso un valor real: el Canal de Suez, que permite el paso de los barcos, recibe una remuneración, da rentas; en una palabra, participa de la economía nacional. Cuando el Estado hacía empréstitos para la guerra, los valores movilizados a favor del empréstito destruían y reunían a un mismo tiempo valores nuevos. No obstante, los títulos de la deuda han quedado en los bolsillos y en las carteras de los ciudadanos; el Estado les debe centenas de millones, esas centenas de millones que existen bajo la forma de billetes en el bolsillo de los que se los prestaron al Estado, ¿son millones verdaderos? No existen. Han sido destruidos, quemados. El detentador de ese papel ¿qué aguarda? Si es un francés, espera que Francia arranque esos millones a Alemania, junto con su carne, y le pague. La destrucción de los cimientos de las naciones capitalistas, la destrucción de su organización productora, ha retoñado -en verdad- bajo diversas relaciones que se escapan a las estadísticas.

Este hecho es singularmente llamativo en lo que se refiere a la vivienda. Vistos los beneficios enormes del tiempo de guerra y de después, todas las fuerzas del capital han tendido hacia la producción de nuevos objetivos de consumo personal o militar. En cuanto al restablecimiento de la organización productora fundamental, se ha ido descuidando cada vez más. Sobre todo en lo que respecta a la construcción de viviendas urbanas. Se reparan mal las casas viejas, se construyen nuevos inmuebles en cantidades insignificantes. Así se ha provocado una necesidad colosal de vivienda en el mundo capitalista. Debido a la actual crisis la destrucción del aparato productivo puede no ser perceptible hoy, ya que los principales países capitalistas no utilizan más que la mitad o un tercio de sus capacidades productivas. Pero en la esfera de la vivienda, debido al constante crecimiento de la población, la desorganización del aparato económico se manifiesta a pleno. Se necesitan centenas de miles y hasta millones de viviendas en América, Inglaterra, Alemania y Francia. Pero los trabajos necesarios para resolver esas necesidades encuentran dificultades insuperables, provocadas por el empobrecimiento general. El capitalismo europeo debe y deberá ajustarse los cinturones, reducir el alcance de sus operaciones y descender a un nivel más bajo en los próximos años.

Como he dicho, en el cuadro del empobrecimiento general de Europa diferentes países se han arruinado en diferentes proporciones. Consideremos el caso de Alemania, el país que más ha sufrido entre las grandes potencias capitalistas. Citaré algunas cifras fundamentales que caracterizan la situación de Alemania antes y después de la guerra. Estas cifras no son exactas, claro. El cálculo estadístico de la riqueza y de las rentas nacionales es una cosa muy difícil de lograr bajo la anarquía capitalista. Un cálculo real de las rentas y riquezas no será posible más que en los regímenes socialistas, y se expresará en unidades de trabajo humano. Claro que hablamos del régimen socialista bien organizado y funcionando regularmente, que tan lejos estamos todavía de alcanzar. Pero hasta las cifras que no son exactas del todo nos servirán para darnos una idea aproximada de los cambios producidos en la situación económica de Alemania y de los demás países en los últimos seis o siete años. Se calculaba la riqueza nacional de Alemania antes de la guerra en 225 mil millones de marcos oro, mientras que el ingreso nacional más alto de preguerra fue de 40 mil millones de marcos oro. Como es sabido, en aquella época Alemania se enriquecía velozmente. En 1896 su renta era de 22 mil millones de marcos oro. En dieciocho años (1896-1913) aumentó 18 mil millones, a razón de mil millones por año. Aquellos dieciocho años fueron la época del formidable crecimiento del capitalismo en el mundo entero, y sobre todo en Alemania. Hoy, la riqueza nacional de esta nación se estima en 100 mil millones de marcos oro, y su ingreso en 16 mil, o sea un 40% del que tenía antes de la guerra. Verdad que Alemania perdió una parte de su territorio, pero sus pérdidas más considerables fueron los gastos de guerra y el pillaje sufrido después. El economista Richard Calwer (de Alemania) considera que, tanto en el terreno de la industria como en el de la agricultura, Alemania produce al presente mucho menos de la mitad de lo que producía antes de la guerra. De



modo que los cálculos del economista alemán confirman en todos sus puntos las cifras que acabo de citar. Al mismo tiempo, la deuda del Estado alemán aumenta hasta alcanzar los 250 mil millones de marcos; es decir, que es dos veces y media mayor que la riqueza de Alemania. Por otra parte, a este país se le han impuesto unas retribuciones de 132 mil millones de marcos. Si los ingleses y los franceses decidieran tomar esta suma entera e inmediatamente, se verían obligados a meterse en los bolsillos a Alemania, desde las minas de Stinnes hasta los botones de la camisa del presidente Ebert. El papel moneda se cifra actualmente en Alemania en 81 mil millones de marcos. Cinco mil millones apenas se garantizan por las reservas oro. De donde resulta que el valor interior del marco alemán no alcanza ahora más de siete peniques. Lo cierto es que, después de la guerra, Alemania apareció victoriosa sobre el mercado mundial, exportando a bajo precio sus mercancías. Pero mientras que estos bajos precios dejaban beneficios considerables a los negociantes y exportadores alemanes, representaba a fin de cuentas, la ruina para la población alemana considerada de conjunto. En efecto, el bajo precio en el mercado mundial se obtenía disminuyendo los salarios y dejando morir de hambre a los obreros, haciendo participar al Estado de la compra del pan, tasando de cierta manera los alquileres, lo que provocaba a su vez la detención de la construcción de inmuebles, limitando las reparaciones, etc.. De tal modo, cada artículo alemán arrojado al mercado mundial lleva consigo una parte de la riqueza nacional alemana, contra la cual Alemania no dispone de ningún equivalente. A fin de "sanear" la economía alemana, es preciso estabilizar su moneda: es decir que hay que detener la emisión de valores papel y disminuir la cantidad de los que están en circulación. Pero para obtener tal resultado hay que renunciar al pago de las deudas, proclamar la quiebra del Estado. Sin embargo, esta medida equivale por sí sola a la ruptura del equilibrio, ya que ella implica una transferencia de propiedad de sus actuales poseedores a otras manos, y debe por lo tanto provocar una encarnizada lucha de clases por la nueva distribución del ingreso nacional. Mientras tanto Alemania se empobrece y continua cayendo. Tomemos ahora un país victorioso: Francia. Si comparamos la situación actual de Francia con la que tenía durante los años 1918-1919, diremos: "Sí, algunas mejoras se advierten". Citaré ahora algunas cifras que los economistas burgueses franceses están presuntuosamente utilizando en un intento de demostrar que la economía capitalista de este país se ha restaurado. Examinemos por ejemplo, el estado de la agricultura francesa. Francia producía antes de la guerra, 86 millones de quintales métricos de trigo, 52 de avena, 132 de papas por año. El año 1919 ha dado 50 millones de trigo; la cosecha de 1920 ha dado 63. En 1919 se han recolectado 77 millones de quintales de papas; en 1920, 103. Examinemos el estado del ganado: en 1913 Francia contaba con 15 millones de carneros; hoy (1921) tiene 12,8 millones. Había en Francia 7 millones de cerdos en 1913; ahora, 4. Como se ve, la disminución es considerable. Veamos la producción de carbón, base esencial de la industria. En 1913 se extraían en Francia 41 millones de toneladas de carbón, contra 22 millones en 1919 y 25 en 1920. Si tomamos en consideración la producción de Alsacia-Lorena y de la cuenca

del Sarre conseguiremos la cifra de 35,6 millones de toneladas en 1919. Por consecuencia, comprobamos aquí un aumento de la producción, que sin embargo está muy lejos de obtener el nivel de antes de la guerra. ¿Por qué medios se ha alcanzado este progreso, por pequeño que sea? En la agricultura se debe sobre todo, al trabajo encarnizado del labriego francés. En el terreno capitalista se ha logrado por el pillaje contra Alemania, a la cual se le han tomado vacas, granos, máquinas, locomotoras, oro y especialmente carbón. Desde el punto de vista de la economía nacional no hay nada positivo aquí, ningún valor nuevo; se trata principalmente de un desplazamiento de los valores antiguos. Es preciso añadir que las pérdidas de Alemania fueron de una vez y media a dos veces más grandes que las conquistas de Francia.

Vemos, pues, que habiéndole arrebatado Francia a Alemania sus principales distritos de producción metalúrgica y carbonera, aún está lejos de alcanzar su propio nivel de producción de antes de la guerra. Tomemos el comercio exterior francés. El balance comercial caracteriza el equilibrio económico internacional, o sea el estado de los cambios entre diversos países. Un país capitalista considera como favorable su situación si exporta al extranjero más que lo que importa. La diferencia se le paga en oro. Semejante balance se denomina activo. Si un país se ve obligado a importar más que a exportar, su balance es pasivo y le obliga a añadir a las mercancías exportadas una parte de sus reservas-oro. De tal modo, la base de su sistema monetario y de su crédito se arruina. Fijándonos en Francia en los dos últimos años (1919-1920), los dos años que la burguesía francesa ha consagrado al trabajo de 'reconstrucción', veremos que el pasivo comercial de 1919 se cifraba en 24 mil millones, y en 1920 en 13 mil. El burgués francés jamás vio cifras parecidas ni aun en las pesadillas más terribles de antes de la guerra. El pasivo comercial de estos dos años es de 27 mil millones. Durante el primer trimestre de 1921, Francia realizó su balance comercial sin pasivo, o lo que es igual, a que sus exportaciones han sido iguales a sus importaciones. Por esta razón algunos economistas franceses cantaron victoria: "Francia está en vías de reconstruir su equilibrio comercial", se decían. Pero el órgano directivo de la burguesía francesa, Le Temps, escribía sobre esto el 18 de mayo: "Están equivocados. No tuvimos que desembolsar oro durante estos tres meses solamente porque importamos muy pocas materias primas. Pero esto simplemente significa, que en la última parte del año exportaremos pocos productos manufacturados en base a materias primas extranjeras en general y americanas en particular. Por lo tanto, si hemos tenido un balance comercial favorable en estos tres meses, en el próximo período el déficit comercial empezará ineludiblemente a crecer."

Antes de la guerra había menos de 6 mil millones de francos en billetes en circulación: actualmente pasan de los 38 mil. En lo que concierne al poder de compra del franco, el mismo periódico Le Temps hace observar que hacia fines de marzo, cuando ya la crisis había comenzado en el mundo entero, los precios en América aumentaron en un 23%; es decir, menos de un cuarto en relación con los de antes de la guerra, mientras que en Francia aumentaron un 260%, o sea más de tres

veces y media que los de antes de la guerra. Esto significa que el poder de compra del franco ha disminuido. Examinaremos ahora el presupuesto francés. Se divide en dos partes: ordinario y extraordinario. El ordinario se valúa en 23 mil millones de francos, cifra desconocida antes ¿Adónde van esas sumas monstruosas? Quince mil millones se destinan a cubrir los intereses de las deudas, cinco mil millones al ejército; total 20 mil millones. Esto es cuanto el estado francés se apresta a sacar del contribuyente. En realidad, sólo alcanza a obtener 17 mil quinientos millones. Por lo tanto el ingreso normal del gobierno no basta para pagar los intereses y mantener el ejército. Nosotros vemos aún gastos extraordinarios: más de 5 mil millones para las tropas de ocupación y toda clase de retribuciones y reconstrucciones consecutivas a la guerra. Estos gastos son inscriptos a cuenta de Alemania. Pero es bastante autoevidente, que a medida que pasa el tiempo, Alemania es cada vez menos capaz de pagarlos. Entretanto el Estado francés continúa viviendo gracias a los nuevos empréstitos o imprimiendo papel moneda. León Chavenon, uno de los periodistas financieros franceses más autorizados, director de un periódico económico muy importante, L'Information, preconiza la supresión continua del papel moneda declarando: "No evitaremos esta necesidad sino por medio de una quiebra declarada." De tal manera, no existen más que dos eventualidades: una quiebra disfrazada, gracias a la impresión ilimitada de papel moneda o una quiebra franca. He aquí que estamos en Francia, un país victorioso que, en mitad de una Europa en ruinas, se encuentra en una situación favorable, en el sentido que ella pudo y puede reconstituir su equilibrio a costa de Alemania. La situación de Italia y de Bélgica no es mejor que la de Francia. Pasemos ahora al país más rico y poderoso de Europa: Gran Bretaña. Durante la guerra nos acostumbramos a decir que Inglaterra se enriquecía con la guerra, que la burguesía inglesa llevó a Europa a la guerra, y que se calentaba al calor del fuego que atizó. Lo cual era verdad hasta cierto punto. Inglaterra se enriqueció en el primer período de la guerra pero empezó a perder en el segundo. El empobrecimiento de Europa, especialmente de Europa Central sirvió para romper las relaciones comerciales entre Inglaterra y el resto del continente. Esta circunstancia debía, a fin de cuentas, afectar terriblemente a la industria y a las finanzas de Inglaterra, y la afectó. Además, Inglaterra debió soportar gastos formidables debidos a la guerra. Se encuentra actualmente en decadencia y ésta se acentúa cada vez más. El hecho que cito puede ser ilustrado por medio de cifras relativas a la industria y al comercio, pero no existe ningún género de duda, y tiene su completa expresión en la serie de declaraciones oficiales de los banqueros e industriales ingleses más notables. En el transcurso de marzo, de abril y de mayo, han publicado en los periódicos ingleses las cuentas de las asambleas anuales de las sociedades por acción, de las bancas, etc.. Esas asambleas, en las cuales los directores de las empresas han leído sus informes sobre la situación general de los negocios del país, o bien de sus ramas de industria respectivas, ofrecen documentación sumamente instructiva. He reunido una gran cantidad de esos informes. Atestiguan todos lo mismo: la renta nacional de Inglaterra, el conjunto de las rentas de los ciudadanos del mismo Estado, es menor que antes de la guerra.

Inglaterra se empobrece. La productividad del trabajo disminuye. Su comercio internacional ha bajado en 1920 en relación con el del año anterior al de la guerra, en al menos un tercio, y en ciertas ramas -las más importantes- mucho más todavía. Semejante cambio es muy notable, sobre todo en la industria del carbón, que representaba la rama principal de la economía inglesa o, mejor, la base de todo el sistema económico mundial de Inglaterra: el monopolio carbonero constituía la raíz del poder, el vigor y la prosperidad de todas las otras ramas de la industria inglesa. Ningún rastro de tal monopolio subsiste hoy. He aquí los datos relativos al estado de la economía que nos ocupa: en 1913, las minas inglesas dieron 287 millones de toneladas de carbón; en 1920, se extrajeron 233, lo que representa un 20% menos. En 1913 la producción de hierro de Inglaterra llegó a 10,4 millones de toneladas; en 1920, poco más de ocho millones, otro 20% de menos. Exportaba, en 1913, 73 millones de toneladas de carbón, y en 1920 apenas 25, un tercio del total de preguerra. Pero la crisis de la industria y de la exportación de carbón en 1921 tomó terribles proporciones. Se extrajeron en enero 19 millones de toneladas; en febrero 17; en marzo 16. Enseguida sobreviene la huelga general durante la cual la extracción del carbón se reduce casi a cero. La exportación en los primeros cinco meses de 1921 es seis veces menor que la del período correspondiente del año 1913. La explotación del mes de mayo de 1921, calculada en dinero, es tres veces menor que la del mes de mayo de 1920. La deuda nacional de Inglaterra se cifraba el 1º de agosto de 1914 en 700 millones de libras esterlinas; el 4 de junio de este año alcanzaba los 7.709 millones. Aumentó once veces. El presupuesto se ha triplicado. El derrumbamiento de la economía inglesa ha encontrado su más gráfica expresión en que una libra esterlina ya no es más una libra esterlina. En el mercado financiero mundial siempre ocupó la libra una situación preponderante. Las divisas de los demás países se conformaban al valor de la libra, que los ingleses llaman soberano. En este momento, la libra ha perdido su papel director. Su plaza es ocupada por el dólar, dueño actual del mercado financiero. La libra esterlina ha perdido ante el dólar un 24 por ciento de su valor nominal. Tal es la situación de Inglaterra, el país más rico de Europa, el que menos ha sufrido militarmente, y el que más se enriqueció en el primer período de la guerra. Los datos que acabamos de citar caracterizan suficientemente la situación de Europa entera. De los países que participaron en la guerra, Austria ocupa un polo a título de país que más ha sufrido (sin hablar de Rusia), e Inglaterra ocupa el polo opuesto. Entre estos dos países se encuentran: Alemania, Italia, Bélgica, Francia. Los países balcánicos se han arruinado completamente y han vuelto al estado de barbarie económico-cultural. En lo que concierne a los países neutrales, sin duda que se enriquecieron al principio de la guerra; pero, no pudiendo jugar un papel económico autónomo -porque estaban intercalados entre las grandes potencias, de las cuales dependían económicamente- la ruina de los principales estados de Europa, tuvo como corolario enormes dificultades económicas para los países neutrales que también rebajaron el nivel que alcanzaron en el primer período de la guerra.

Así, la fortuna de Europa en su conjunto, en cuanto comprende la cantidad de riquezas materiales producidas por la población europea entera, ha caído en al menos un tercio comparado con los tiempos de preguerra. Lo fundamental, como dije, es la ruina de la organización productora. El campesino no encuentra abonos químicos, instrumentos de arar, máquinas agrícolas; el propietario de minas, deseando alcanzar los precios más elevados para su carbón, no renueva su maquinaria; los depósitos de locomotoras se vacían, las vías férreas no reponen suficientemente su material, etc. Como consecuencia de las circunstancias, la trama de la vida económica se hace más débil, más leve, menos resistente. ¿Qué hacer para medir estos fenómenos, cómo darnos cuenta? La estadística capitalista es insuficiente para esto. Un inventario semejante, esto es, un inventario en términos de los valores de las condiciones productivas, no de una empresa aislada, sino de países enteros y del conjunto de Europa, indudablemente mostraría que los regímenes de guerra y postguerra sobrevivieron y sobreviven a expensas del capital productivo básico de Europa. Lo cual quiere decir, por ejemplo, que Alemania en lugar de emplear 50.000 obreros para mejorar el estado de sus minas, ocupa 50.000 obreros más para extraer el carbón que debe entregar a Francia. Por otra parte, Francia tiende a exportar la mayor cantidad posible de productos extranjeros, para disminuir su déficit comercial, descuidando a su vez su equipamiento en las proporciones necesarias. Y todo esto concierne a todos los países de Europa, pues Europa tiene, en su conjunto, un balance comercial deficitario, pasivo. El debilitamiento de las bases de la economía europea será mayor mañana de lo que fue ayer, y de lo que es hoy. El gran topo de la historia roe los cimientos de la estructura económica de Europa.

#### El florecimiento económico de América

Si pasamos al otro hemisferio, un cuadro distinto se nos ofrece. El desarrollo de América ha seguido una dirección diametralmente opuesta, pues se ha enriquecido enormemente en este tiempo. Tomó parte en la guerra, a título de proveedor. Verdad que también ha tenido algunos gastos con la guerra; pero esos gastos parecen insignificantes si los comparamos, no sólo con los beneficios de la guerra, sino con todas las ventajas que el desarrollo económico de América ha sacado de la guerra. Los Estados Unidos han encontrado en Europa algo más que un mercado casi ilimitado, en el cual se le compraba en firme, pues a la vez se han desembarazado, por largos años, de sus competidores en el mercado mundial: Alemania e Inglaterra, que soportaron el peso mayor de la guerra. Hasta la misma guerra, la mayor parte de las exportaciones americanas, dos tercios del total, consistían de productos agrícolas y materias primas. En el curso de la guerra, la exportación de los Estados Unidos aumentó sin cesar y con rapidez febril. Basta decir que el excedente de sus exportaciones sobre sus importaciones en seis años (1915-1920) se calcula en 18 mil millones de dólares. A la vez, el carácter de sus exportaciones ha cambiado radicalmente. Hoy los Estados Unidos exportan 60% de productos manufacturados y solamente 40% de productos agrícolas, comestibles y materias primas.



A fin de fijar el papel actual de los Estados Unidos en la economía mundial, citaré las siguientes cifras fundamentales:

El 6% de la humanidad habita el territorio de los Estados Unidos, que ocupan el 7% de la superficie terrestre; el 20% de la producción global de oro se encuentra en este país; los Estados Unidos poseen el 30% del tonelaje de la flota comercial del mundo, mientras que antes de la guerra sólo tenían un 5%. La producción del acero y del hierro constituye, en los Estados Unidos, un 40% de la producción mundial; la del plomo, 49%, la de la plata, 40%; del zinc, 50%; del carbón, 45%; del aluminio 60%, otro tanto del cobre y del algodón; del petróleo, de 66 a 70%, del maíz, 75%, y de los automóviles, 85%. Existen hoy en el mundo entero diez millones de automóviles; de ellos, América posee ocho millones y medio, y el resto del mundo, 1.400.000. En América se cuenta un auto por cada doce habitantes. Así también el dominio sobre el mercado del carbón ha pasado definitivamente de Inglaterra a los Estados Unidos. La superioridad de éstos en el terreno del petróleo, que desempeña un papel cada vez mayor en la industria y en la guerra, no es menos aplastante. Pero el cambio no sólo se ha operado en la industria y el comercio mundiales, alcanza también al mercado financiero. El usurero principal del mundo de preguerra era Inglaterra; enseguida venía Francia. El mundo entero, incluyendo a América, le debía. Por el contrario, en este momento, el único país que a nadie debe y al que todo el mundo le debe son los Estados Unidos. Europa, los Estados europeos, las ciudades y las empresas deben a los Estados Unidos 18 mil millones de dólares oro. Y esto es sólo el comienzo. Cada día que pasa aumenta esa deuda en 10 millones de dólares gracias a los intereses impagos y a la apertura de nuevos créditos. De tal modo, el dólar se ha convertido en el "soberano" del mercado financiero mundial. Antaño, al presentarse el dólar en el mercado, decía: "Valgo, poco más o menos, un quinto de libra esterlina." En lo que respecta a esta última, no necesitaba presentación: existía como libra esterlina sencillamente. Ahora la situación ha cambiado. Hoy, la libra esterlina, como las demás unidades monetarias, necesita un pasaporte, y en él se dice que la libra esterlina no es eso en realidad, sino que vale un cierto número de dólares (casi un cuarto menos de lo que marcaban los indicadores financieros de antes de la guerra). Casi la mitad del oro mundial, que sirve de base al sistema monetario, se concentra en los Estados Unidos: ¡cerca de la mitad de las reservas-oro del mundo! Tal es la situación de América del Norte después de la guerra. ¿De qué modo se ha establecido? Se fundó sobre el mercado de guerra de Europa, que era ilimitado y que pagaba a cualquier precio. En las colonias inglesas, en Asia, en África, en América del Sur, los Estados Unidos tenían competidores. Como en su mayoría han desaparecido, los Estados Unidos pueden desenvolverse sin trabas. Durante siete años hemos asistido a un cambio completo en el dominio de la división del trabajo en el mundo entero. Durante más de cuatro años, Europa fue una hoguera en la que ardían sus rentas y su mismo capital; en esa hoguera, la burguesía americana calentaba sus manos. La potencia productora de América crece incesantemente; pero el mercado cesó de existir,

porque Europa se arruinó y no encuentra el medio de comprar las mercancías americanas. Es como si Europa hubiera ayudado con todas sus fuerzas a América a subir a la más alta cima, para luego sacar la escalera.

Los otros países. La crisis

Japón aprovechó también el tiempo de guerra, y su capitalismo hizo grandes progresos que, sin embargo, no pueden compararse con el desarrollo de los Estados Unidos. Ciertas ramas de la industria japonesa han crecido con la velocidad de plantas en invernadero. No obstante, aunque Japón haya sido capaz de desarrollar rápidamente ciertas ramas de su industria, gracias a la ausencia de competidores, no podrá guardar las posiciones conquistadas después que algunos de sus rivales hayan reaparecido en el mercado. La cifra general de obreros y obreras japoneses (el trabajo femenino alcanzó rápida difusión en el Japón) se calcula en 2.370.000, de los que 270.000 (casi el 12%) están sindicalizados.

En los países coloniales y semicoloniales, en las Indias orientales, en la China, el capitalismo hizo grandes conquistas en los últimos años. Antes de la guerra, Asia producía 56 millones de toneladas de carbón; en 1920 llegó a los 76 millones, o sea 36 % de más. El mundo sufre en este momento una crisis muy dura, que comenzó en la primavera de 1920 en Japón y América, países que estaban progresando en este último período. The Economist, el más autorizado periódico inglés sobre economía, relataba de manera curiosa el principio de la crisis. Es un episodio muy interesante. El obrero americano, vedlo, se enriquece y se pone a comprar camisas de seda, cuya fabricación constituye la más importante de las ramas de la industria textil japonesa. La industria japonesa de la seda se desarrolló enormemente en poco tiempo; pero el poder adquisitivo de los obreros es limitado, y cayó súbitamente cuando la industria americana comenzó su reconversión a raíz de la paz. Se produce entonces una aguda crisis en la industria sedera japonesa. Otros aspectos de la industria han sido, a su vez, conmovidos por la misma crisis que atravesó el océano y estalló en América, alcanzando en el momento presente proporciones desconocidas en la historia del capitalismo. De manera que lo que comenzó por una cosa insignificante, por una minúscula camisa de seda, ha terminado en un gran desastre; los precios han caído con rapidez vertiginosa, las fábricas cerraron sus puertas y arrojaron a la calle a sus obreros. Actualmente, pasan de seis millones los obreros sin trabajo. El episodio relativo a las camisas de seda juega en la historia de la crisis casi el mismo papel que el aletazo que provoca el vendaval. No hay duda de que éste estaba a punto de producirse, sin embargo, el episodio es aún más interesante bajo este aspecto que caracteriza la mejoría cierta de la situación material de algunas categorías obreras americanas durante los años pasados. Gran parte de los ocho millones y medio de automóviles pertenecen a obreros calificados, pero hoy y sobre todo en el próximo período, los obreros americanos no tendrán los medios para automóviles y camisas de seda.

Vemos, pues, una crisis en Europa y otra en América. Pero son bien distintas. Europa se arruina, América se enriquece. La organización productiva de América está, relativamente, en buen estado. Sus fábricas son de primera clase, su equipamiento y suministros están cerca. Es cierto que la calidad de sus productos ha bajado durante la guerra, sus vías férreas no se encuentran en perfecto estado; sus capitalistas se preocupan, sobre todo del transporte de sus mercancías hacia los puertos de Oriente; pero, en general, no sólo ha conservado América su envergadura económica, sino que la ha acrecentado. La demanda de Europa ha disminuido; nada puede dar a cambio de las mercancías americanas. El centro de gravedad de la economía mundial se ha pasado de golpe a América y, en parte, al Japón. Si Europa sufre anemia, América sufre congestión. Esta anormal incongruencia entre las condiciones de las economías europeas y americanas -una ruinoso incongruencia para ambos lados- encuentra su más gráfica expresión en la esfera del transporte por mar. En esta esfera como en tantas otras, la posición dominante antes de la guerra pertenecía a Inglaterra. Concentraba en sus manos cerca del 50% del tonelaje mundial. Buscando asegurar su dominio en todos sentidos, los Estados Unidos se han dedicado a construir su flota de guerra tan rápidamente como desarrollaron su comercio durante la guerra. Su tonelaje, que no pasaba de tres o cuatro millones, se calcula hoy (1921) en quince millones, casi igual al de Inglaterra. El tonelaje mundial aumentó en el curso de este último año cerca de un quinto, y no obstante, la industria y el comercio del mundo están en baja. No hay nada que transportar. La anemia de Europa y la congestión de América paralizan del mismo modo los transportes del Atlántico.

## Boom y crisis

Los economistas burgueses y los reformistas, que tienen interés en presentar la situación del capitalismo bajo un aspecto favorable, dicen: "La crisis actual no prueba nada por sí misma. Por el contrario es un fenómeno normal. Después de la guerra presenciamos un boom industrial, y ahora una crisis; por lo tanto el capitalismo vive y se desenvuelve." En efecto, el capitalismo vive por crisis y booms, así como un ser humano vive por inhalar y exhalar. Primero hay un boom en la industria, luego una paralización, luego una crisis, seguida por una paralización en la crisis, luego una mejora, otra paralización, y así continúa. La alternancia de las crisis y los booms, con todos sus estados intermedios, constituye un ciclo o uno de los grandes ciclos del desarrollo industrial. Cada ciclo abarca un período de ocho, nueve, diez, once años. Si estudiamos los ciento treinta y ocho últimos años, percibimos que a este período corresponden dieciséis ciclos. A cada ciclo corresponde, en consecuencia, poco menos de nueve años: ocho años cinco octavos. Por razón de sus contradicciones interiores, el capitalismo no se desarrolla en línea recta, sino de manera zigzagueante: ora se levanta, ora cae. Es precisamente este fenómeno el que permite decir a los apologistas del capitalismo: "Desde que observamos luego de la guerra una sucesión de booms y crisis, se desprende que todas las cosas están trabajando

juntas para lo mejor del capitalismo.” Sin embargo la realidad es otra. El hecho que el capitalismo continúe oscilando cíclicamente luego de la guerra indica, sencillamente, que aún no ha muerto y que todavía no nos enfrentamos con un cadáver. Hasta que el capitalismo no sea vencido por una revolución proletaria, continuará viviendo en ciclos, subiendo y bajando. Las crisis y los booms son propios del capitalismo desde el día de su nacimiento; le acompañarán hasta la tumba. Pero para definir la edad del capitalismo y su estado general, para establecer si aún está desarrollándose, o si ya ha madurado, o si está en decadencia, uno debe diagnosticar el carácter de los ciclos, tal como se juzga el estado del organismo humano, según el modo como respira: tranquila o entrecortadamente, profundo o suave, etc.

El fondo mismo de este problema, camaradas, puede ser presentado de la siguiente manera: tomemos el desarrollo del capitalismo (el progreso en la extracción del carbón, la fabricación de telas, la producción del hierro, la fundición, el comercio exterior, etc.) en los últimos ciento treinta y ocho años, y representémosle por una curva. Si en los movimientos de esta curva, nosotros expresamos el curso real del desarrollo económico, encontraremos que esta curva no oscila hacia arriba en un arco ininterrumpido, sino en zigzags, curvándose hacia arriba y hacia abajo en correspondencia con los respectivos booms y crisis. Entonces, la curva del desarrollo económico es un compuesto de dos movimientos: uno, primario, que expresa el crecimiento ascendente del capitalismo; y otro, secundario, que corresponde a las oscilaciones periódicas constantes, relativas a los dieciséis ciclos de un período de ciento treinta y ocho años. En ese tiempo, el capitalismo ha vivido aspirando y expirando de manera diferente, según las épocas. Desde el punto de vista del movimiento de base, es decir, desde el punto de vista del progreso y decadencia del capitalismo, la época de 138 años [133, incorrecto en el original inglés, N. del T.] puede dividirse en cinco períodos: de 1781 a 1851, el capitalismo se desarrolla lentamente, la curva sube penosamente; después de la revolución de 1848, que ensancha los límites del mercado europeo, asistimos a un punto de ruptura. Entre 1851 y 1873, la curva sube de golpe. En 1873, las fuerzas productivas desarrolladas chocan con los límites del mercado. Se produce un pánico financiero. Enseguida, comienza un período de depresión que se prolonga hasta 1894. Las fluctuaciones cíclicas tienen lugar durante este tiempo; pero la curva básica queda al mismo nivel, aproximadamente. A partir de 1894 empieza un nuevo boom capitalista hasta la guerra, casi, la curva sube con vertiginosa rapidez. Al fin, el fracaso de la economía capitalista en el curso del quinto período tiene efecto a partir de 1914.

¿Cómo se combinan las fluctuaciones cíclicas con el movimiento primario? Claramente se ve que, durante los períodos de desarrollo rápido del capitalismo, las crisis son breves y de carácter superficial mientras que las épocas de boom, son prolongadas. En el período de decadencia, las crisis duran largo tiempo y los éxitos son momentáneos, superficiales, y están basados en la especulación. En las horas de estancamiento, las oscilaciones se producen alrededor de un mismo nivel.

He aquí, pues, cómo se determina el estado general del capitalismo, según el carácter particular de su respiración y de su pulso.

## El boom de postguerra

Después de la guerra se creó una situación económica indefinida. Pero, a partir de la primavera de 1919, comenzó el boom: los mercados de valores se pusieron activos (los precios subieron con la rapidez de una columna de mercurio en el agua hirviente). ¿La industria? Siguió bajando en el Centro, en el Este y en el Sudeste de Europa, como lo prueban las cifras antedichas. En Francia, gracias al saqueo de Alemania, tuvo lugar una cierta mejoría. En Inglaterra, en parte estancamiento, en parte depresión, con la sola excepción de su flota comercial, cuyo tonelaje aumentó en la misma proporción en que bajaba el comercio. Entonces, el boom en Europa tuvo en general un carácter semificticio y especulativo, que fue el índice no del progreso, sino, por el contrario, de una nueva baja de la economía. En los Estados Unidos, después de la guerra, disminuyó la industria de guerra, hasta que se transformó en industria de paz. Puede comprobarse un resurgimiento en la industria del carbón, del petróleo, de los automóviles y de la construcción naval. El camarada Varga\*, en su magnífico folleto, observa con justicia: “Que el boom de postguerra ha tenido carácter especulativo se comprueba del modo más sencillo con el ejemplo de Alemania. Mientras los precios en un año y medio se septuplicaron, la industria alemana retrocedió... Su oportunidad era favorable a la venta: el resto de los stocks en el mercado interno se exportaba al extranjero a precios que desafiaban toda competencia.” El alza más considerable de los precios tuvo lugar en Alemania, donde la industria continuaba descendiendo. Los precios aumentaron menos en los Estados Unidos, cuya industria seguía levantándose. Entre Alemania y los Estados Unidos se sitúan Francia e Inglaterra. ¿Cómo se realiza, cómo se explica el boom? En primer término, por causas económicas: las relaciones internacionales han sido reanudadas, aunque en proporciones restringidas, y por todas partes observamos demandas de las mercancías más variadas. En segundo término por causas político-financieras: los gobiernos europeos sintieron un miedo mortal por la crisis que se produciría después de la guerra, y recurrieron a todas las medidas para sostener el boom artificial creado por la guerra durante el período de desmovilización. Los gobiernos continuaron poniendo en circulación papel moneda en gran cantidad, lanzándose en nuevos empréstitos, regulando los beneficios, los salarios y el precio del pan, cubriendo así una parte de los salarios de los obreros desmovilizados, disponiendo de los fondos nacionales, creando una actividad económica artificial en el país. De este modo, durante todo este intervalo, el capital ficticio seguía creciendo, sobre todo en los países cuya industria bajaba. No obstante, el boom ficticio de postguerra ha tenido serias consecuencias políticas: puede decirse, fundadamente, que ha salvado a la burguesía. Si los obreros desmovilizados hubieran tenido que sufrir, desde el principio, el desempleo, el decaimiento del nivel de vida comparado con el de antes



de la guerra, los resultados hubieran sido fatales para la burguesía. El profesor inglés Edwin Cannan escribió sobre esto en un balance de fin de año, en el Manchester Guardian: “La impaciencia de los hombres que vuelven del campo de batalla es muy peligrosa”, y explica juiciosamente la transición favorable a través del período más grave de la postguerra (1919), por el hecho que el gobierno y la burguesía, a través de esfuerzos conjuntos, pospusieron y demoraron la crisis, creando una prosperidad artificial mediante la ulterior destrucción del capital europeo básico.

“Si -dijo Cannan- la situación económica de enero de 1919 hubiera sido igual a la de 1921, la Europa occidental podría haber caído en el caos.” La fiebre de la guerra duró aún un año y medio y la crisis no comenzó hasta que la masa de los obreros y de los campesinos desmovilizados se había dispersado en el país.

### La crisis actual

Habiendo llegado al fin de la desmovilización y resistido el primer choque de las masas obreras, la burguesía después de un momento de pánico y desorden, recobró su confianza. Parece que solamente a partir de este momento empezaba una época de gran prosperidad que no tendría fin. Los representantes más notables de la política y de las finanzas inglesas, propusieron un empréstito internacional de dos mil millones de libras para los trabajos de reconstrucción. Se creía que sobre Europa iba a caer una lluvia de oro, para crear una prosperidad universal. De este modo, la ruina de Europa, la destrucción de las ciudades y los pueblos se cambiaba, gracias a la cifra fabulosa del empréstito, en riqueza, aunque esta cifra por sí misma no fuese sino el símbolo de la miseria. Sin embargo, la realidad obligó a la burguesía a abandonar enseguida sus fantasías. Ya he dicho de qué forma empezó la crisis en Japón (mes de marzo), en Estados Unidos (abril) y se extendió enseguida a Inglaterra, Francia, Italia y, en la segunda mitad del año, al mundo entero. De cuanto se ha dicho hasta ahora se deduce que no asistimos en este momento a simples fluctuaciones en el curso de un ciclo industrial recurrente sino al arreglo de cuentas relativo a los gastos y ruinas de la guerra y de la postguerra. En 1913 las importaciones netas de todos los países se calculaban entre 65 y 70 mil millones de marcos oro. En esa suma, la parte de Rusia era de dos mil quinientos millones, la de Austria-Hungría de tres, la de los países balcánicos de uno, la de Alemania de once. Constituían, pues, las importaciones, de la Europa Central y Oriental el cuarto de las del mundo entero. Actualmente todos esos países importan menos de la quinta parte de lo que importaban antes de la guerra. Las cifras caracterizan suficientemente la capacidad de compra que hoy tiene Europa. ¿Cuáles son las perspectivas económicas inmediatas? Es evidente que América se verá obligada a disminuir su producción, no teniendo la posibilidad de reconquistar el mercado europeo de antes de la guerra. Por otro lado, Europa no podrá reconstruir sus regiones más devastadas ni las ramas más importantes de su industria. Por cuya razón

asistiremos en el futuro a un retorno penoso al estado económico de antes de la guerra, y a una dilatada crisis: al marcado estancamiento en algunos países y en ramas de las industrias particulares; en otros, a un desarrollo muy lento. Las fluctuaciones cíclicas seguirán teniendo lugar, pero en general, la curva del desarrollo capitalista no se inclinará hacia arriba sino hacia abajo.

### Crisis, boom y revolución

Las relación recíproca entre el boom y la crisis en la economía y el desarrollo de la revolución es de gran interés para nosotros no sólo desde el punto de vista de la teoría sino desde el práctico. Muchos de ustedes recordarán que Marx y Engels, escribieron en 1851 (cuando el boom estaba en su cima), que era necesario reconocer en ese momento que la revolución de 1848 había terminado o al menos había sido interrumpida hasta una nueva crisis. Engels escribió que la crisis de 1847 era la madre de la revolución y que el boom de 1849-1851 había favorecido la marcha victoriosa de la contrarrevolución. A pesar de todo, sería sin embargo, falso e injusto interpretar estos juicios en el sentido de que una crisis invariablemente engendra una acción revolucionaria y que los booms, en cambio, pacifican a la clase obrera. La revolución de 1848 no nació de la crisis; ésta no le prestó más que su impulso. En realidad, la revolución fue provocada por la contradicción entre las necesidades del desarrollo capitalista y las cadenas que el Estado político y social semifeudal le habían impuesto. La revolución de 1848, parcial e indecisa, borró sin embargo las últimas huellas del régimen de servilismo y de gremios y ensanchó el límite del desarrollo capitalista. Únicamente en estas condiciones pudo ser considerado el boom de 1851 como el principio de un crecimiento capitalista prolongado hasta el año 1873. ¿Puede alcanzarse el mismo resultado a partir del ascenso económico de 1919-1920? No. Ningún ensanchamiento del límite del desarrollo capitalista entra en cuenta. ¿Quiere esto decir entonces que en el futuro se halla excluido todo boom comercial-industrial? ¡De ninguna manera! Ya he dicho que en tanto el capitalismo sigue vivo, continua inhalando y exhalando. Pero durante el período en que hemos ingresado, período de retribuciones por la destrucción y la ruina de la guerra, período de regreso al viejo estado económico, todo resurgimiento tiene que ser superficial, puesto que será provocado por la especulación, mientras que las crisis serán más largas y profundas. En tal caso, el restablecimiento del equilibrio capitalista sobre nuevas bases, ¿es posible? Si admitimos por un momento que la clase obrera no se alzarán en una lucha revolucionaria, sino que le dará la oportunidad a la burguesía de dirigir los destinos del mundo durante largos años, digamos dos o tres décadas, entonces, con toda seguridad será restaurado algún tipo de equilibrio. Europa sufrirá retrocesos. Millones de obreros europeos morirán de hambre. Los Estados Unidos tendrán que reorientarse en el mercado mundial, reducir su industria, retroceder durante largo tiempo. Después del establecimiento de nuevas divisiones del trabajo en el mundo por semejante vía dolorosa, en quince, veinte, veinticinco años, acaso pueda comenzar una nueva época del resurgimiento capitalista.

Mas, todo este razonamiento es abstracto y enfoca sólo un aspecto de la cuestión. Presentamos aquí el problema como si el proletariado hubiera cesado de luchar. Sin embargo, no se puede siquiera hablar de esto, aunque sólo sea por la razón de que las contradicciones de clase se han agravado en extremo precisamente durante los últimos años.

### Agudeza de las contradicciones sociales

La evolución económica no es un proceso automático. Hasta aquí he hablado de las bases de producción, pero las cosas no quedan ahí. Sobre estas bases viven y trabajan los hombres, y es para estos hombres para quienes la revolución se realiza. ¿Qué ha ocurrido en el dominio de las relaciones entre los hombres, o mejor dicho, entre las clases? Hemos visto que Alemania y ciertos países de Europa han sido arrojados, en lo que concierne a su nivel económico, a veinte o treinta años atrás. Y desde el punto de vista social, en el sentido de clase ¿han retrocedido también? En absoluto. Las clases, en Alemania, el número de los obreros y su concentración, la organización del capital, todo se desarrolló antes de la guerra gracias a la prosperidad de los últimos años, y este desenvolvimiento hace progresos aún: durante la guerra, a consecuencia de la intervención del Estado, y después de la guerra a causa de la fiebre de especulación y del cúmulo de capitales. Asistimos a dos procesos de la evolución económica: la riqueza nacional y las rentas nacionales disminuyen, mientras que el desarrollo de las clases aumenta. El número de proletarios aumenta, los capitales se concentran en cada vez menos manos, las bancas se fusionan, las empresas industriales se concentran en trusts. Todo lo cual determina que se haga inevitable la lucha de clases, cada vez más aguda, como resultado de la reducción de las rentas nacionales. Cuanto más se restrinja la base material, más crecerá la lucha entre las clases y los diferentes grupos por el reparto de las rentas nacionales. No hay que olvidar nunca esta circunstancia. Si Europa, en relación con sus riquezas nacionales, ha retrocedido treinta años, eso no quiere decir que se haya rejuvenecido treinta años. Por el contrario, se ha arruinado como si fuera treinta años más vieja, y desde el punto de vista de la lucha de clases ha envejecido trescientos años. Así, pues, se ofrecen las relaciones entre el proletariado y la burguesía.

### Los campesinos

Se dijo en el primer período de la guerra que ésta enriquecía a los campesinos del mundo europeo. En efecto, el Estado tenía extrema necesidad de pan y de carne para su ejército. Por esos productos se pagaban precios locos que subían sin cesar, y los campesinos llenaban sus bolsillos de billetes de banco. Con el papel moneda que cada día se desvalorizaba más, pagaban los labriegos sus deudas contraídas en moneda de oro. Verdaderamente, ésta era para ellos una operación ventajosa.

Los economistas burgueses pensaron que tal prosperidad de la economía campesina aseguraría,

después de la guerra, la estabilidad del capitalismo. Pero se equivocaron. Los campesinos liquidaron sus hipotecas, mas la economía agrícola no consiste en pagar al banco cuanto se le debe. Consiste, además, en trabajar la tierra, en abonarla, en acrecentar el material de labranza, en recoger buenas cosechas, en mejorar la técnica, etc.. Todo lo cual, o no se ha hecho, o ha costado muchísimo dinero. Por otra parte, la mano de obra faltaba, la agricultura decrecía, y después de un momento de prosperidad semificticia, los campesinos comenzaron a arruinarse. Este fenómeno se comprueba, aunque en diferentes proporciones, en toda Europa y sobre todo, en América. Los agricultores americanos, canadienses, sudamericanos y australianos comenzaron a sufrir terriblemente a partir del día en que se dieron cuenta que Europa, arruinada, ya no podía comprarles trigo. El precio del trigo bajó. Cierta mar de fondo comenzó a notar entre los agricultores, y pasó a propagarse al mundo restante. Así fue cómo el campesino cesó de ser el mantenedor del orden. La clase obrera tiene la posibilidad de arrastrar con ella a una parte de los campesinos (campesinos pobres), y de neutralizar a otra (campesinos medios), y de aislar y paralizar a los campesinos ricos.

#### Una nueva clase media

Los reformistas habían contado mucho con la llamada clase media. Los ingenieros, los técnicos, los médicos, los abogados, los contadores, los empleados, los funcionarios, etc., forman una capa social media conservadora entre el capital y el trabajo, y que, siguiendo a los reformistas, está destinada a reconciliar a las dos partes y a dirigir, al mismo tiempo que sostener, el régimen democrático.

Durante la guerra, y después de ella, esta clase sufrió casi más que los obreros; es decir, que el nivel de su vida ha bajado más que el de la clase obrera. La disminución del poder de compra del dinero, la desvalorización del papel moneda, es la causa principal de tal estado de cosas. En todos los países de Europa apareció un gran descontento entre los pequeños y medianos funcionarios, como entre los intelectuales técnicos. En Italia, por ejemplo, tiene ahora lugar una huelga de funcionarios. Evidentemente los funcionarios, empleados de banco, etc., no constituyen una clase proletaria, pero sí han perdido su antiguo carácter conservador. No sostienen el Estado, mientras que otros quebrantan y minan su organización gracias a su descontento y a sus protestas. El descontento de los intelectuales burgueses crece aún por culpa de sus ligaduras con la pequeña y mediana burguesía industrial y comercial. Esta última se siente frustrada y perdida. La alta burguesía, unida en sus trusts, continúa enriqueciéndose a pesar de la ruina del país. Se apodera de una parte cada vez más grande de las rentas nacionales, que disminuyen cada día más. La burguesía ajena a los trusts y la moderna clase media, declinan también. En lo que concierne al proletariado, es muy probable que, a pesar de la baja del nivel de su existencia, la parte general que sobresale sobre la renta nacional declinante es mayor ahora que antes de la guerra. En cuanto al obrero, no se preocupa de las estadísticas, pero se interesa de la

baja del nivel de su existencia y se esfuerza en aumentar su parte del ingreso nacional. Así los campesinos están descontentos de la decadencia de la economía agrícola; los intelectuales se arruinan; la burguesía -mediana y pequeña- está arruinada e irritada. La lucha de las clases se hace más aguda.

## Las relaciones internacionales

Las relaciones internacionales juegan un papel muy importante en la vida del mundo capitalista, el cual lo ha notado claramente durante la guerra mundial. En este momento, cuando abordamos la cuestión de saber si el capital está o no en vías de restablecer su equilibrio mundial, es preciso que veamos en qué condiciones internacionales se produce este trabajo de reconstrucción. No es difícil convencerse de que las relaciones internacionales se volvieron mucho menos adaptadas al desarrollo "pacífico" del capitalismo, de lo que eran antes de la guerra. ¿Por qué estalló la guerra? Porque las fuerzas productivas se sentían oprimidas en los límites de los estados capitalistas más potentes. La tendencia del capital imperialista consistía en suprimir las fronteras políticas y apoderarse de toda la tierra; suprimir las aduanas, los tabiques que detenían el progreso de las fuerzas productoras. Tal es la base económica del capitalismo y tales han sido las causas de la guerra. ¿Y el resultado? Europa es ahora más rica en fronteras y en aduanas de lo que jamás fue. Se ha fundado un gran número de pequeños estados. Una docena de líneas aduaneras atraviesan hoy el territorio de la ex Austria-Hungría. El inglés Keynes\* llamó a Europa casa de locos, y en efecto, desde el punto de vista del progreso económico, toda esta novedad de pequeños Estados que la reducen, con su sistema de aduanas, etc. se presenta como un monstruoso anacronismo, como una absurda incursión de la Edad Media en el siglo XX. En el momento en que la península balcánica recae en el estado de barbarie, Europa se balcaniza. Las relaciones entre Alemania y Francia excluyen, como en el pasado, la posibilidad de cualquier equilibrio europeo. Francia está obligada a robar y violentar a Alemania para mantener su equilibrio de clases, al que la "agotada base" de la economía francesa no corresponde. Alemania no puede ni podrá ser víctima de semejante trama. Actualmente, cierto, se ha llevado a cabo un acuerdo. Alemania se ha comprometido a pagar anualmente dos mil millones de marcos oro, y, además, el 26% sobre sus exportaciones. Tal acuerdo representa una gran victoria de la política inglesa, que quiere impedir la ocupación del Ruhr por los franceses. La mayor parte del hierro europeo se encuentra hoy en manos de Francia. La mayor cantidad de carbón entre las de Alemania. La reunión del hierro francés con el carbón alemán constituye una condición primordial del renacimiento económico de Europa; mas, semejante reunión, absolutamente precisa para el desarrollo de la producción, constituye un peligro de muerte para el capitalismo inglés. Y es porque todos los esfuerzos de Londres tienden a impedir la aproximación pacífica o violenta, del mineral francés y el carbón alemán. Francia aceptó provisionalmente el compromiso, tanto más cuanto su organización productora



estaba desorganizada y ella era hasta incapaz de utilizar la cantidad de carbón que Alemania estaba obligada a proporcionarle. Sin embargo, nada de esto quiere decir que el problema del Ruhr esté resuelto definitivamente. A la primera falta de Alemania en lo que atañe a sus obligaciones, la suerte del Ruhr saldría fatalmente a escena. La influencia de Francia en Europa y, hasta cierto punto, en el mundo entero, aumentó en el transcurso del año último, lo cual no se explica por el refuerzo de la potencia francesa, sino por el evidente y progresivo debilitamiento de Inglaterra. Gran Bretaña ha vencido a Alemania, última cuestión resuelta por la gran guerra. Y la guerra fue, por su misma esencia, europea, no universal; aunque la lucha habida entre dos de los más poderosos estados -Inglaterra y Alemania- se haya realizado con la participación de las fuerzas y medios guerreros de todo el mundo, Inglaterra venció a Alemania. No obstante, ahora, en el mercado mundial y en relación con la situación universal, Inglaterra es más débil que antes de la guerra. Los Estados Unidos se han reforzado a expensas de Inglaterra mucho más que Inglaterra a las de Alemania. América vence a Inglaterra, también, por el carácter más racional y progresivo de su industria. La productividad del trabajo del obrero americano es superior en 150% a la del obrero inglés. Dicho de otro modo: dos obreros americanos, gracias a la organización más perfecta de la industria, producen tanto como cinco ingleses. Tal hecho, atestiguado por las estadísticas inglesas, prueba que Inglaterra, en su lucha con América, está condenada de antemano, lo cual basta para poner en guerra a ambas naciones, aunque la flota inglesa conservara la supremacía de los mares. El carbón americano sustituye al carbón inglés en el mundo entero, y hasta en Europa. Sin embargo, el comercio mundial de Inglaterra se basa, ante todo, en la exportación de carbón. Por otra parte, el petróleo se convierte en un factor decisivo de la industria y de la defensa: no sólo impulsa los automóviles, tractores, submarinos, aeroplanos, sino que representa ya, como fuerza motriz, una ventaja enorme sobre el carbón para los grandes navíos. Los Estados Unidos son los que suministran el 70% del petróleo absorbido por el universo. Así, en caso de guerra, todo este petróleo estaría a la disposición del gobierno de Washington. Además, América dispone también del petróleo mexicano, que representa el 12% de la producción mundial. Verdad es que los americanos acusan a Inglaterra de haber concentrado en sus manos, fuera de las fronteras estadounidenses, hasta el 90% de las fuentes mundiales de petróleo, rehusando el acceso a los americanos, mientras que las fuentes americanas -según ellos- se agotarán en algunos años. Los datos geológicos y estadísticos son demasiado arbitrarios y dudosos. Se establecen por encargo, a fin de justificar las pretensiones de América sobre el petróleo de México, de la Mesopotamia, etc. Si, a pesar de todo, el peligro de agotamiento de las fuentes americanas fuera real, ésta sería una de las razones que precipitaría la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos. El problema de las deudas de Europa a América se hace muy agudo. Tal deuda se calcula en 18 mil millones de dólares. Los Estados Unidos siempre pueden crear las mayores dificultades al mercado financiero inglés, exigiendo el pago de sus créditos. Como se sabe, Inglaterra misma propuso a América

renunciar a su crédito inglés, prometiéndole, a su vez, anular las deudas de sus deudores sobre los mercados europeos. Como la deuda de Inglaterra a América era superior a la de los países continentales de la Entente (aliados a Inglaterra), ésta habría obtenido un gran beneficio de semejante transacción. Pero América rehusó. No será difícil comprender que los capitalistas yanquis no se hayan mostrado propicios para atender con sus fondos los preparativos de guerra de Gran Bretaña con los Estados Unidos. El acuerdo de Inglaterra con el Japón, que lucha con América por la supremacía sobre el continente asiático, envenena también de modo extraordinario las relaciones entre América e Inglaterra. Pero ésa es la cuestión de la flota de guerra, que presenta, visto lo antedicho, un carácter sumamente espinoso. El gobierno Wilson, habiendo hallado en los problemas mundiales resistencia por parte de Inglaterra, estableció un programa gigantesco de construcciones navales. El gobierno Harding\* heredó el programa de su predecesor, y lo ejecutó plenamente. En 1924, la flota de los Estados Unidos será no solamente más poderosa que la inglesa, si no por su tonelaje, al menos por su valor de combate, y será superior a las de Inglaterra y del Japón juntas. ¿Qué significa esto desde el punto de vista inglés? Inglaterra no tendrá más remedio que aceptar la provocación antes de 1924 y ensayar la destrucción de la potencia militar, marítima y económica de los Estados Unidos, aprovechando su actual superioridad, o quedarse quieta y convertirse poco a poco en una potencia de segunda o tercera categoría, cediendo definitivamente a los Estados Unidos el dominio sobre los mares. Así, la última guerra de los pueblos, que ha “resuelto” a su manera la cuestión europea, ha señalado a la vez en toda su amplitud el problema mundial: a saber ¿quién dominará el mundo, Inglaterra o los Estados Unidos? Los preparativos para una nueva guerra mundial se hacen a toda marcha. Los gastos para ejército y armada se han aumentado enormemente con relación a los de antes de la guerra. El presupuesto militar inglés se ha triplicado, el de América ha aumentado tres veces y media. El primero de enero de 1914, en el momento de mayor tensión de la “paz armada”, había siete millones de soldados en el mundo entero. Al principio de 1921, había once. El grueso de estos ejércitos constituye, evidentemente, la carga que Europa, agotada, se ve obligada a llevar. La aguda crisis, consecuencia de la estrechez del mercado mundial, hace sumamente áspera la lucha entre los Estados capitalistas, trastornando el equilibrio de las relaciones internacionales. No es Europa sola, es el mundo entero quien deviene en casa de locos. En tales condiciones, no se puede hablar de restablecimiento del equilibrio capitalista.

#### La clase obrera después de la guerra

Inmediatamente después de la guerra, se encontraba la burguesía desamparada y espantada en el grado más alto; en cuanto a los obreros, sobre todo los que volvían del ejército, estaban dispuestos a colocar bien altas sus reivindicaciones. Mas la clase obrera, en conjunto, estaba desorientada y no sabía con exactitud cómo se arreglaría la vida después de la guerra, qué

reivindicaciones podrían obtenerse, qué vía sería conveniente seguir... El movimiento, conforme vimos al principio, tenía un carácter tempestuoso. Pero la clase obrera adolecía de falta de dirección firme. Por otro lado, la burguesía estaba dispuesta a hacer grandes concesiones. Continuaba el régimen financiero y económico de guerra (empréstitos, inflaciones fiduciarias, monopolio de trigos, seguros contra el paro, etc.) o, en otros términos, la burguesía dirigente continuaba desorganizando sus cimientos económicos y destruyendo cada vez más el equilibrio de la producción y de las finanzas, para sostener, el equilibrio entre las clases durante el período más peligroso. Hasta aquí, más o menos, lo consiguió. Ahora pasa a la solución del problema relativo al restablecimiento del equilibrio económico. No se trata ya de concesiones ni de limosnas a la clase obrera, sino de medidas de carácter fundamental. Es necesario reconstruir la organización de la producción. Hay que devolver al dinero su valor, pues no se puede pensar en el mercado mundial sin poseer un equivalente que tenga valor universal, y, en consecuencia, no se puede pensar en una industria mundial "equilibrada", ligada al mercado universal.

Reconstruir la organización productiva, lo cual quiere decir: disminuir el trabajo destinado a la fabricación de objetos de uso corriente, y aumentar el esfuerzo destinado a nutrir los medios de producción. Hay que aumentar los stocks, es decir, intensificar el trabajo y disminuir los salarios. Para restablecer el valor del dinero no basta rehusar el pago de las deudas exorbitantes; hay que mejorar el balance comercial, o sea, importar menos y exportar más. Y para alcanzar este fin, hay que consumir menos y producir más; lo que se traduce por reducir los salarios y realizar el trabajo más intenso.

Cada paso que conduce hacia la reconstrucción de la economía capitalista está unido al aumento de la explotación y, en consecuencia, provocará fatalmente una resistencia por parte de la clase obrera. Dicho de otra manera: cada esfuerzo de la burguesía tendiendo a restablecer el equilibrio de la producción, de la distribución, de las finanzas del estado, compromete fatalmente el inestable equilibrio de las clases. Si durante dos años después de la guerra, la burguesía tendía, ante todo, en su política económica, a calmar al proletariado, aun al precio de la desorganización de su economía, hoy, al contrario, en el momento de una crisis desconocida hasta este día, comienza a mejorar su situación económica, oprimiendo cada vez más a la clase obrera. En Inglaterra es en donde percibimos más diáfananamente la resistencia que provoca tal agresión. Y la resistencia de la clase obrera destruye la estabilidad del régimen económico y hace vanas todas las veleidades del restablecimiento del equilibrio. Ciertamente, la lucha del proletariado por el poder se prolonga. No parece un asalto general, no presenta el aspecto de una ininterrumpida serie de olas que suben cada vez más altas y de las cuales la última barre el régimen capitalista. En esta lucha hemos observado altibajos, ataques y defensas. Las maniobras de clase, por nuestra parte, no han sido hábiles siempre. Por dos motivos: en primer lugar, la debilidad de los partidos

comunistas fundados después de la guerra, que carecían de la experiencia necesaria, de la organización indispensable y de la influencia precisa -lo más importante-, no sabían cómo llamar la atención de las masas obreras. No obstante, hemos adelantado mucho en este terreno en estos últimos años. Los partidos comunistas se han esforzado y progresado. La segunda razón del carácter prolongado y desigual de la lucha está en la composición heterogénea de la misma clase obrera tal cual salió de la guerra.

La guerra no ha quebrantado mucho a las burocracias obrera, sindical, política y parlamentaria. Los gobiernos capitalistas de todos los países tomaron una actitud muy cuidadosa e indulgente hacia esta superestructura obrera, comprendiendo perfectamente que, sin ella, no podrían asegurarse la sumisión de la clase obrera durante los años sangrientos. La burocracia obrera tenía todos los privilegios, y salió de la guerra con las mismas costumbres de conservadurismo obtuso con que entrara, aun más comprometida y estrechamente ligada a los estados capitalistas. Los obreros calificados de la antigua generación, habituados a sus organizaciones sindicales y políticas, sobre todo en Alemania, constituyen para la mayoría, aún hoy, el sostén de la burocracia obrera; pero su inercia no es absoluta. Los obreros que pasaron por la escuela de la guerra y son el corazón mismo de la clase obrera, aportaron al proletariado una nueva psicología, nuevas costumbres y una nueva concepción de la lucha, la vida y la muerte. Se hallan dispuestos a resolver el problema por la fuerza; pero aprendieron en la batalla que la aplicación eficaz de la fuerza supone táctica y estrategia bien ordenadas. Esos elementos irán al combate, pero lo que quieren es una dirección firme y una preparación seria. Varias categorías de obreros atrasados, entre ellos los que tanto han aumentado durante la guerra, en el presente se han convertido -a causa del brusco cambio de conciencia- en la parte más combativa, aunque no siempre la más consciente de la clase obrera. Finalmente, vemos en la extrema izquierda a la juventud obrera, que ha pugnado durante la guerra por el derrotismo empujando las sacudidas revolucionarias y que está llamada a ocupar un gran puesto en la próxima lucha. Toda esta masa proletaria -considerablemente acrecentada- de obreros veteranos y nuevos reclutas obreros, de los que permanecieron en la retaguardia y de los que pasaron algunos años bajo fuego; toda esta masa que se cuenta en numerosos millones, pasa por la escuela revolucionaria de manera determinada y en horas distintas. Hemos visto de nuevo, a través del ejemplo de los acontecimientos de marzo en Alemania, que los obreros del centro -que constituían antes de la guerra el elemento más atrasado- se lanzaban a la batalla, sin preguntarse si la lucha les reportaría victorias; en tanto que los de Berlín o Sajonia, habiendo llegado a adquirir la experiencia en la época de los combates revolucionarios, han sido más prudentes. Lo cierto es que la marcha general de la lucha después de la guerra, y sobre todo la ofensiva actual del capital, une a todas las capas de la clase obrera, salvo su aristocracia privilegiada. El Partido Comunista adquiere así, cada día más, la posibilidad de establecer el frente único genuino de la clase obrera.

## Perspectivas y tareas inmediatas

Existen tres fuentes de la revolución ligadas entre sí. La primera, la decadencia de Europa. El equilibrio de las clases en Europa tenía por base, ante todo, la supremacía de Inglaterra sobre el mercado mundial. Hoy perdió definitivamente esta supremacía para no reconquistarla jamás. He aquí por qué las poderosas sacudidas revolucionarias que acabarán, bien en la victoria del proletariado, bien la decadencia completa de Europa, son inevitables.

La segunda fuente de lucha revolucionaria son las profundas turbulencias que trastornan al organismo económico de los Estados Unidos: un boom sin precedentes fue provocado por la guerra europea, seguido de una honda crisis nacida de las prolongadas consecuencias de semejante guerra. El movimiento revolucionario del proletariado americano puede, en estas condiciones, adquirir la misma velocidad, también desconocida hasta hoy en la historia, que caracteriza el desarrollo económico de los Estados Unidos en estos últimos años. La tercer fuente de la lucha revolucionaria es la industrialización de las colonias, sobre todo de la India. La base para las luchas de liberación de las colonias está constituida por las masas campesinas. Pero los campesinos en su lucha necesitan una dirección. Esta dirección solía ser la burguesía nativa. Sin embargo, la lucha de esta última contra la dominación imperialista extranjera no puede ser ni consistente ni enérgica en la medida en que la burguesía nativa misma está íntimamente ligada al capital extranjero, y representa en gran parte un agente del capital extranjero. Sólo la aparición de un proletariado lo suficientemente fuerte numéricamente, presto al combate, constituye la verdadera palanca de la revolución. El proletariado indio no es numeroso, en relación a la población del país; pero cuando haya comprendido el sentido del desarrollo de la revolución en Rusia, se dará cuenta que el papel revolucionario del proletariado en los países de Oriente será mucho más importante de lo que su número hace esperar. Ello concierne no solamente a los países puramente coloniales como la India, o semicoloniales como China, sino también al Japón, donde la opresión capitalista marcha paralela con el absolutismo feudal y burocrático de castas. Así también, la situación mundial, tanto como las perspectivas futuras, tienen un carácter profundamente revolucionario.

Cuando la burguesía recurrió a las limosnas para la clase obrera después de la guerra, los colaboracionistas transformaron esas limosnas en reformas (jornada de ocho horas, seguro contra la desocupación, etc.) y descubrieron entre las ruinas una era de reformismo. Actualmente, la burguesía pasa a la contraofensiva en toda la línea, hasta el extremo de que un órgano archicapitalista inglés, el Times, comienza a hablar con espanto de los “bolcheviques” capitalistas. La época actual es la del contrarreformismo. El pacifista inglés, Norman Angell, llama a la guerra “falso cálculo”. La experiencia de la última muestra, en efecto, que el cálculo, desde el punto de vista de la contabilidad, era falso. Jamás estuvo la humanidad capitalista tan preparada como hoy



para una guerra. La ilusión de la democracia se hace evidente hasta para las fracciones más conservadoras de la clase obrera. No hace mucho tiempo se solía oponer a la democracia sólo la dictadura del proletariado con su terror, con su tchéka, etc. Hoy, la democracia se opone, cada vez más, a todas las formas de la lucha de clases. Lloyd George\* propuso a los mineros que hicieran sus reclamos ante el parlamento, y declaró que su huelga era una violencia contra la voluntad nacional.

Bajo el régimen de los Hohenzollern[3], los obreros alemanes encontraban cierta certeza, ciertos límites determinados en su acción; en general, sabían lo que podían o no hacer. En la república de Ebert, el obrero huelguista se arriesga siempre a ser estrangulado, ni más ni menos, ya en la calle, ya en un calabozo de tortura de la policía. En el orden político, la “democracia” da a los obreros alemanes tanto como en el económico al pagarle altos salarios ¡en papeles sin valor! La tarea del Partido Comunista consiste en captar la situación existente en su totalidad, participar activamente en la lucha emprendida por la clase obrera, a fin de conquistar, durante tal lucha, la mayoría de esta clase. Si la situación en cualquier país, se hace extremadamente crítica, estamos obligados a enfocar las cuestiones fundamentales de la manera más intransigente y a combatir en el estado en que los acontecimientos nos encuentren. Sin embargo, si los acontecimientos se desarrollan de modo regular, debemos aprovechar todas las posibilidades para tener con nosotros a la mayoría de la clase obrera antes de los acontecimientos decisivos. En este momento, durante la lucha económica defensiva determinada por la crisis, los comunistas deben desempeñar un papel muy activo en todos los sindicatos, en todas las huelgas y acciones, en todos los movimientos, siempre manteniendo su unidad interna inquebrantable en su trabajo, y siempre dando un paso al frente como el ala más resuelta y mejor disciplinada de la clase obrera. La lucha económica defensiva puede extenderse como resultado del curso de las crisis y de los giros en la situación política, arrastrando nuevas fracciones de la clase obrera, de la población y del ejército de desocupados, y después de haberse transformado, en cierto momento, en lucha revolucionaria ofensiva, puede ser coronada con la victoria. Hacia tal fin deben tender todos nuestros esfuerzos.

Mas ¿y si después de la crisis mejora la situación? ¿Significaría eso que la lucha revolucionaria se detendría indefinidamente?

De todo mi informe, camaradas, se deduce que un nuevo ascenso, que no puede ser ni prolongado ni profundo, de ninguna manera podrá actuar como un freno al desarrollo revolucionario. El boom industrial de los años 1849-1851 le asestó un golpe a la revolución, sólo porque la revolución de 1848 había extendido los límites del desarrollo capitalista. En cuanto a los acontecimientos de 1914-1921, no sólo no han ensanchado el mercado mundial, sino, por el contrario, lo han restringido, de suerte que la curva del progreso capitalista marcará, en este tiempo, tendencia a bajar. En tales condiciones, un boom temporario no puede menos que fortalecer la autoconfianza de clase obrera, y fusionar sus filas no sólo en las fábricas sino también en sus luchas, dando impulso no sólo a su

contraofensiva económica sino también a su lucha revolucionaria por el poder. Se nos presenta la situación cada vez más favorable, aunque también más compleja. No obtendremos la victoria automáticamente. El terreno está temblando bajo los pies de nuestro enemigo; pero el enemigo es fuerte y ve muy bien nuestros flancos débiles; sabe maniobrar según fríos cálculos. Es preciso que aprendamos mucho, nosotros, la Internacional Comunista entera, de la experiencia de nuestras luchas en los últimos tres años, sobre todo de la experiencia de nuestros errores y fracasos. La guerra civil exige maniobras políticas, tácticas y estratégicas; exige que se tengan en cuenta las peculiaridades de cada situación dada, los lados fuertes y débiles del enemigo; exige una combinación de entusiasmo con el cálculo frío; exige que se sepa marchar adelante y retroceder previsoramente para economizar las fuerzas, a fin de dar golpes más certeros al enemigo.

Lo repito: la situación mundial y las perspectivas futuras son profundamente revolucionarias. Esto crea las premisas necesarias para nuestra victoria. Sólo nuestra táctica hábil y nuestra poderosa organización pueden darnos plena garantía. Elevar la Internacional Comunista a un nivel más alto, hacerla más experta desde el punto de vista de la táctica, ésta es la tarea esencial del III Congreso de la Internacional Comunista.

[1] Versión corregida por Trotsky (sobre la base taquigráfica) del informe a los miembros del Partido Comunista (B) Ruso, para ser publicado en Piat Let Komintern. Este fue el informe que utilizó Trotsky para su discurso posterior en el III Congreso de la Internacional Comunista, el 23 de junio de 1921. Tomado de la versión publicada en Una Escuela de Estrategia Revolucionaria, Ed. del Siglo, 1973, Buenos Aires, Argentina, pág. 25. Este artículo ha sufrido numerosas correcciones en base a su comparación con la versión inglesa del discurso dado por Trotsky en el III Congreso de la IC, publicado en The First Five Years of Communist International, Vol. 1 (Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la IC).

[2] No hemos modificado esta designación aunque se refiere obviamente no a América en su conjunto sino en forma exclusiva a los EE.UU. Hubo que esperar el VI Congreso de la IC (1928) para que recién se comenzara a hablar en la Komintern del resto de los países que componían América. (Nota del Ed. original).

[3] Los Hohenzollern gobernaron Alemania desde 1871 hasta la Revolución de Noviembre de 1918, cuando abdicó el káiser Guillermo II.

# El marxismo y nuestra época

Disponível em: <https://ceip.org.ar/El-marxismo-y-nuestra-epoca-4786>

Trotsky, León

Este libro de Otto Rühle expone de una manera compacta las doctrinas económicas fundamentales de Marx. Después de todo nadie ha sido todavía capaz de exponer la teoría del trabajo mejor que el propio Marx. Algunas de las argumentaciones de Marx, especialmente en el capítulo primero, el más difícil de todos, pueden parecer al lector no iniciado demasiado discursivas, ociosas o “metafísicas”. En realidad, esta impresión es la consecuencia de no tener la costumbre de considerar de una manera científica los fenómenos familiares. La mercancía se ha convertido en una parte tan universalmente difundida y tan familiar de nuestra vida diaria que ni siquiera se nos ocurre considerar por qué los hombres ceden objetos importantes, necesarios para el sostenimiento de la vida, a cambio de pequeños discos de oro o de plata que no se utilizan en parte alguna de la tierra. El asunto no se limita a la mercancía. Todas y cada una de las categorías de la economía del mercado parecen ser aceptadas sin análisis, como evidentes por sí mismas, y como si fueran las bases naturales de las relaciones humanas. Sin embargo, mientras las realidades del proceso económico son el trabajo humano, las materias primas, las herramientas, las máquinas, la división del trabajo, la necesidad de distribuir los productos terminados entre los participantes en el proceso de producción, etcétera, las categorías como mercancía, dinero, salarios, capital, ganancia, impuesto, etcétera, son únicamente reflejos semi-místicos en las cabezas de los hombres de los diversos aspectos de un proceso económico que no comprenden y que escapan a su control. Para descifrarlos es indispensable un análisis científico completo. En Estados Unidos, donde un hombre que posee un millón de dólares se considera que “vale” un millón de dólares, los conceptos con respecto al mercado han caído mucho más bajo que en cualquier otra parte. Hasta una época muy reciente los norteamericanos se preocuparon muy poco por la naturaleza de las relaciones económicas. En la tierra del sistema económico más poderoso, la teoría económica siguió siendo excesivamente pobre. Fue necesaria la crisis profunda de la economía norteamericana para que la opinión pública de ese país se enfrente bruscamente con los problemas fundamentales de la sociedad capitalista. En cualquier caso, aquellos que se hayan acostumbrado a aceptar sin un examen riguroso las reflexiones ideológicas sobre el desarrollo económico, aquellos que no hayan razonado, siguiendo los pasos de Marx, acerca de la naturaleza esencial de la mercancía como la célula básica del organismo capitalista, estarán incapacitados para comprender científicamente los fenómenos más importantes de nuestra época.

## El método de Marx

Habiendo definido la ciencia como el conocimiento de los fenómenos objetivos de la naturaleza, el hombre ha tratado terca y persistentemente de excluirse a sí mismo de la ciencia, reservándose privilegios especiales bajo la forma de pretendidas relaciones con fuerzas suprasensibles (religión) o con preceptos morales eternos (idealismo). Marx privó al hombre definitivamente y para siempre de esos odiosos privilegios, considerándolo como un eslabón natural en el proceso evolutivo de la naturaleza material; al considerar a la sociedad como la organización para la producción y la distribución; al considerar al capitalismo como una etapa en el desarrollo de la sociedad humana.

La finalidad de Marx no era descubrir las “leyes eternas” de la economía. Negó la existencia de semejantes leyes. La historia del desarrollo de la sociedad humana es la historia de la sucesión de diversos sistemas económicos, cada uno de los cuales actúa de acuerdo con sus propias leyes. El pasaje de un sistema al otro ha sido determinado siempre por el aumento de las fuerzas productivas, es decir, de la técnica y de la organización del trabajo. Hasta cierto punto, los cambios sociales son de carácter cuantitativo y no alteran las bases de la sociedad, es decir, las formas dominantes de la propiedad. Pero se alcanza un nuevo punto cuando las fuerzas productivas maduras ya no pueden contenerse más tiempo dentro de las viejas formas de la propiedad; entonces se produce un cambio radical en el orden social, acompañado de conmociones. La comuna primitiva fue reemplazada o complementada por la esclavitud; la esclavitud fue sucedida por la servidumbre con su superestructura feudal; el desarrollo comercial de las ciudades llevó a Europa, en el siglo XVI, al orden capitalista, el que pasó inmediatamente a través de diversas etapas. Marx no estudia en *El Capital* la economía en general, sino la economía capitalista, con sus leyes específicas propias. Solamente al pasar se refiere a otros sistemas económicos con el objeto de poner en claro las características del capitalismo.

La economía de la familia campesina primitiva, que se bastaba a sí misma, no tenía necesidad de una economía política, pues estaba dominada por un lado por las fuerzas de la naturaleza y por el otro por las fuerzas de la tradición. La economía natural de los griegos y romanos, completa en sí misma, fundada en el trabajo de los esclavos, dependía de la voluntad del propietario de los esclavos, cuyo “plan” estaba determinado directamente por las leyes de la naturaleza y de la rutina. Lo mismo puede decirse también del régimen medieval con sus siervos campesinos. En todos estos casos las relaciones económicas eran claras y transparentes en su estado bruto, por así decirlo. Pero el caso de la sociedad contemporánea es completamente diferente. Ha destruido las viejas relaciones de la economía cerrada y los modos de trabajo del pasado. Las nuevas relaciones económicas han relacionado entre sí a las ciudades y las aldeas, a las provincias y las naciones. La división del trabajo ha abarcado a todo el planeta. Habiendo destrozado la tradición y la rutina, esos lazos no se han compuesto de acuerdo con algún plan definido, sino más bien independientemente de la conciencia y de la previsión humanas. La interdependencia de los hombres, los grupos, las clases, las naciones, consecuencia de la división del trabajo, no está dirigida por nadie. Los hombres trabajan los unos para los otros sin conocerse entre sí, sin conocer

las necesidades de los demás, con la esperanza, e inclusive con la seguridad, de que sus relaciones se regularán de algún modo por sí mismas. Y esto es lo que sucede, más bien, es lo que sucedía en otros tiempos. Es completamente imposible buscar las causas de los fenómenos de la sociedad capitalista en la conciencia subjetiva, en las intenciones o planes de sus miembros. Los fenómenos objetivos del capitalismo fueron reconocidos antes de que la ciencia se haya dedicado a estudiarlos seriamente. Hasta hoy día la mayoría de los hombres nada saben acerca de las leyes que rigen a la economía capitalista. Toda la fuerza del método de Marx reside en su acercamiento a los fenómenos económicos, no desde el punto de vista subjetivo de algunas personas, sino desde el punto de vista objetivo del desarrollo de la sociedad en su conjunto, del mismo modo que un hombre de ciencia que estudia la naturaleza se acerca a una colmena o a un hormiguero. Para la ciencia económica lo que tiene una importancia decisiva es lo que hacen los hombres y cómo lo hacen, no lo que ellos piensan con respecto a sus actos. En la base de la sociedad no se hallan la religión y la moral, sino los recursos naturales y el trabajo. El método de Marx es materialista, pues va de la existencia a la conciencia y no en el orden inverso. El método de Marx es dialéctico, pues observa cómo evolucionan la naturaleza y la sociedad y la misma evolución como la lucha constante de las fuerzas antagónicas.

## **El marxismo y la ciencia oficial**

Marx tuvo predecesores. La economía política clásica -Adam Smith\*, David Ricardo\*- alcanzó su apogeo antes de que el capitalismo hubiera alcanzado su madurez, antes de que comenzara a temer el futuro. Marx rindió a los dos grandes clásicos el perfecto tributo de su profunda gratitud. Sin embargo, el error básico de los economistas clásicos era que consideraban el capitalismo como la existencia normal de la humanidad en todas las épocas, en vez de considerarlo simplemente como una etapa histórica en el desarrollo de la sociedad. Marx inició la crítica de esa economía política, expuso sus errores, así como las contradicciones del mismo capitalismo, y demostró que era inevitable su colapso. La ciencia no alcanza su meta en el estudio herméticamente sellado del erudito, sino en la sociedad de los hombres de carne y hueso. Todos los intereses y pasiones que despedazan a la sociedad ejercen su influencia en el desarrollo de la ciencia, especialmente de la economía política, la ciencia de la riqueza y de la pobreza. La lucha de los obreros contra la burguesía obligó a los teóricos burgueses a volver la espalda al análisis científico del sistema de explotación y a ocuparse de la simple descripción de los hechos económicos, el estudio del pasado económico y, lo que es inmensamente peor, una verdadera falsificación de la realidad con el propósito de justificar el régimen capitalista. La doctrina económica que se ha enseñado hasta el día de hoy en las instituciones oficiales de enseñanza y se ha predicado en la prensa burguesa nos ofrece un importante documento sobre el trabajo, pero no obstante es completamente incapaz de abarcar el



proceso económico en su conjunto y descubrir sus leyes y perspectivas, ni tiene deseo alguno de hacerlo. La economía política oficial ha muerto.

## **La Ley del Valor-Trabajo**

En la sociedad contemporánea el vínculo cardinal entre los hombres es el intercambio. Todo producto del trabajo, que entra en el proceso de intercambio, se convierte en mercancía. Marx inició su investigación con la mercancía y dedujo de esa célula fundamental de la sociedad capitalista las relaciones sociales que se han constituido objetivamente como la base del intercambio, independientemente de la voluntad del hombre. Este es el único método que permite resolver este enigma fundamental: ¿cómo en la sociedad capitalista, en la cual cada hombre piensa sólo en sí mismo y nadie piensa en los demás, se han creado las relaciones entre las diversas ramas de la economía indispensables para la vida?

El obrero vende su fuerza de trabajo, el agricultor lleva su producto al mercado, el prestamista o el banquero conceden préstamos, el comerciante ofrece un surtido de mercancías, el industrial construye una fábrica, el especulador compra y vende acciones y bonos, y cada uno de ellos tiene en consideración sus propias conveniencias, sus planes privados, su propia opinión sobre los salarios y la ganancia. Sin embargo, de este caos de esfuerzos y de acciones individuales surge un conjunto económico que aunque ciertamente no es armonioso, da sin embargo a la sociedad la posibilidad no sólo de existir, sino también de desarrollarse. Esto quiere decir que, después de todo, el caos no es de modo alguno caos, que de algún modo está regulado automática e inconscientemente. Comprender el mecanismo por el cual los diversos aspectos de la economía llegan a un estado de equilibrio relativo es descubrir las leyes objetivas del capitalismo. Evidentemente, las leyes que rigen las diversas esferas de la economía capitalista, salarios, precios, arrendamiento, ganancia, interés, crédito, bolsa, son numerosas y complejas. Pero en último término todas proceden de una única ley descubierta por Marx y examinada por él hasta el final: es la ley del valor-trabajo, que es ciertamente la que regula básicamente la economía capitalista. La esencia de esa ley es simple. La sociedad tiene a su disposición cierta reserva de fuerza de trabajo viva. Aplicada a la naturaleza, esa fuerza engendra productos necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. Como consecuencia de la división del trabajo entre los productores independientes, los productos toman la forma de mercancías. Las mercancías se cambian entre sí en una proporción determinada, al principio directamente y más tarde por medio de un intermediario, el oro o la moneda. La propiedad esencial de las mercancías, propiedad que las hace iguales entre sí, siguiendo cierta relación, es el trabajo humano invertido en ellas -trabajo abstracto, trabajo en general, la base y la medida del valor. La división del trabajo entre millones de productores no lleva a la desintegración de la sociedad, porque las mercancías son intercambiadas de acuerdo con el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Mediante la aceptación y el rechazo de las mercancías, el mercado, en su calidad de terreno del intercambio,

decide si contienen o no contienen en sí mismas el trabajo socialmente necesario, con lo cual determina las proporciones de las diversas clases de mercancías necesarias para la sociedad, y en consecuencia también la distribución de la fuerza de trabajo entre las diferentes ramas de la producción.

Los procesos reales del mercado son inmensamente más complejos que lo que hemos expuesto aquí en pocas líneas. Así, al girar alrededor del valor del trabajo, los precios fluctúan por encima y por debajo de sus valores. Las causas de esas desviaciones están completamente explicadas en el tercer volumen de El Capital de Marx, en el que se describe “el proceso de la producción capitalista considerado en su conjunto”. Sin embargo, por grandes que puedan ser las diferencias entre los precios y los valores de las mercancías en los casos individuales, la suma de todos los precios es igual a la suma de todos los valores, pues en último término únicamente los valores que han sido creados por el trabajo humano se hallan a disposición de la sociedad, y los precios no pueden pasar de estos límites, inclusive si se tiene en cuenta el monopolio de los precios o “trust”; donde el trabajo no ha creado un valor nuevo nada puede hacer ni el mismo Rockefeller.

## **Desigualdad y Explotación**

Pero si las mercancías se intercambian de acuerdo con la cantidad de trabajo invertido en ellas, ¿cómo se deriva la desigualdad de la igualdad? Marx resolvió ese enigma exponiendo la naturaleza peculiar de una de las mercancías, que es la base de todas las demás mercancías: la fuerza de trabajo. El propietario de los medios de producción, el capitalista, compra la fuerza de trabajo. Como todas las otras mercancías, la fuerza de trabajo es valorizada de acuerdo con la cantidad de trabajo que encierra en ella, esto es, de los medios de subsistencia necesarios para la vida y la reproducción de la fuerza de trabajo. Pero el consumo de esta mercancía -fuerza de trabajo- es el trabajo, que crea nuevos valores. La cantidad de esos valores es mayor que los que recibe el propio trabajador y que necesita para su subsistencia. El capitalista compra fuerza de trabajo para explotarla. Esa explotación es la fuente de la desigualdad. Esta parte del producto del trabajo que contribuye a la subsistencia del trabajador la llama Marx producto necesario; a la parte excedente que produce el trabajador la llama plusvalía. El esclavo tenía que producir producto excedente\* pues de otro modo el dueño de esclavos no los hubiera tenido. El siervo tenía que producir producto excedente\*, pues de otro modo la servidumbre no hubiera tenido utilidad alguna para la nobleza terrateniente. El obrero asalariado produce también producto excedente\*, sólo que en una escala mucho mayor, pues de otro modo el capitalista no tendría necesidad de comprar la fuerza de trabajo. La lucha de clases no es otra cosa que la lucha por la plusvalía. Quien posee la plusvalía es el dueño del Estado, tiene la llave de la Iglesia, de los tribunales, de las ciencias y de las artes.

## **Competencia y Monopolio**

Las relaciones entre los capitalistas que explotan a los trabajadores están determinadas por la competencia, que actúa como el resorte principal del progreso capitalista. Las empresas grandes gozan de mayores ventajas técnicas, financieras, de organización, económicas y, “last but not least” (por último pero no menos importante, N de T.) políticas que las empresas pequeñas. El capital mayor, capaz de explotar al mayor número de obreros, es inevitablemente el que consigue la victoria en una competencia. Tal es la base de la concentración y centralización del capital. Al estimular el progreso y el desarrollo de la técnica, la competencia no sólo destruye gradualmente a las capas intermediarias, sino que se destruye también a sí misma. Sobre los cadáveres y semicadáveres de los capitalistas pequeños y medianos surge un número cada vez menor de magnates capitalistas cada vez más poderosos. De este modo, la competencia honesta, democrática y progresiva engendra irrevocablemente el monopolio dañino, parásito y reaccionario. Su predominio comenzó a afirmarse a partir de 1880 y asumió su forma definitiva a comienzos del presente siglo. Ahora, la victoria del monopolio es reconocida abiertamente por los representantes oficiales de la sociedad burguesa. Sin embargo, cuando en el curso de su pronóstico sobre el futuro del sistema capitalista Marx demostró por primera vez que el monopolio es una consecuencia de las tendencias inherentes al capitalismo, el mundo burgués siguió considerando a la competencia como una ley eterna de la naturaleza. La eliminación de la competencia por el monopolio señala el comienzo de la desintegración de la sociedad capitalista. La competencia era el principal resorte creador del capitalismo y la justificación histórica del capitalista. Por lo mismo, la eliminación de la competencia significa la transformación de los accionistas en parásitos sociales. La competencia necesita de ciertas libertades, una atmósfera liberal, un régimen democrático, un cosmopolitismo comercial. El monopolio necesita en cambio un gobierno tan autoritario como sea posible, murallas aduaneras, sus “propias” fuentes de materias primas y mercados (colonias). La última palabra en la desintegración del capital monopolista es el fascismo.

## **Concentración de la riqueza y Aumento de las contradicciones de clase**

Los capitalistas y sus defensores tratan por todos los medios de ocultar el alcance real de la concentración de la riqueza a los ojos del pueblo, así como a los ojos del cobrador de impuestos. Desafiando a la evidencia, la prensa burguesa intenta todavía mantener la ilusión de una distribución “democrática” de los capitales invertidos. The New York Times, para refutar a los marxistas, señala que hay de tres a cinco millones de patrones individuales. Es cierto que las sociedades anónimas representan una concentración de capital mayor que tres a cinco millones de patrones individuales, aunque Estados Unidos cuenta con “medio millón de sociedades”. Este modo de jugar con las cifras tiene por objeto, no aclarar, sino ocultar la realidad. Desde el comienzo de la guerra hasta 1923 el número de fábricas y factorías existentes en Estados Unidos descendió del 100 al 98,7, mientras que la masa de producción industrial ascendió del 100

al 156,3. Durante los años de una prosperidad sensacional (1923-1929), cuando parecía que todo el mundo se hacía rico, el índice del número de establecimientos descendió de 100 a 93,8 mientras la producción ascendió de 100 a 113. Sin embargo, la concentración de establecimientos industriales, limitada por su voluminoso cuerpo material, está muy por detrás de la concentración de su espíritu, la propiedad. En 1929 tenían en realidad más de 300.000 sociedades, como observa correctamente The New York Times. Lo único que hace falta añadir es que 200 de ellas, es decir, el 0,07 del número total, controlaban directamente al 49,2% de los capitales de todas las sociedades. Cuatro años más tarde el porcentaje había ascendido ya al 56, en tanto que durante los años de la administración de Roosevelt ha subido indudablemente aún más. Dentro de esas 200 sociedades anónimas principales el dominio verdadero corresponde a una pequeña minoría. El mismo proceso puede observarse en la banca y en los sistemas de seguros. Cinco de las mayores compañías de seguros de Estados Unidos han absorbido no solamente a las otras compañías, sino también a muchos bancos. El número total de bancos se ha reducido, principalmente en la forma de las llamadas “mergers” (fusiones), esencialmente por medio de la absorción. Este proceso se acelera rápidamente. Por encima de los bancos se eleva la oligarquía de los superbancos. El capital bancario se fusiona con el capital industrial bajo la forma de supercapital financiero. Suponiendo que la concentración de la industria y de los bancos se produzca al mismo ritmo que durante el último cuarto de siglo -de hecho ese ritmo va en aumento- en el curso del próximo cuarto de siglo los monopolistas habrán concentrado en sí mismos toda la economía del país.

Hemos recurrido a las estadísticas de Estados Unidos porque son más exactas y más sorprendentes. Pero el proceso de concentración es esencialmente de carácter internacional. A través de las diversas etapas del capitalismo, a través de las fases de los ciclos coyunturales, a través de todos los regímenes políticos, a través de los períodos de paz tanto como de los períodos de conflictos armados, el proceso de concentración de todas las grandes fortunas en un número de manos cada vez menor ha seguido adelante y continuará sin término. Durante los años de la Gran Guerra, cuando las naciones estaban heridas de muerte, cuando los sistemas fiscales rodaban hacia el abismo, arrastrando tras de sí a las clases medias, los monopolistas obtenían provechos sin precedentes con la sangre y el barro. Las compañías más poderosas de Estados Unidos aumentaron sus beneficios durante los años de la guerra dos, tres y hasta cuatro veces y aumentaron sus dividendos hasta el 300, el 400, el 900%, y aún más. En 1840, ocho años antes de la publicación por Marx y Engels del Manifiesto del Partido Comunista, el famoso escritor francés Alexis de Tocqueville[2] escribió en su libro La democracia en América: “La gran riqueza tiende a desaparecer y el número de pequeñas fortunas a aumentar”. Este pensamiento ha sido reiterado innumerables veces, al principio con referencia a Estados Unidos, y luego con referencia a las otras jóvenes democracias, Australia y Nueva Zelanda. Por supuesto, la opinión de Tocqueville ya era errónea en su época. Sin embargo, la verdadera concentración de la

riqueza comenzó únicamente después de la Guerra Civil norteamericana, en la víspera de la muerte de Tocqueville. A comienzos de siglo el 2% de la población de Estados Unidos poseía ya más de la mitad de toda la riqueza del país; en 1929 ese mismo 2% poseía los 3/5 de la riqueza nacional. Al mismo tiempo, 36.000 familias ricas poseían una renta tan grande como 11.000.000 de familias de la clase media y de los pobres. Durante la crisis de 1929-1933 los establecimientos monopolistas no tenían necesidad de apelar a la caridad pública; por el contrario, se hicieron más poderosos que nunca en medio de la declinación general de la economía nacional. Durante la precaria reactivación industrial producida por la levadura del New Deal los monopolistas consiguieron nuevos beneficios. El número de los desocupados disminuyó en el mejor de los casos de 20.000.000 a 10.000.000; al mismo tiempo, la capa superior de la sociedad capitalista, 6.000 personas, acopió dividendos fantásticos; esto es lo que el Subsecretario de Justicia Robert H. Jackson demostró con cifras durante su declaración ante la correspondiente comisión investigadora de Estados Unidos. Pero el concepto abstracto de “capital monopolista” está para nosotros lleno de carne y hueso. Esto quiere decir que un puñado de familias<sup>IV</sup>, unidas por los lazos del parentesco y del interés común en una oligarquía capitalista exclusiva, disponen del destino económico y político de una gran nación. Hay que admitir forzosamente que la ley marxista de la concentración del capital ha realizado bien su obra.

## **La enseñanza de Marx: ¿está perimida?**

Las cuestiones de la competencia, de la concentración de la riqueza y del monopolio llevan naturalmente a la cuestión de saber si en nuestra época la teoría económica de Marx no tiene más que un simple interés histórico -como, por ejemplo, la teoría de Adam Smith- o si sigue teniendo verdadera importancia. El criterio para responder a esta pregunta es simple: si la teoría estima correctamente el curso de la evolución y prevé el futuro mejor que las otras teorías, sigue siendo la teoría más adelantada de nuestra época, aunque date ya de muchos años. El famoso economista alemán Werner Sombart<sup>[3]</sup>, que era virtualmente un marxista al comienzo de su carrera, pero que luego revisó todos los aspectos más revolucionarios de la doctrina de Marx, opuso a El Capital de Marx su propio Capitalismo, que probablemente es la exposición apologética más conocida de la economía burguesa en los tiempos recientes. Sombart escribió: “Karl Marx profetizó: primero, la miseria creciente de los trabajadores asalariados; segundo, la ‘concentración’ general, con la desaparición de los campesinos; tercero, el colapso catastrófico del capitalismo. Nada de esto ha ocurrido”. A esos pronósticos equivocados, Sombart contrapone su propio pronóstico, “estrictamente científico”. “El capitalismo subsistirá -según él- para transformarse internamente en la misma dirección en que ha comenzado ya a transformarse en la época de su apogeo: al envejecer se vuelve más y más tranquilo, sosegado, razonable”. Tratemos de verificar, aunque no sea más que en sus líneas generales, quién de los dos está en lo cierto: Marx, con su pronóstico de la catástrofe,



o Sombart, quien en nombre de toda economía burguesa prometió que las cosas se arreglarían de una manera “tranquila, sosegada y razonable”. El lector convendrá en que el asunto es digno de estudio.

#### *A. La teoría de la miseria creciente*

“La acumulación de la riqueza en un polo -escribió Marx sesenta años antes que Sombart- es, en consecuencia, al mismo tiempo acumulación de miseria, sufrimiento, esclavitud, ignorancia, brutalidad, degradación mental en el polo opuesto, es decir, de parte de la clase cuyo producto toma la forma de capital.” Esa tesis de Marx, bajo el nombre de “teoría de la miseria creciente”, ha sido sometida a ataques constantes por parte de los reformistas y socialdemócratas, especialmente durante el período de 1896 a 1914, cuando el capitalismo se desarrolló rápidamente e hizo ciertas concesiones a los trabajadores, especialmente a su estrato superior. Después de la Guerra Mundial, cuando la burguesía, asustada por sus propios crímenes y espantada por la Revolución de Octubre, tomó el camino de las reformas sociales anunciadas, cuyo efecto fue anulado inmediatamente por la inflación y la desocupación, la teoría de la transformación progresiva de la sociedad capitalista apareció completamente asegurada ante los ojos de los reformistas y de los profesores burgueses. “El poder adquisitivo del trabajo asalariado -nos aseguró Sombart en 1928- ha crecido en proporción directa a la expansión de la producción capitalista.” En realidad, la contradicción económica entre el proletariado y la burguesía fue agravada durante los períodos más prósperos del desarrollo capitalista, cuando el ascenso del nivel de vida de cierta capa de trabajadores, bastante extendido por momentos, ocultaba la disminución de la participación del proletariado en la renta nacional. De este modo, precisamente antes de caer en la postración, la producción industrial de Estados Unidos, por ejemplo, aumentó en un 50% entre 1920 y 1930, mientras que la suma pagada por salarios aumentó únicamente en un 30%, lo que significa una tremenda disminución de la participación de los trabajadores en la renta nacional. En 1930 se inició un terrible aumento de la desocupación, y en 1933 una ayuda más o menos sistemática a los desocupados, quienes recibieron en forma de subsidio apenas más de la mitad de lo que habían perdido en salarios. La ilusión del progreso “ininterrumpido” de todas las clases se ha desvanecido sin dejar rastro. La declinación relativa del nivel de vida de las masas ha dado lugar a una declinación absoluta. Los trabajadores comienzan por economizar en sus modestas diversiones, luego en sus vestidos y finalmente en sus alimentos. Los artículos y productos de calidad media han sido sustituidos por los de calidad mediocre y los de calidad mediocre por los de calidad francamente mala. Los sindicatos comenzaron a parecerse al hombre que se aferra desesperadamente al pasamanos mientras descende vertiginosamente en un ascensor. Con el 6% de la población mundial, Estados Unidos posee el 40% de la riqueza mundial. Sin embargo, un tercio de la nación, como lo admite el propio Roosevelt, está subalimentado, mal

vestido y vive en condiciones indignas para el hombre. ¿Qué se podría decir, pues, de los países mucho menos privilegiados? La historia del mundo capitalista desde la última guerra confirma de una manera irrefutable la llamada “teoría de la miseria creciente”. El régimen fascista, el cual reduce simplemente al máximo los límites de la decadencia y de la reacción inherentes a todo capitalismo imperialista, se hizo indispensable cuando la degeneración del capitalismo hizo desaparecer toda posibilidad de mantener ilusiones con respecto a la elevación del nivel de vida del proletariado. La dictadura fascista significa el abierto reconocimiento de la tendencia al empobrecimiento, que todavía tratan de ocultar las democracias imperialistas más ricas. Mussolini y Hitler persiguen al marxismo con tanto odio precisamente porque su propio régimen es la confirmación más horrible de los pronósticos marxistas. El mundo civilizado se indignó, o pretendió indignarse, cuando Göering, con el tono de verdugo y de bufón que le es peculiar, declaró que los cañones son más importantes que la manteca, o cuando Cagliostro-Casanova-Mussolini advirtió a los trabajadores de Italia que debían apretarse los cinturones de sus camisas negras. ¿Pero acaso no ocurre substancialmente lo mismo en las democracias imperialistas? En todas partes se utiliza la manteca para engrasar los cañones. Los trabajadores de Francia, Inglaterra y Estados Unidos aprenden a estrechar sus cinturones sin tener camisas negras.

#### *B. El ejército de reserva y la nueva subclase de los desocupados*

El ejército de reserva industrial forma parte indispensable del mecanismo social del capitalismo, tanto como la reserva de máquinas y de materias primas en las fábricas o como el stock de productos manufacturados en los almacenes. Ni la expansión general de la producción ni la adaptación a los flujos y reflujos del ciclo industrial serían posibles sin una reserva de fuerza de trabajo. De la tendencia general de desarrollo del capitalismo -el aumento del capital constante (máquinas y materias primas) en detrimento del capital variable (fuerza de trabajo)- Marx saca la siguiente conclusión: “Cuanto mayor es la riqueza social, y mayor es la masa de sobrepoblación consolidada [...] tanto mayor es el ejército industrial de reserva, tanto mayor es la pauperización oficial. Esta es la ley general absoluta de la acumulación capitalista”. Esta tesis, unida indisolublemente con la “teoría de la miseria creciente” y denunciada durante muchos años como “exagerada”, “tendenciosa” y “demagógica”, se ha convertido ahora en la imagen teórica irreprochable de la realidad. El actual ejército de desocupados ya no puede ser considerado como un “ejército de reserva”, pues su masa fundamental no puede tener ya esperanza alguna de volver a encontrar trabajo; por el contrario, está destinado a ser engrosado con una afluencia constante de nuevos desocupados. La desintegración del capitalismo ha traído consigo toda una generación de jóvenes que nunca han tenido un empleo y que no tienen esperanza alguna de conseguirlo. Esta nueva subclase entre el proletariado y el semiproletariado está obligada a vivir a expensas de la sociedad. Se ha calculado que en el curso de nueve años (1930-1938) la desocupación ha privado

a la economía de Estados Unidos de más de 43 millones de años de trabajo humano. Si se considera que en 1929, en la cima de la prosperidad, había dos millones de desocupados en Estados Unidos y que durante esos nueve años el número de trabajadores potenciales ha aumentado hasta cinco millones, el número total de años de trabajo humano perdido ha tenido que multiplicarse. Un régimen social afectado por semejante plaga se halla enfermo de muerte. La diagnosis exacta de esa enfermedad fue hecha hace cerca de ochenta años, cuando la enfermedad misma no era más que un germen.

### *C. La decadencia de las clases medias*

Las cifras que demuestran la concentración del capital indican al mismo tiempo que la gravitación específica de la clase media en la producción y su participación en la renta nacional han ido decayendo constantemente, en tanto que las pequeñas empresas han sido, o bien completamente absorbidas o degradadas y desprovistas de su independencia, convirtiéndose en un mero símbolo de un trabajo insoportable y de una miseria desesperada. Al mismo tiempo, es cierto, el desarrollo del capitalismo ha estimulado considerablemente un aumento en el ejército de técnicos, gerentes, empleados, médicos: en una palabra, la llamada “nueva clase media”. Pero ese estrato, cuyo aumento no tenía ya misterios para Marx, tiene poco que ver con la vieja clase media, que en la propiedad de sus medios de producción tenía una garantía tangible de independencia económica. La “nueva clase media” depende más directamente de los capitalistas que los obreros. En efecto, estos están en gran medida bajo la dominación de esta clase; además dentro de esta nueva clase media, se ha verificado una sobreproducción considerable con su correspondiente consecuencia: la degradación social.

“La información estadística segura -afirma una persona tan alejada del marxismo como el ya citado Mr. Homer S. Cummings- demuestra que muchas unidades industriales han desaparecido completamente y que lo que ha ocurrido es una eliminación progresiva de los pequeños empresarios como un factor en la vida norteamericana”. Pero según objeta Sombart, “la concentración general, a pesar de la desaparición de la clase de artesanos y campesinos” no se ha producido todavía. Como todo teórico, Marx comenzó por aislar las tendencias fundamentales en sus formas más puras; de otro modo hubiera sido completamente imposible comprender el destino de la sociedad capitalista. Marx era, sin embargo, perfectamente capaz de examinar el fenómeno de la vida a la luz del análisis concreto, como un producto de la concatenación de diversos factores históricos. Las leyes de Newton no han sido invalidadas por el hecho de que la velocidad en la caída de los cuerpos varía bajo condiciones diferentes o de que las órbitas de los planetas están sujetas a perturbaciones.

Para comprender la llamada “tenacidad” de las clases medias es bueno recordar que las dos tendencias -la ruina de las clases medias y la proletarización de esas clases arruinadas-, no se producen al mismo paso ni con los mismos límites. De la creciente preponderancia de la máquina

sobre la fuerza de trabajo resulta que cuanto más avanza la ruina de las clases medias tanto más aventaja al proceso de su proletarización; en realidad, en cierto momento este último puede cesar completamente e incluso retroceder. Así como la acción de las leyes fisiológicas produce resultados diferentes en un organismo en crecimiento que en uno en decadencia, así también las leyes económicas de la economía marxista actúan de manera distinta en un capitalismo en desarrollo que en un capitalismo en desintegración. Esta diferencia aparece con especial claridad en las relaciones mutuas entre la ciudad y el campo. La población rural de Estados Unidos, que crece comparativamente a una velocidad menor que el total de la población, siguió creciendo en cifras absolutas hasta 1910, fecha en que llegó a más de 32 millones. Durante los veinte años siguientes, a pesar del rápido aumento de la población total del campo, bajó a 30,4 millones, es decir, 1,6 millones. Pero en 1935 se elevó otra vez a 32,8 millones, con un aumento de 2,4 millones. Esta inversión de la tendencia, sorprendente a primera vista, no refuta en lo más mínimo la tendencia de la población urbana a crecer a expensas de la población rural, ni la tendencia de las clases medias a atomizarse, mientras que al mismo tiempo demuestra de la manera más categórica la desintegración del sistema capitalista en su conjunto. El aumento de la población rural durante el período de crisis aguda de 1930-1935 se explica sencillamente por el hecho de que poco menos que dos millones de pobladores urbanos, o, hablando con más exactitud, 2 millones de desocupados hambrientos, se refugiaron en el campo, en tierras abandonadas por los labradores o en granjas de sus parientes y amigos, con objeto de emplear su fuerza de trabajo, rechazada por la sociedad, en la economía natural productiva y poder vivir una existencia menos miserable en vez de morirse totalmente de hambre. No se trata, entonces, de una cuestión de estabilidad de los granjeros, artesanos y comerciantes, sino más bien de la abyecta miseria de su situación. Lejos de constituir una garantía para el futuro, la clase media es una reliquia infortunada y trágica del pasado. Incapaz de suprimirla por completo, el capitalismo la ha reducido al mayor grado de degradación y de miseria. Al granjero se le niega no solamente la renta que se le debe por su lote de terreno y la ganancia del capital que ha invertido en él, sino también una buena porción de su salario. De la misma manera, la pobre gente que reside en la ciudad gasta poco a poco sus reservas y zozobra en una existencia que vale poco más que la muerte. La clase media no se proletariza únicamente porque se pauperiza. A este respecto es tan difícil encontrar un argumento contra Marx como en favor del capitalismo.

#### *D. La crisis industrial*

El final del siglo pasado y el comienzo del presente siglo se han caracterizado por un progreso tan abrumador del capitalismo, que las crisis cíclicas parecían no ser más que molestias “accidentales”. Durante los años de optimismo capitalista casi universal los críticos de Marx nos aseguraban que el desarrollo nacional e internacional de los “trusts”, sindicatos y carteles introducía en el mercado una organización bien planeada y presagiaba el triunfo final sobre las crisis. Según Sombart, las

crisis habían sido ya “abolidas” antes de la guerra por el mecanismo del propio capitalismo, de tal modo que “el problema de las crisis nos deja hoy día virtualmente indiferentes”. Ahora, solamente diez años más tarde, esas palabras suenan a burla, porque el pronóstico de Marx se nos aparece hoy en día en toda la medida de su trágica fuerza. Es notable que la prensa capitalista, que pretende negar como puede la existencia misma de los monopolios, recurra a esos mismos monopolios para negar como puede la anarquía capitalista. Si sesenta familias dirigen la vida económica de Estados Unidos, The New York Times observa irónicamente: “Esto demostraría que el capitalismo norteamericano, lejos de ser anárquico y sin plan alguno, se halla organizado con gran precisión”. Este argumento yerra el blanco. El capitalismo ha sido incapaz de desarrollar una sola de sus tendencias hasta el fin. Así como la concentración de la riqueza no suprime a la clase media, así tampoco el monopolio suprime a la competencia, sólo la ahoga y la contiene. Ni el “plan” de cada una de las sesenta familias ni las diversas variantes de esos planes se hallan interesados en lo más mínimo en la coordinación de las diferentes ramas de la economía, sino más bien en el aumento de los beneficios de su camarilla monopolista a expensas de otras camarillas y a expensas de toda la nación. En último término, el choque de semejantes planes no hace más que profundizar la anarquía en la economía nacional. La crisis de 1929 estalló en Estados Unidos un año después de haber declarado Sombart la completa indiferencia de su “ciencia” con respecto al problema de la crisis. Desde la cumbre de una prosperidad sin precedentes, la economía de Estados Unidos fue lanzada al abismo de una postración monstruosa. Nadie podía haber concebido en la época de Marx convulsiones de tal magnitud. La renta nacional de Estados Unidos se había elevado por primera vez en 1920 a 69 mil millones de dólares para caer al año siguiente a 50 mil millones de dólares (un descenso del 27%). Como consecuencia de la prosperidad de los años siguientes, la renta nacional se elevó de nuevo, en 1929, a su punto máximo de 81 mil millones de dólares, para descender en 1932 a 40 mil millones de dólares, es decir, ¡a menos de la mitad! Durante los nueve años de 1930 a 1938 se perdieron aproximadamente 43 millones de años de trabajo humano y 133 mil millones de dólares de la renta nacional, teniendo en cuenta el trabajo y la renta de 1929. Si todo esto no es anarquía, ¿cuál puede ser el significado de esta palabra?

### *E. La teoría del colapso*

La inteligencia y el corazón de los intelectuales de la clase media y de los burócratas de los sindicatos estuvieron casi completamente dominados por las hazañas logradas por el capitalismo entre la época de la muerte de Marx y el comienzo de la Guerra Mundial. La idea del progreso gradual (evolución) parecía haberse asegurado para siempre, en tanto que la idea de revolución era considerada como una mera reliquia de la barbarie. Al pronóstico de Marx se oponía el pronóstico cualitativamente contrario sobre la distribución mejor equilibrada de la renta nacional con la suavización de las contradicciones de clase, y con la reforma gradual de la sociedad



capitalista. Jean Jaurès, el mejor dotado de los socialdemócratas de esa época clásica, esperaba llenar gradualmente la democracia política con un contenido social. En eso reside la esencia del reformismo. Tal era la predicción opuesta a la de Marx ¿Qué queda de ella? La vida del capitalismo monopolista de nuestra época es una cadena de crisis. Cada una de las crisis es una catástrofe. La necesidad de salvarse de esas catástrofes parciales por medio de murallas aduaneras, de la inflación, del aumento de los gastos gubernamentales y de las deudas prepara el terreno para otras crisis más profundas y más extensas. La lucha por conseguir mercados, materias primas y colonias hace inevitables las catástrofes militares. Y todo ello prepara ineludiblemente las catástrofes revolucionarias. Ciertamente no es fácil convenir con Sombart en que el capitalismo actuante se hace cada vez más “tranquilo, sosegado y razonable”. Sería más acertado decir que está perdiendo sus últimos vestigios de razón. En cualquier caso no hay duda que la “teoría del colapso” ha triunfado sobre la teoría del desarrollo pacífico.

## **La decadencia del capitalismo**

Si bien el control de la producción por el mercado ha costado caro a la sociedad, no es menos cierto que la humanidad, hasta cierta etapa, aproximadamente hasta la Guerra Mundial, creció, se desarrolló y se enriqueció a través de las crisis parciales y generales. La propiedad privada de los medios de producción era en esa época un factor relativamente progresista. Pero hoy el dominio ciego de la ley del valor se niega a prestar más servicios. El progreso humano se ha detenido en un callejón sin salida. A pesar de los últimos triunfos del pensamiento técnico, las fuerzas productivas naturales ya no aumentan. El síntoma más claro de la decadencia es el estancamiento mundial de la industria de la construcción, como consecuencia de la paralización de nuevas inversiones en las ramas fundamentales de la economía. Los capitalistas ya no son capaces de creer en el futuro de su propio sistema. Las construcciones estimuladas por el gobierno significan un aumento en los impuestos y la contracción de la renta nacional “sin trabas”, especialmente desde que la parte principal de las nuevas construcciones del gobierno está destinada directamente a objetivos bélicos.

El marasmo ha adquirido un carácter particularmente degradante en la esfera más antigua de la actividad humana, en la más estrechamente relacionada con las necesidades vitales del hombre: la agricultura. No satisfechos ya con los obstáculos que la propiedad privada, en su forma más reaccionaria, la de los pequeños terratenientes, opone al desarrollo de la agricultura, los gobiernos capitalistas se ven obligados con frecuencia a limitar la producción artificialmente con la ayuda de medidas legislativas y administrativas que hubieran asustado a los artesanos de los gremios en la época de su decadencia. La historia dará cuenta de que los gobiernos de los países capitalistas más poderosos concedieron premios a los agricultores para que redujeran sus plantaciones, es decir, para disminuir artificialmente la renta nacional ya en disminución. Los resultados son evidentes por sí mismos: a

pesar de las grandiosas posibilidades de producción, frutos de la experiencia y la ciencia, la economía agraria no sale de una crisis putrescente, mientras que el número de hambrientos, la mayor parte de la humanidad, sigue creciendo con mayor rapidez que la población de nuestro planeta. Los conservadores consideran como una política sensible, humanitaria, la defensa de un orden social que ha caído en una locura tan destructiva y condenan la lucha del socialismo contra semejante locura como una utopía destructiva.

## **El fascismo y el New Deal**

Actualmente hay dos sistemas que rivalizan en el mundo para salvar al capital históricamente condenado a muerte: son el Fascismo y el New Deal (Nuevo Pacto). El fascismo basa su programa en la disolución de las organizaciones obreras, en la destrucción de las reformas sociales y en el aniquilamiento completo de los derechos democráticos, con el objeto de prevenir el renacimiento de la lucha de clases del proletariado. El Estado fascista legaliza oficialmente la degradación de los trabajadores y la depauperización de las clases medias en nombre de la salvación de la “nación” y de la “raza”, nombres presuntuosos bajo los que se oculta al capitalismo en decadencia. La política del New Deal, que trata de salvar a la democracia imperialista por medio de regalos a la aristocracia obrera y campesina sólo es accesible en su gran amplitud a las naciones verdaderamente ricas, y en tal sentido es una política norteamericana por excelencia. El gobierno norteamericano ha tratado de obtener una parte de los gastos de esa política de los bolsillos de los monopolistas, exhortándoles a aumentar los salarios y a disminuir la jornada de trabajo para aumentar así el poder adquisitivo de la población y para extender la producción. Léon Blum intentó trasladar ese sermón a Francia, pero en vano. El capitalista francés, como el norteamericano, no produce por amor a la producción, sino para obtener ganancia. Se halla siempre dispuesto a limitar la producción, e inclusive a destruir los productos manufacturados, si como consecuencia de ello aumenta su parte en la renta nacional. El programa del New Deal muestra su mayor inconsistencia en el hecho de que mientras predica sermones a los magnates del capital sobre las ventajas de la abundancia sobre la escasez, el gobierno concede premios para reducir la producción. ¿Es posible una confusión mayor? El gobierno refuta a sus críticos con este desafío: ¿Podéis hacerlo mejor? Todo esto significa que en la base del capitalismo la situación es desesperada. Desde 1933, es decir, en el curso de los últimos seis años, el gobierno federal, los diversos Estados y las municipalidades de Estados Unidos han entregado a los desocupados cerca de 15 millones de dólares como ayuda -cantidad completamente insuficiente por sí misma y que sólo representa una pequeña parte de la pérdida de salarios, pero al mismo tiempo, teniendo en cuenta la renta nacional en decadencia, una cantidad colosal-. Durante 1938, que fue un año de relativa reactivación económica, la deuda nacional de Estados Unidos aumentó en 2 mil millones de dólares y como ya ascendía a 38 mil millones de dólares, superó en 12 mil millones de dólares al punto

alcanzado a fines de la guerra mundial. En 1939 superó muy pronto los 40 mil millones de dólares. ¿Y entonces, qué? El crecimiento de la deuda nacional es, por supuesto, una carga para la posteridad. Pero el mismo New Deal sólo fue posible gracias a la tremenda riqueza acumulada por las generaciones precedentes. Únicamente una nación muy rica puede llevar a cabo una política económica tan extravagante. Pero ni siquiera esa nación puede seguir viviendo indefinidamente a expensas de las generaciones anteriores. La política del New Deal, con sus resultados ficticios y su aumento real de la deuda nacional, tiene que culminar necesariamente en una feroz reacción capitalista y en una explosión devastadora del imperialismo. En otras palabras, conduce a los mismos resultados que la política del fascismo.

## **¿Anomalía o Norma?**

El secretario del Interior de Estados Unidos, Mr. Harold L. Ickes, considera como “una de las más extrañas anomalías en toda la historia” que Estados Unidos, democrático en la forma, sea autocrático en sustancia: “América, la tierra de la mayoría fue dirigida, por lo menos hasta 1933 (!) por los monopolios, que a su vez son dirigidos por un pequeño número de accionistas”. La diagnosis es correcta, con la excepción de la insinuación de que con el advenimiento de Roosevelt ha cesado o se ha debilitado el gobierno del monopolio. Sin embargo, lo que Ickes llama “una de las más extrañas anomalías de la historia” es en realidad la norma incuestionable del capitalismo. La dominación del débil por el fuerte, de la mayoría por la minoría, de los trabajadores por los explotadores es una ley básica de la democracia burguesa. Lo que distingue a Estados Unidos de los otros países es simplemente el mayor alcance y la mayor perversidad de las contradicciones de su capitalismo. La carencia de un pasado feudal, la riqueza de recursos naturales, un pueblo enérgico y emprendedor, todos los prerequisites que auguraban un desarrollo ininterrumpido de la democracia, han traído como consecuencia una concentración fantástica de la riqueza. Con la promesa de emprender la lucha contra los monopolios hasta triunfar sobre ellos, Ickes toma como prueba a Thomas Jefferson, Andrew Jackson, Abraham Lincoln, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson como predecesores de Franklin D. Roosevelt. “Prácticamente todas nuestras más grandes figuras históricas -dijo el 30 de diciembre de 1937- son famosas por su lucha persistente y animosa para impedir la superconcentración de la riqueza y del poder en unas pocas manos”. Pero de sus mismas palabras se deduce que el fruto de esa “lucha persistente y animosa” es el dominio completo de la democracia por la plutocracia. Por alguna razón inexplicable Ickes piensa que la victoria está asegurada en la actualidad con tal que el pueblo comprenda que la lucha no es “entre el New Deal y el promedio de los hombres cultos de negocios, sino entre el New Deal y los Borbones de las sesenta familias que han mantenido al resto de los hombres de negocios bajo el terror de su dominio”, en desmedro de la democracia y de los esfuerzos de las “más célebres figuras históricas”. Los Rockefeller, los Morgan, los Mellon, los Vanderbilt, los Guggenheim, los Ford y compañía no invadieron a Estados Unidos desde afuera,

como Cortés invadió a México; nacieron orgánicamente del “pueblo”, o más precisamente de la clase de los “industriales y hombres de negocios cultos”, y representan hoy, de acuerdo con el pronóstico de Marx, el apogeo natural del capitalismo. Si una democracia joven y fuerte en el apogeo de su vitalidad fue incapaz de contener la concentración de la riqueza cuando el proceso se hallaba todavía en su comienzo, es imposible creer ni siquiera por un minuto que una democracia en decadencia sea capaz de debilitar los antagonismos de clase que han llegado a su límite máximo. De cualquier modo, la experiencia del New Deal no da pie para semejante optimismo. Al refutar las acusaciones de la industria pesada contra el gobierno, Robert H. Jackson, alto personaje de los círculos de la administración, demostró con cifras que durante el gobierno de Roosevelt los beneficios de los magnates del capital alcanzaron alturas con las que ellos mismos habían dejado de soñar durante el último período de la presidencia de Hoover, de lo cual se deduce en todo caso que la lucha de Roosevelt contra los monopolios no ha sido coronada con un éxito mayor que la de todos sus predecesores.

## **El retorno del pasado**

No se puede menos que estar de acuerdo con el profesor Lewis W. Douglas, el primer Director de Presupuestos en la administración de Roosevelt, cuando condena al gobierno por “atacar” el monopolio en un campo mientras fomenta el monopolio en otros muchos. Sin embargo, en la realidad, no puede ser de otra manera. Según Marx, el gobierno es el comité ejecutivo de la clase gobernante. Ningún gobierno se halla en situación de luchar contra el monopolio en general, es decir, contra la clase en cuyo nombre gobierna. Mientras ataca a algunos monopolios se halla obligado a buscar un aliado en otros monopolios. Unido con los bancos y con la industria ligera puede descargar golpes contra los “trusts” de la industria pesada, los cuales no dejan de cosechar por ese motivo beneficios fantásticos. Lewis Douglas no contrapone la ciencia a la charlatanería oficial, sino simplemente otra clase de charlatanería. Ve la fuente del monopolio no en el capitalismo sino en el proteccionismo y, de acuerdo con eso, descubre la salvación de la sociedad no en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sino en la rebaja de los derechos de aduana. “A menos que se restaure la libertad de los mercados -predice- es difícil que la libertad de todas las instituciones -empresas, libertad de palabra, educación, religión- pueda sobrevivir.” En otras palabras, sin el restablecimiento de la libertad del comercio internacional, la democracia dondequiera y en cualquier extensión que haya sobrevivido, debe ceder a una dictadura revolucionaria o fascista. Pero la libertad del comercio internacional es inconcebible sin la dominación del monopolio. Por desgracia, Mr. Douglas, lo mismo que Mr. Ickes, lo mismo que Mr. Jackson, lo mismo que Mr. Cummings, y lo mismo que el propio Roosevelt, no se ha molestado en indicarnos su propia medicina contra el capitalismo monopolista y en consecuencia contra una revolución o un régimen totalitario. La libertad de comercio, como la libertad de competencia, como la prosperidad de la clase media,

pertenecen irrevocablemente al pasado. Conducirnos al pasado es ahora la única medicina de los reformadores democráticos del capitalismo: dar más “libertad” a pequeños y medianos industriales y hombres de negocios, cambiar en su favor el sistema de créditos y de moneda, liberar al mercado del dominio de los “trusts”, eliminar a los especuladores profesionales de la Bolsa, restaurar la libertad del comercio internacional, y así hasta el infinito. Los reformadores sueñan incluso con limitar el uso de las máquinas y decretar la proscripción de la técnica, que perturba el equilibrio social y causa muchas preocupaciones.

## **Los científicos y el marxismo**

Hablando en defensa de la ciencia el 7 de diciembre de 1937 el doctor Robert A. Millikan, uno de los principales físicos norteamericanos, observó: “Las estadísticas de Estados Unidos demuestran que el porcentaje de la población que trabaja lucrativamente ha aumentado constantemente durante los últimos cincuenta años, en los que la ciencia ha sido aplicada más rápidamente”. Esta defensa del capitalismo bajo la apariencia de defender a la ciencia no puede llamarse afortunada. Precisamente durante el último medio siglo es cuando la correlación entre la economía y la técnica se ha alterado agudamente. El período a que se refiere Millikan incluye el comienzo de la declinación capitalista así como la cima de la prosperidad capitalista. Ocultar el comienzo de esa declinación, que es mundial, es proceder como un apologista del capitalismo. Rechazando el socialismo de una manera descarada con la ayuda de argumentos que apenas harían honor a Henry Ford, el doctor Millikan nos dice que ningún sistema de distribución puede satisfacer las necesidades del hombre sin elevar el nivel de la producción. ¡Indudablemente! Pero es una lástima que el famoso físico no explique a los millones de norteamericanos desocupados cómo podrían participar en el aumento de la renta nacional. Los sermones sobre la gracia milagrosa de la iniciativa individual y la alta productividad del trabajo, no podrán seguramente proporcionar empleos a los desocupados, no cubrirán el déficit del presupuesto, no sacarán la economía nacional del impasse. Lo que distingue a Marx es la universalidad de su genio, su capacidad para comprender los fenómenos y los procesos de los diversos campos en su relación inherente. Sin ser un especialista en las ciencias naturales, fue uno de los primeros en apreciar la importancia de los grandes descubrimientos en ese terreno: por ejemplo, la teoría del darwinismo. Marx estaba seguro de esa preeminencia no tanto en virtud de su intelecto sino en virtud de su método. Los científicos de mentalidad burguesa pueden pensar que se hallan por encima del socialismo, pero el caso de Robert Millikan no es sino uno de los muchos que confirman que en la esfera de la sociología sigue habiendo charlatanes incurables.

## **Las posibilidades de producción y la propiedad privada**

En su mensaje al Congreso a comienzos de 1937, el presidente Roosevelt expresó su deseo de aumentar la renta nacional a 90 o 100 mil millones de dólares, sin indicar, sin embargo, cómo lograrlo. Por sí mismo, ese programa era excesivamente modesto. En 1929, cuando había aproximadamente 2 millones de desocupados, la renta nacional alcanzó a 81 mil millones de dólares. Poniendo en movimiento las actuales fuerzas productivas, bastaría no sólo para realizar el programa de Roosevelt, sino para superarlo considerablemente. Las máquinas, las materias primas, los trabajadores, todo es aprovechable, para no mencionar las necesidades de la población. Si a pesar de ello el plan es irrealizable -y lo es- la única razón es el conflicto irreconciliable que se ha desarrollado entre la propiedad capitalista y la necesidad social de una producción creciente. El famoso Control Nacional de la Capacidad Productiva, patrocinado por el gobierno, llegó a la conclusión de que el costo total de la producción y de los servicios se elevaba en 1929 a casi 94 mil millones de dólares, calculados sobre la base de los precios al por menor. No obstante, si fuesen utilizadas todas las verdaderas posibilidades productivas, esa cifra se hubiera elevado a 135 mil millones de dólares, es decir, que hubieran correspondido 4.370 dólares anuales a cada familia, lo suficiente para asegurar una vida decente y cómoda. Hay que agregar que los cálculos del Control Nacional están basados en la actual organización productiva de Estados Unidos tal como la historia anárquica del capitalismo lo ha hecho. Si el propio equipo de trabajo fuese reorganizado sobre la base de un plan socialista unificado, los cálculos sobre la producción podrían ser superados considerablemente y se podría asegurar a todo el pueblo un nivel de vida alto y cómodo, basado en una jornada de trabajo extremadamente corta. En consecuencia, para salvar a la sociedad no es necesario detener el desarrollo de la técnica, cerrar las fábricas, conceder premios a los agricultores para que saboteen a la agricultura, transformar a un tercio de los trabajadores en mendigos, ni llamar a los maníacos para que hagan de dictadores. Ninguna de estas medidas, que constituyen una burla horrible para los intereses de la sociedad, es necesaria. Lo que es indispensable y urgente es separar los medios de producción de sus actuales propietarios parásitos y organizar la sociedad de acuerdo con un plan racional. Entonces será realmente posible por primera vez curar a la sociedad de sus males. Todos los que sean capaces de trabajar deben encontrar un empleo. La jornada de trabajo debe disminuir gradualmente. Las necesidades de todos los miembros de la sociedad encontrarán la posibilidad de una satisfacción creciente. Las palabras "pobreza", "crisis", "explotación", saldrán de circulación. La humanidad podrá cruzar finalmente el umbral de la verdadera humanidad.

## **La inevitabilidad del socialismo**

“Al mismo tiempo que disminuye constantemente el número de los magnates del capital -dice Marx- crecen la masa de la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación: pero con ello crece también la revuelta de la clase trabajadora, clase que aumenta siempre en número, disciplinada, unida, organizada por el mismo mecanismo del proceso de la producción capitalista...



La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan finalmente un punto en que se hacen incompatibles con su integumento capitalista. Este integumento es roto en pedazos. Suena el toque de difuntos de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.” Esta es la revolución socialista. Para Marx, el problema de reconstruir la sociedad no surgía de prescripción alguna motivada por sus predilecciones personales; era una consecuencia, como una necesidad histórica rigurosa, de la creciente madurez de las fuerzas productivas por un lado; de la ulterior imposibilidad de fomentar esas fuerzas a merced de la ley del valor por otro lado. Las elucubraciones de ciertos intelectuales según los cuales, en desmedro de la teoría de Marx, el socialismo no es inevitable sino únicamente posible, están desprovistas de todo contenido. Evidentemente, Marx no quiso decir que el socialismo se realizaría sin la intervención de la voluntad y la acción del hombre: semejante idea es sencillamente un absurdo. Marx predijo que la socialización de los medios de producción sería la única solución del colapso económico en el que debe culminar, inevitablemente, el desarrollo del capitalismo, colapso que tenemos ante nuestros ojos. Las fuerzas productivas necesitan un nuevo organizador y un nuevo amo, y dado que la existencia determina la conciencia, Marx no dudaba de que la clase trabajadora, a costa de errores y de derrotas, llegaría a comprender la verdadera situación y, tarde o temprano, sacaría las necesarias conclusiones prácticas. Que la socialización de los medios de producción creados por los capitalistas representa un tremendo beneficio económico se puede demostrar hoy día no sólo teóricamente, sino también con el experimento de la URSS, a pesar de las limitaciones de ese experimento. Es verdad que los reaccionarios capitalistas, no sin artificio utilizan al régimen de Stalin como un espantajo contra las ideas socialistas. En realidad, Marx nunca dijo que el socialismo podría ser alcanzado en un solo país, y, además, en un país atrasado. Las continuas privaciones de las masas en la Unión Soviética, la omnipotencia de la casta privilegiada que se eleva por encima de la nación y su miseria y, finalmente la arbitraria arrogancia de los burócratas, no son consecuencias del método económico socialista, sino del aislamiento y del atraso histórico de la URSS cercada por los países capitalistas. Lo admirable es que en esas circunstancias excepcionalmente desfavorables, la economía planificada haya logrado demostrar sus indiscutibles ventajas. Todos los salvadores del capitalismo, tanto de la clase democrática como de la fascista, pretenden limitar, o por lo menos disimular, el poder de los magnates del capital para impedir “la expropiación de los expropiadores”. Todos ellos reconocen, y muchos de ellos lo admiten abiertamente, que el fracaso de sus tentativas reformistas debe llevar inevitablemente a la revolución socialista. Todos ellos han logrado demostrar que sus métodos para salvar al capitalismo no son más que charlatanería reaccionaria e impotente. El pronóstico de Marx sobre la inevitabilidad del socialismo es así confirmado por el absurdo. La propaganda de la “tecnocracia”, que floreció en el período de la gran crisis de 1929-1932, se fundó en la premisa correcta de que la economía debe ser racionalizada únicamente por medio de

la unión de la técnica en la cima de la ciencia y del gobierno al servicio de la sociedad. Aquí es donde comienza la gran tarea revolucionaria. Para liberar a la técnica de la intriga de los intereses privados y colocar al gobierno al servicio de la sociedad es necesario “expropiar a los expropiadores”. Únicamente una clase poderosa, interesada en su propia liberación y opuesta a los expropiadores capitalistas es capaz de realizar esa tarea. Únicamente unida a un gobierno proletario podrá construir la clase calificada de los técnicos una economía verdaderamente científica y verdaderamente racional, es decir, una economía socialista. Sería mejor alcanzar ese objetivo de una manera pacífica, gradual, democrática. Pero el orden social que se ha sobrevivido a sí mismo no cede nunca su puesto a su sucesor sin resistencia. Si en su época la democracia joven y fuerte demostró ser incapaz de impedir que la plutocracia se apoderase de la riqueza y del poder, ¿es posible esperar que una democracia senil y devastada se muestre capaz de transformar un orden social basado en el dominio ilimitado de sesenta familias? La teoría y la historia enseñan que la sustitución de un régimen social por otro, presupone la forma más alta de la lucha de clases, es decir, la revolución. Ni siquiera la esclavitud pudo ser abolida en Estados Unidos sin una guerra civil. “La fuerza es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva.” Nadie ha sido capaz hasta ahora de refutar este principio básico de Marx en la sociología de la sociedad de clases. Solamente una revolución socialista puede abrir el camino hacia el socialismo.

## **El marxismo en Estados Unidos**

La república norteamericana ha ido más allá que otros países en la esfera de la técnica y de la organización de la producción. No es sólo América sino que es toda la humanidad la que se construirá sobre estos cimientos. Sin embargo, las diversas fases del proceso social en una y la misma nación tienen ritmos diversos que dependen de condiciones históricas especiales. Mientras Estados Unidos goza de una tremenda superioridad en la tecnología, su pensamiento económico se halla extremadamente atrasado tanto en la derecha como en la izquierda. John L. Lewis tiene casi los mismos objetivos que Franklin D. Roosevelt. Si tenemos en cuenta la naturaleza de su misión, la función social de Lewis es incomparablemente más conservadora, para no decir reaccionaria, que la de Roosevelt. En ciertos círculos norteamericanos hay una tendencia a repudiar ésta o aquella teoría revolucionaria sin el menor asomo de crítica científica, con la simple declaración de que es “no americana”. ¿Pero dónde puede encontrarse el criterio que permita distinguir lo que es americano y lo que no lo es? El cristianismo fue importado en Estados Unidos al mismo tiempo que los logaritmos, la poesía de Shakespeare, las nociones de los derechos del hombre y del ciudadano y otros productos no sin importancia del pensamiento humano. El marxismo se halla hoy día en la misma categoría. El Secretario de Agricultura norteamericana, Henry A. Wallace, imputó al autor de estas líneas “...una estrechez dogmática que es totalmente no americana” y contrapuso al dogmatismo ruso el

espíritu oportunista de Jefferson, que sabía cómo arreglárselas con sus adversarios. Al parecer, nunca se le ha ocurrido a Mr. Wallace que una política de compromisos no es una función de algún espíritu nacional inmaterial, sino un producto de las condiciones materiales. Una nación que se ha hecho rica rápidamente tiene reservas suficientes para conciliar a las clases y a los partidos hostiles. Cuando, por el contrario, las contradicciones sociales se exacerban, la base de la política de compromisos desaparece. América estaba libre de “estrechez dogmática” únicamente porque tenía una gran abundancia de tierras vírgenes, fuentes de riqueza natural inagotables y según se ha podido ver, oportunidades ilimitadas para enriquecerse. Sin embargo, incluso en estas condiciones, el espíritu de compromiso no prevaleció en la Guerra Civil cuando sonó la hora para él. De todos modos, las condiciones materiales que constituyeron la base del “americanismo” pertenecen hoy cada vez más al pasado. De aquí se deriva la crisis profunda de la ideología americana tradicional.

El pensamiento empírico, limitado a la solución de las tareas inmediatas, pareció bastante adecuado tanto en los círculos obreros como en los burgueses durante todo el tiempo que la ley del valor de Marx reemplazó el pensamiento de cada uno. Pero hoy día esta ley produce efectos opuestos. En vez de impulsar a la economía hacia adelante, socava sus fundamentos. El pensamiento ecléctico conciliatorio, que mantiene una actitud desfavorable o desdeñosa con respecto al marxismo como un “dogma”, y con su apogeo filosófico, el pragmatismo, se hace completamente inadecuado, cada vez más insustancial, reaccionario y ridículo. Por el contrario, son las ideas tradicionales del “americanismo” las que se han convertido en un dogma sin vida, petrificado, que no engendra más que errores y confusiones. Al mismo tiempo, la doctrina económica de Marx ha adquirido una viabilidad peculiar y especialmente en lo que respecta a Estados Unidos. Aunque *El Capital* se apoya en un material internacional, preponderantemente inglés en sus fundamentos teóricos, es un análisis del capitalismo puro, del capitalismo como tal. Indudablemente, el capitalismo que se ha desarrollado en las tierras vírgenes y sin historia de América es el que más se acerca a ese tipo ideal de capitalismo. Salvo la presencia de Wallace, América se ha desarrollado económicamente no de acuerdo con los principios de Jefferson, sino de acuerdo con las leyes de Marx. Al reconocerlo se ofende tan poco al amor propio nacional como al reconocer que América da vueltas alrededor del sol de acuerdo con las leyes de Copérnico. *El Capital* ofrece una diagnosis exacta de la enfermedad y un pronóstico irremplazable. En este sentido la teoría de Marx está mucho más impregnada del nuevo “americanismo” que las ideas de Hoover y Roosevelt, de Green y de Lewis. Es cierto que hay una literatura original muy difundida en Estados Unidos, consagrada a la crisis de la economía americana. En cuanto esos economistas concienzudos ofrecen una descripción objetiva de las tendencias destructivas del capitalismo norteamericano, sus investigaciones, prescindiendo de sus premisas teóricas, parecen ilustraciones directas de las teorías de Marx. La tradición conservadora de estos autores se pone en evidencia, sin embargo, cuando se empeñan

tercamente en no sacar conclusiones precisas, limitándose a tristes predicciones o a vulgaridades tan edificantes como “el país debe comprender”, “la opinión pública debe considerar seriamente”, etcétera. Esos libros se asemejan a un cuchillo sin hoja. Es cierto que en el pasado hubo marxistas en Estados Unidos, pero eran de un extraño tipo de marxistas, o más bien de tres tipos extraños. En primer lugar se hallaba la casta de emigrados de Europa, que hicieron todo lo que pudieron, pero no encontraron eco; en segundo lugar, los grupos norteamericanos aislados, como el de los Deleonistas[4], que en el curso de los acontecimientos y a consecuencia de sus propios errores, se convirtieron en sectas; en tercer lugar, los aficionados atraídos por la Revolución de Octubre y que simpatizaban con el marxismo como una teoría exótica que tenía muy poco que ver con Estados Unidos. Esta época ha pasado. Ahora amanece la nueva época de un movimiento de clase independiente a cargo del proletariado y al mismo tiempo de un marxismo verdadero. En esto también, Estados Unidos alcanzará en poco tiempo a Europa y la superará. La técnica progresista y la estructura social progresista preparan el camino en la esfera doctrinaria. Los mejores teóricos del marxismo aparecerán en suelo americano. Marx será el guía de los trabajadores norteamericanos avanzados. Para ellos esta exposición abreviada del primer volumen de El Capital constituirá solamente el paso inicial hacia el estudio completo de Marx.

## **El espejo ideal del capitalismo**

En la época en que se publicó el primer volumen de El Capital, la dominación mundial de la burguesía era aún indiscutible. Las leyes abstractas de la economía de mercado encontraron, naturalmente, su completa encarnación -es decir, la menor dependencia de las influencias del pasado- en el país en el que el capitalismo había alcanzado su mayor desarrollo. Al basar su análisis principalmente en Inglaterra, Marx tenía en vista no solamente a Inglaterra, sino a todo el mundo capitalista. Utilizó a la Inglaterra de su época como el mejor espejo del capitalismo de esta época.

Ahora sólo queda el recuerdo de la hegemonía británica. Las ventajas de la primogenitura capitalista se han convertido en desventajas. La estructura técnica y económica de Inglaterra se ha desgastado. El país sigue dependiendo en su posición mundial de su imperio colonial, herencia del pasado, más que de un potencial económico activo. Esto explica incidentalmente la caridad cristiana de Chamberlain\* con respecto al gangsterismo internacional de los fascistas, que tanto ha sorprendido al mundo entero. La burguesía inglesa no puede dejar de reconocer que su decadencia económica se ha hecho completamente incompatible con su posición en el mundo y que una nueva guerra amenaza con el derrumbamiento del Imperio Británico. Esencialmente similar es la base económica del “pacifismo” francés.

Alemania, por el contrario, ha utilizado en su rápido ascenso capitalista las ventajas del atraso histórico, equipándose con la técnica más completa de Europa. Teniendo una base nacional estrecha e insuficiencia de recursos naturales, el dinamismo capitalista de Alemania, se ha

transformado por necesidad en el factor más explosivo del llamado equilibrio de las potencias mundiales. La ideología epiléptica de Hitler no es más que el reflejo de la epilepsia del capitalismo alemán.

Además de las numerosas e invalorables ventajas de carácter histórico, el desarrollo de Estados Unidos gozó de la preeminencia de un territorio inmensamente grande y de una riqueza natural incomparablemente mayor que Alemania. Habiendo aventajado considerablemente a Gran Bretaña, la República norteamericana llegó a ser a comienzos del siglo actual la principal fortaleza de la burguesía mundial. Todas las potencialidades del capitalismo encontraron en ese país su más alta expresión. En parte alguna de nuestro planeta puede la burguesía realizar empresas superiores a las de la república del dólar, que se ha convertido en el siglo XX en el espejo más perfecto del capitalismo.

Por las mismas razones que tuvo Marx para basar su exposición en las estadísticas inglesas, nosotros hemos recurrido, en nuestra modesta introducción, a la experiencia económica y política de Estados Unidos. No es necesario decir que no sería difícil citar hechos y cifras análogos, tomándolos de la vida de cualquier otro país capitalista. Pero eso no añadiría nada esencial. Las conclusiones seguirían siendo las mismas y solamente los ejemplos serían menos sorprendentes. La política del Frente Popular en Francia era, como señaló perspicazmente uno de sus financistas, una adaptación del New Deal "para liliputienses". Es perfectamente evidente que en un análisis teórico es mucho más conveniente tratar con magnitudes ciclópeas que con magnitudes liliputienses. La misma inmensidad del experimento de Roosevelt nos demuestra que solamente un milagro puede salvar al sistema capitalista mundial. Pero sucede que el desarrollo de la producción capitalista ha terminado con la producción de milagros. Sin embargo, es evidente que si se pudiera producir el milagro del rejuvenecimiento del capitalismo, ese milagro sólo se podría producir en Estados Unidos. Pero ese rejuvenecimiento no se ha realizado. Lo que no pueden alcanzar los cíclopes, mucho menos pueden alcanzarlo los liliputienses. Asentar los fundamentos de esta sencilla conclusión es el objeto de nuestra excursión por el campo de la economía norteamericana.

## **Las metrópolis y las colonias**

"El país más desarrollado industrialmente -escribió Marx en el prefacio de la primera edición de El Capital- no hace más que mostrar a los de menor desarrollo la imagen de su propio futuro." Este pensamiento no puede ser tomado literalmente en circunstancia alguna. El crecimiento de las fuerzas productivas y la profundización de las incompatibilidades sociales son indudablemente la suerte que les corresponde a todos los países que han tomado el camino de la evolución burguesa. Sin embargo, la desproporción en los "ritmos" y medidas que siempre se produce en la evolución de la humanidad, no solamente se hace especialmente aguda bajo el capitalismo, sino que da origen a la completa interdependencia de la subordinación, la explotación y la opresión entre los países de tipo económico diferente. Solamente una minoría de países ha realizado completamente

esa evolución sistemática y lógica que parte del artesanado y llega a la fábrica, pasando por la manufactura, que Marx sometió a un análisis tan detallado. El capital comercial, industrial y financiero invadió desde el exterior a los países atrasados, destruyendo en parte las formas primitivas de la economía nativa y en parte sujetándolos al sistema industrial y bancario de Occidente. Bajo el látigo del imperialismo, las colonias se vieron obligadas a prescindir de las etapas intermedias, apoyándose al mismo tiempo artificialmente en un nivel o en otro. El desarrollo de la India no reprodujo el desarrollo de Inglaterra; lo completó. Sin embargo, para poder comprender el tipo combinado de desarrollo de los países atrasados y dependientes como la India es siempre necesario no olvidar el esquema clásico de Marx derivado del desarrollo de Inglaterra. La teoría obrera del valor guía igualmente los cálculos de los especuladores de la City de Londres y las transacciones monetarias en los rincones más remotos de Haiderabad, excepto que en el último caso adquiere formas más sencillas y menos astutas. La desigualdad del desarrollo trajo consigo beneficios tremendos para los países avanzados, los cuales, aunque en grados diversos, siguieron desarrollándose a expensas de los atrasados, explotándolos, convirtiéndolos en colonias o, por lo menos, haciéndoles imposible figurar entre la aristocracia capitalista. Las fortunas de España, Holanda, Inglaterra, Francia, fueron obtenidas, no solamente con la plusvalía extraída de su propio proletariado, no solamente por el pillaje de su pequeña burguesía, sino también con el pillaje sistemático de sus posesiones de ultramar. La explotación de clases fue complementada y su potencialidad aumentada con la explotación de las naciones. La burguesía de las metrópolis ha sido capaz de asegurar una posición privilegiada para su propio proletariado, especialmente para las capas superiores, mediante el pago de algunos superbeneficios obtenidos con las colonias. Sin eso hubiera sido completamente imposible cualquier clase de régimen democrático estable. En su manifestación más desarrollada la democracia burguesa se hizo, y sigue siendo, una forma de gobierno accesible únicamente a las naciones más aristocráticas y más explotadoras. La antigua democracia se basaba en la esclavitud; la democracia imperialista se basa en la expoliación de las colonias. Estados Unidos, que formalmente casi no tiene colonias, es, sin embargo, la nación más privilegiada de la historia. Los activos inmigrantes llegados de Europa tomaron posesión de un continente excesivamente rico, exterminaron a la población nativa, se quedaron con la mejor parte de México y se embolsaron la parte del león de la riqueza mundial. Los depósitos de grasa que acumularon entonces, les siguen siendo útiles todavía en la época de la decadencia, pues les sirven para engrasar los engranajes y las ruedas de la democracia. La reciente experiencia histórica tanto como el análisis teórico testimonian que el nivel de desarrollo de una democracia y su estabilidad, están en proporción inversa a la tensión de las contradicciones de clase. En los países capitalistas menos privilegiados (Rusia, por un lado, y Alemania, Italia, etcétera, por el otro), incapaces de engendrar una aristocracia obrera numerosa, nunca se desarrolló la democracia en toda su extensión y sucumbieron a la dictadura con relativa facilidad.



No obstante, la continua parálisis progresiva del capitalismo prepara la misma suerte a las democracias privilegiadas y más ricas. La única diferencia está en la fecha. El deterioro incontenible en las condiciones de vida de los trabajadores hace cada vez menos posible para la burguesía conceder a las masas el derecho a participar en la vida política, incluso dentro de los marcos limitados del parlamentarismo burgués. Cualquier otra explicación del proceso manifiesto del desalojo de la democracia por el fascismo es una falsificación idealista de la realidad, ya sea un engaño o autoengaño. Mientras destruye la democracia en las viejas metrópolis del capital, el imperialismo impide al mismo tiempo el desarrollo de la democracia en los países atrasados. El hecho de que en la nueva época ni una sola de las colonias o semicolonias haya realizado una revolución democrática, sobre todo en el campo de las relaciones agrarias, se debe por completo al imperialismo, que se ha convertido en el obstáculo principal para el progreso económico y político. Explotando la riqueza natural de los países atrasados y restringiendo deliberadamente su desarrollo industrial independiente, los magnates monopolistas y sus gobiernos conceden simultáneamente su apoyo financiero, político y militar a los grupos semif feudales más reaccionarios y parásitos de explotadores nativos. La barbarie agraria artificialmente conservada es hoy día la plaga más siniestra de la economía mundial contemporánea. La lucha de los pueblos coloniales por su liberación, pasando por encima de las etapas intermedias, se transforma por necesidad en una lucha contra el imperialismo y de ese modo se pone de acuerdo con la lucha del proletariado en las metrópolis. Los levantamientos y las guerras coloniales hacen oscilar, a su vez, las bases fundamentales del mundo capitalista más que nunca y hacen menos posible que nunca el milagro de su regeneración.

## **La economía mundial planificada**

El capitalismo tiene el doble mérito histórico de haber elevado la técnica a un alto nivel y de haber ligado a todas las partes del mundo con lazos económicos. De ese modo ha proporcionado los prerequisites materiales para la utilización sistemática de todos los recursos de nuestro planeta. Sin embargo, el capitalismo no se halla en situación de cumplir esa tarea urgente. El núcleo de su expansión sigue siendo el Estado nacional con sus fronteras, sus aduanas y sus ejércitos. No obstante, las fuerzas productivas han superado hace tiempo los límites del Estado nacional, transformando, en consecuencia, lo que era antes un factor histórico progresivo en una restricción insoportable. Las guerras imperialistas no son sino explosiones de las fuerzas productivas contra las fronteras del Estado que han llegado a ser demasiado estrechas para ellas. El programa de la llamada "autarquía" nada tiene que ver con el retorno a una economía autosuficiente y circunscripta al interior de sus fronteras. Sólo significa que la base nacional se prepara para una nueva guerra. Después de haberse firmado el Tratado de Versalles se creyó generalmente que se había dividido bien el globo terrestre. Pero los acontecimientos más recientes han servido para recordarnos que

nuestro planeta sigue conteniendo tierras que todavía no han sido explotadas o, por lo menos, explotadas suficientemente. La lucha por las colonias sigue siendo una parte de la política del capitalismo imperialista. Por completamente que sea dividido el mundo, el proceso nunca termina, sino que coloca una y otra vez a la orden del día la cuestión de la nueva división del mundo de acuerdo a los cambios en la relación entre las fuerzas imperialistas. Tal es hoy día la verdadera razón de los rearmes, las crisis diplomáticas y los preparativos de guerra. Todos los intentos de presentar la guerra actual como un choque entre las ideas de democracia y de fascismo pertenecen al reino de la charlatanería y de la estupidez. Las formas políticas cambian, pero subsisten los apetitos capitalistas. Si a cada lado del Canal de la Mancha se estableciese mañana un régimen fascista -y apenas podría atreverse nadie a negar esa posibilidad- los dictadores de París y Londres serían tan incapaces de renunciar a sus posesiones coloniales como Mussolini y Hitler de renunciar a sus reivindicaciones nacionales. La lucha furiosa y desesperada por una nueva división del mundo es una consecuencia irresistible de la crisis mortal del sistema capitalista.

Las reformas parciales y los remiendos para nada servirán. La evolución histórica ha llegado a una de sus etapas decisivas, en la que únicamente la intervención directa de las masas es capaz de barrer los obstáculos reaccionarios y de asentar las bases de un nuevo régimen. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción es la primera condición para la economía planificada, es decir, para la introducción de la razón en la esfera de las relaciones humanas, primero en una escala nacional y, finalmente, en una escala mundial. Una vez comenzada, la revolución socialista se extenderá de país en país con una fuerza inmensamente mayor que con la que se extiende hoy día el fascismo. Con el ejemplo y la ayuda de las naciones adelantadas, las naciones atrasadas serán también arrastradas por la corriente del socialismo. Caerán las barreras aduaneras completamente carcomidas. Las contradicciones que despedazan a Europa y al mundo entero encontrarán su solución natural y pacífica dentro del marco de Estados Unidos Socialistas, en Europa, así como en otras partes del mundo. La humanidad liberada llegará a su cima más alta.

[1] Nueva versión al español traducida especialmente para esta edición de *Œuvres*, Tomo 20, Ed. por el L' Institut León Trotsky, 1985, París, pág. 147. Otra versión en español se encuentra en *El pensamiento vivo de Marx*, Ed. Losada, Argentina. En el segundo párrafo después del subtítulo "Desigualdad y explotación" hemos modificado la traducción de Broué por la del original ruso publicada en <https://iskra-research.org/Trotsky/sochineniia/1939/19390226.html>. Allí constatamos que donde decía "plusvalía" Trotsky se refiere a "producto excedente". Marcamos este cambio con asterisco (\*) de forma on line aunque no lo podemos hacer por el momento en nuestros materiales impresos (El capitalismo y sus crisis, El marxismo y nuestra época).

I El resumen del primer volumen de El Capital -la base de todo el sistema económico de Marx- fue realizado por Otto Rühle con una profunda comprensión de su tarea. Lo primero que eliminó fueron

los ejemplos anticuados, las anotaciones de escritos que hoy día sólo tienen un interés histórico, las polémicas con escritores ahora olvidados y finalmente numerosos documentos que a pesar de su importancia para la comprensión de una época determinada, no tienen lugar en una exposición concisa que se propone objetivos más bien teóricos que históricos. Al mismo tiempo, el Sr. Rühle hizo todo lo posible para conservar la continuidad en el desarrollo del análisis científico. Las deducciones lógicas y las transiciones dialécticas del pensamiento no han sido infringidas en punto alguno. Por estas razones este extracto merece una lectura cuidadosa. (Nota de L.T.)

II “La influencia moderadora de la competencia -se lamenta el primer fiscal general de Estados Unidos, Mr. Hommer S. Cummings- es desplazada gradualmente y en muchas partes ya no subsiste más que como un pálido recuerdo de las condiciones que antes existieron.” (Nota de L.T.)

III Una comisión del Senado de Estados Unidos comprobó en febrero de 1937, que durante los veinte años anteriores las decisiones de una docena de las grandes corporaciones habían contrapesado las directivas de la mayor parte de la industria norteamericana. El número de presidentes de las juntas directivas de esas corporaciones es casi el mismo que el número de miembros del Gabinete del Presidente de Estados Unidos, la rama ejecutiva del gobierno republicano. Pero esos presidentes de las juntas directivas son inmensamente más poderosos que los miembros del Gabinete. (Nota de L.T.)

[2] Alexis de Tocqueville (1805-1859): había sido enviado a EE.UU. en 1831, para estudiar allí el sistema penitenciario. Su obra, *La democracia en América*, apareció en dos volúmenes en 1835 y 1840. Fue diputado en la Constituyente de 1848, en la Legislativa de 1849 y Ministro de Asuntos Extranjeros. Sólo pudo publicar el primer volumen de su libro *El antiguo régimen y la Revolución* (1856).

IV El escritor norteamericano Ferdinand Lundberg, quien en desmedro de su honestidad científica es más bien un economista conservador, escribió en su libro, que produjo una conmoción: “Estados Unidos son hoy día propiedad y dominio de una jerarquía de sesenta de las familias más ricas, apoyadas por no más de noventa familias de riqueza menor. A esto se podría añadir una tercera fila de quizás otras trescientas cincuenta familias con rentas que superan los cien mil dólares por año. La posición predominante corresponde al primer grupo de sesenta familias, las que dominan no solamente al mercado sino todas las palancas del gobierno.” Son el gobierno verdadero, “el gobierno del dinero en una democracia del dólar”. (N. de L.T.)

[3] Werner Sombart (1863-1941): fue defensor de las reformas sociales en favor de la clase trabajadora, pero luego se convirtió en dirigente de un régimen liberal. Su obra más importante *El capitalismo moderno* en tres volúmenes.

[4] Daniel De León (1852-1914): nacido en Curaçao, llegó a Estados Unidos a los 20 años y enseñó derecho internacional en Columbia. Fue el fundador del Socialist Labor Party, de los Knights of Labor, luego de los IWW y combatió encarnizadamente, desde un punto de vista marxista y revolucionario, al reformismo de los sindicalistas norteamericanos. Pero los “Deleonistas” se dividieron por crisis y escisiones ininterrumpidas.

# La curva del desarrollo capitalista

Disponível em: <https://ceip.org.ar/La-curva-del-desarrollo-capitalista-5265>

Este artículo forma parte de las compilaciones del CEIP: Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición (1999), El Capitalismo y sus crisis (2008) y Obras Escogidas 12 (2018).

[Trotsky, León](#)

En su introducción al libro de Marx, *La lucha de clases en Francia* [2], Engels escribió: "Cuando se aprecian sucesos y series de sucesos de la historia diaria, jamás podemos remontarnos hasta las últimas causas económicas. Ni siquiera hoy, cuando la prensa especializada suministra materiales tan abundantes, se podría, ni aun en Inglaterra, seguir día a día la marcha de la industria y del comercio en el mercado mundial y los cambios operados en los métodos de producción, hasta el punto de poder, en cualquier momento, hacer el balance general de estos factores, múltiplemente complejos y constantemente cambiantes; máxime cuando los más importantes de ellos actúan, en la mayoría de los casos, escondidos durante largo tiempo antes de salir repentinamente y de un modo violento a la superficie. Una visión clara de conjunto sobre la historia económica de un período dado no puede conseguirse nunca en el momento mismo, sino sólo con posterioridad, después de haber reunido y tamizado los materiales. La estadística es un medio auxiliar necesario para esto, y la estadística va siempre a la zaga, rengueando. Por eso, cuando se trata de la historia contemporánea, corriente, se verá uno forzado con harta frecuencia a considerar este factor, el más decisivo, como un factor constante, a considerar como dada para todo el período y como invariable la situación económica con que nos encontramos al comenzar el período en cuestión, o a no tener en cuenta mas que aquellos cambios operados en esta situación que por derivar de acontecimientos patentes sean también patentes y claros. Por esta razón, aquí el método materialista tendrá que limitarse, con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes, determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clase". "Huelga decir que esta desestimación inevitable de los cambios que se operan al mismo tiempo en la situación económica –verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan- tiene que ser necesariamente una fuente de errores" Estas ideas que Engels expresó poco antes de su muerte no fueron desarrolladas por nadie después de él. Según mi recuerdo, ellas son raramente citadas -mucho más raramente de lo que deberían serlo. Aun más, su significado parece haber escapado a muchos marxistas. La explicación para este hecho debe encontrarse en las causas indicadas por Engels, quien militaba contra cualquier tipo de interpretación económica terminada de nuestra historia corriente.

Es una tarea muy difícil, imposible de resolver en su pleno desarrollo, el determinar aquellos impulsos subterráneos que la economía transmite a la política de hoy; y sin embargo la explicación de los fenómenos políticos no pueden ser pospuestos a causa de que la lucha no permite esperar. De aquí surge la necesidad de recurrir en la actividad política cotidiana a explicaciones tan generales que a través de un largo uso aparecen transformadas en verdades. Mientras la política siga fluyendo dentro de una misma forma, a través del mismo dique, y a un ritmo semejante, por ejemplo, mientras la acumulación de cantidades económicas no se haya convertido en un cambio de calidad política, esta clase de abstracciones clarificantes ("los intereses de la burguesía", "el imperialismo", "el fascismo") aún sirve más o menos su tarea: no interpreta un hecho político en toda su profundidad, pero lo reduce a un tipo familiar que es, seguramente, de inestimable importancia. Pero cuando ocurre un cambio serio en la situación, o a lo sumo un giro agudo, tales explicaciones generales revelan su total insuficiencia, y surgen totalmente transformadas en una verdad vacía. En tales cursos resulta invariablemente necesario estudiar en forma mucho más profunda y analítica para determinar el aspecto cualitativo, y si es posible también medir cuantitativamente los impulsos de la economía sobre la política. Estos "impulsos" representan la forma dialéctica de las "tareas" que se originan en la función dinámica y son transmitidas para buscar solución a la esfera de la superestructura. Ya las oscilaciones de la coyuntura económica (auge-depresión-crisis) conforman las causas y efectos de impulsos periódicos que dan surgimiento a cambios, ora cuantitativos, ora cualitativos, y a nuevas formaciones en el campo político. Las rentas de las clases poseedoras, el presupuesto del estado, los salarios, el desempleo, la magnitud del comercio exterior, etc., están íntimamente ligados con la coyuntura económica, y a su turno, ejercen la más directa influencia sobre la política. Esto sólo es suficiente para entender cuán importante y fructífero es seguir paso a paso la historia de los partidos políticos, las instituciones estatales, etc., en relación con los ciclos del desarrollo capitalista. Pero nosotros no podemos decir que estos ciclos explican todo: ello está excluido por la sencilla razón que los ciclos mismos no son fenómenos económicos fundamentales, sino derivados.

Ello se despliega sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas a través del mecanismo de las relaciones de mercado. Pero los ciclos explican una buena parte, formando como lo hacen a través de las pulsaciones automáticas, un indispensable resorte dialéctico en la mecánica de la sociedad capitalista. Los puntos de ruptura de la coyuntura comercial e industrial nos llevan a un contacto mucho más íntimo con los nudos críticos en la trama del desarrollo de las tendencias políticas, la legislación, y todas las formas de la ideología.

Pero el capitalismo no se caracteriza sólo por la periódica recurrencia de los ciclos, de otra manera la historia sería una repetición compleja y no un desarrollo dinámico. Los ciclos comerciales e industriales son de diferente carácter en diferentes períodos. La principal diferencia entre ellos está determinada por las interrelaciones cuantitativas entre el período de crisis y el de auge de cada



ciclo considerado. Si el auge restaura con un excedente la destrucción o la austeridad del período precedente, entonces el desarrollo capitalista está en ascenso. Si la crisis, que significa destrucción, o en todo caso contracción de las fuerzas productivas, sobrepasa en intensidad el auge correspondiente, entonces obtenemos como resultado una contracción de la economía. Finalmente, si la crisis y el auge se aproximan entre sí en magnitud, obtenemos un equilibrio temporario -un estancamiento- de la economía. Este es el esquema en lo fundamental. Observamos en la historia que los ciclos homogéneos están agrupados en series. Épocas enteras de desarrollo capitalista existen cuando un cierto número de ciclos están caracterizados por auges agudamente delineados y crisis débiles y de corta vida. Como resultado, obtenemos un agudo movimiento ascendente de la curva básica del desarrollo capitalista. Obtenemos épocas de estancamiento cuando esta curva, aunque pasando a través de parciales oscilaciones cíclicas, permanece aproximadamente en el mismo nivel durante décadas. Y finalmente, durante ciertos períodos históricos, la curva básica, aunque pasando como siempre a través de oscilaciones cíclicas, se inclina hacia abajo en su conjunto, señalando la declinación de las fuerzas productivas. Es ahora posible postular a priori que las épocas de enérgico desarrollo capitalista deben poseer formas -en política, en leyes, en filosofía, en poesía- agudamente diferentes de aquellas que corresponden a la época de estancamiento o de declinación económica. Aun más, una transición de una época de esta clase a otra diferente debe producir necesariamente las más grandes convulsiones en las relaciones entre clases y entre estados. En el III Congreso Mundial de la Comintern nosotros hemos insistido sobre este punto en la lucha contra la concepción puramente mecanicista de la actual desintegración capitalista. Si el remplazo periódico de auges "normales" por crisis "normales" encuentra su proyección en todas las esferas de la vida social, entonces una transición de toda una época entera de ascenso a otra de declinación, o viceversa, engendra los más grandes disturbios históricos, y no es difícil demostrar que en muchos casos las revoluciones y guerras se esparcen entre la línea de demarcación de dos épocas diferentes de desarrollo económico, por ejemplo la unión de dos segmentos diferentes de la curva capitalista. Analizar toda la historia moderna desde este punto de vista es realmente una de las tareas más gratificantes del materialismo dialéctico. Continuando con el III Congreso Mundial, el profesor Kondratiev se aproximó a este problema -como es usual, evadiendo dolorosamente la formulación de la cuestión como fuera adoptada por el Congreso mismo- intentando agregar al "ciclo menor", cubriendo un período de diez años, el concepto de un "ciclo mayor", abrazando aproximadamente cincuenta años. De acuerdo a esta construcción simétricamente estilizada, un ciclo económico mayor consiste de unos cinco ciclos menores, y además, la mitad de ellos tienen el carácter de ascendentes, mientras la otra mitad son de crisis, con todas las etapas necesarias de transición. La determinación estadística de los ciclos mayores compilada por Kondratiev deberá ser sujeta a una cuidadosa y nada crédula verificación, tanto respecto a los países individualmente como al mercado mundial como un todo. Es ahora posible refutar por adelantado el intento del profesor Kondratiev a investigar

las épocas rotuladas por él como ciclos mayores con el mismo "ritmo rígidamente legítimo" que es observable en los ciclos menores; esto es obviamente una falsa generalización de una analogía formal. La recurrencia periódica de ciclos menores está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, y se manifiesta por sí misma siempre y en todas partes una vez que el mercado ha surgido a la existencia. Por lo que se refiere a las fases largas (de cincuenta años) de la tendencia de la evolución capitalista, para las cuales el profesor Kondratiev sugiere, infundadamente, el uso del término "ciclos", debemos destacar que el carácter y duración están determinados, no por la dinámica interna de la economía capitalista, sino por las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista. La adquisición para el capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, en el despertar de éstos, hechos mayores de orden "superestructural" tales como guerras y revoluciones, determinan el carácter y el remplazo de las épocas ascendentes estancadas o declinantes del desarrollo capitalista. ¿A lo largo de qué rutas debería proceder la investigación? Nuestro principal objetivo ha de ser establecer la curva de la evolución capitalista, incorporando sus elementos no periódicos (tendencias básicas) y periódicos (recurrentes). Tenemos que hacer esto para los países que nos interesan y para el conjunto de la economía mundial. Una vez que hemos fijado la curva (el método de fijarla es sin duda una cuestión especial por sí misma, y de ninguna manera simple, que pertenece al campo de la técnica de la estadística económica) podemos dividirla en períodos, dependientes del ángulo de ascenso o descenso con respecto al eje de abscisas. Por este medio obtenemos un cuadro del desarrollo económico, o sea, la caracterización de "la verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan" (Engels). De acuerdo a lo concreto o detallado de nuestra investigación, podemos necesitar una cantidad de tales esquemas; uno relativo a la agricultura, otro a la industria pesada, etcétera. Con este esquema como punto de partida, debemos sincronizarnos luego con los sucesos políticos (en el más amplio sentido del término), y entonces podemos buscar no sólo su correspondencia, o para decirlo más cautamente, la interrelación entre las épocas definitivamente delineadas de la vida social y los segmentos agudamente expresados de la curva del desarrollo capitalista, sino también por aquellos impulsos subterráneos directos que unen los sucesos. A lo largo de este camino, naturalmente, no es difícil caer en la más vulgar esquematización; y, sobre todo, ignorar la tenacidad, de los acondicionamientos internos y la sucesión de los procesos ideológicos, y llegar a olvidar que la economía sólo es decisiva en último análisis.

¡No han faltado conclusiones caricaturescas dibujadas a partir del método marxista! Pero renunciar por esta causa a la formulación de la cuestión como se indicara antes ("su aroma de economismo") es demostrar una completa incapacidad para entender la esencia del marxismo que busca las causas de los cambios de la superestructura social en los cambios del fundamento económico, y en ningún otro lado. El paralelismo de los sucesos políticos y los cambios económicos es sin duda

muy relativo. Como regla general, la "superestructura" registra y refleja nuevas formaciones en la esfera económica sólo después de considerable retraso. Pero esta ley debe apoyarse en una concreta investigación de aquellas complejas interrelaciones. En nuestro informe al III Congreso Mundial ilustramos esta idea con ciertos ejemplos históricos extraídos de la época de la revolución de 1848, la época de la primera revolución rusa (1905) y el período a través del cual estamos atravesando (1920-1921). Referimos al lector a estos ejemplos. Ellos no proporcionan nada finalizado, pero caracterizan en forma suficientemente adecuada la extraordinaria importancia de la visión avanzada por nosotros -sobre todo, para entender los saltos más críticos en la historia: las guerras y revoluciones-. Pero ningún intento de esta clase puede asemejarse a una incauta anticipación de aquellos resultados que fluyen de una completa y dolorosa investigación que aún no se ha realizado. En la actualidad resulta aún imposible prever hasta que grado y qué secciones del campo de la historia serán iluminadas, ni cuánta luz será arrojada por una investigación materialista que procediera a un estudio más concreto de la curva capitalista y de la interrelación entre la última y todos los aspectos de la vida social. Las conquistas que pueden obtenerse por este camino serán determinadas por el resultado de la investigación misma, la cual debe ser más sistemática, más ordenada, que aquellas excursiones histórico-materialistas emprendidas hasta ahora. En cualquier aproximación a la historia moderna enriquecer la teoría del materialismo histórico con conquistas mucho más preciosas que extremadamente dudosos malabarismos especulativos, con los conceptos y términos del método materialista que, bajo la pluma de algunos de nuestros marxistas, trasplantaron el método formalista al dominio del materialismo dialéctico; que ha llevado a reducir la tarea a confección de clasificaciones y definiciones precisas y a dividir vacías abstracciones en cuatro partes igualmente vacías; en resumen, han adulterado el marxismo con las maneras elegantemente indecentes de los epígonos de Kant. Verdaderamente es una tontería afilar y reafilar sin fin un instrumento, picar el acero marxista, cuando la tarea es aplicar el instrumento para trabajar sobre la materia prima. En nuestra opinión, este tema puede proveer el material para los más fructíferos trabajos de nuestros seminarios marxistas sobre materialismo histórico. Las investigaciones independientes emprendidas en esta esfera arrojarían indudablemente nueva luz, o al menos más luz, sobre sucesos históricos aislados y aun sobre épocas enteras. Finalmente, el mero hábito de pensar en términos de las categorías propuestas facilitaría enormemente la orientación política en la presente época, que hoy revela mas abiertamente que nunca la conexión entre la economía capitalista, que ha llegado a la cima de su saturación, con la política capitalista, que se ha transformado hasta ser completamente desenfundada.

[1] Carta a la redacción del *Viestnik Sotsialisticheskoi Akademii* (Heraldo de la Academia Socialista). Publicado en *Fourth International* en mayo de 1941. Tomado de la versión publicada en *Una escuela de Estrategia Revolucionaria*, Ed. del Siglo, 1973, Bs. As., Argentina, pág. 145.

[2] *La lucha de clases en Francia* se encuentra publicada en Obras Escogidas, Marx-Engels, Tomo 1, Ed. Cártago, 1987, Bs. As., Argentina, pág. 164.

# Sobre la cuestión de las tendencias en el desarrollo de la economía mundial

Disponível em: <https://ceip.org.ar/Sobre-la-cuestion-de-las-tendencias-en-el-desarrollo-de-la-economia-mundial,4776>

Traducción especial del inglés para esta edición de la versión publicada en The Ideas of Leon Trotsky, Hillel Ticktin-Michael Cox, Ed. Porcupine Press, 1995, Londres, pág. 355.

Trotsky, León

La primera cuestión que quiero examinar es si podemos o no hacer un intento de pronóstico. Si lo que tenemos en mente es la negativa a dar como pronóstico exacto una crisis para los próximos tres años, yo estaría de acuerdo. Sin embargo, lo haría sólo con grandes reservas, porque sin un pronóstico y sin hacer conjeturas en el campo de los pronósticos, como hipótesis de trabajo, no puede haber actualmente no sólo teoría, sino tampoco orientación práctica para nosotros. Somos un país comerciante, somos compradores, compramos y vendemos. Tenemos que saber dónde comprar y dónde vender, y cómo usar el estado del mercado -puesto que tenemos comercio al por mayor, no podemos hacer esto en una semana-; el comercio tiene lugar durante meses y años, y por lo tanto debemos hacer predicciones con anticipación. No iremos a ninguna parte sin pronósticos. Si las predicciones fueron equivocadas, calculamos mal, y esto se refleja en la balanza comercial.

Pero ser pesimistas en cuanto al pronóstico sería aún más desacertado, si estamos pensando en la ley general del desarrollo, puesto que no se pueden evaluar los acontecimientos de los próximos tres años, y aislarlos del desarrollo general de las fuerzas económicas de Europa y de todo el mundo. Si yo pienso en los próximos tres años, no lo hago de manera simple, como una continuación lineal de la historia previa -aquí está este segmento o la curva extrapolada por tres años más- pienso en esto en relación a los tres años, como parte de una curva mayor. Me parece que es precisamente así como se deben hacer los pronósticos. Aún cuando éste se demuestre erróneo en relación a tres años, puede mostrarse correcto en general. Es lo que ha pasado con muchos de los pronósticos revolucionarios previos, los cuales, parece, estaban equivocados con relación al ritmo de desarrollo, pero demostraron ser correctos en general. Si llegamos a la conclusión de que el desarrollo capitalista está dirigiéndose hacia un ascenso vigoroso en Europa y en todo el mundo, este pronóstico tendría varias y por ende, nada insignificantes consecuencias prácticas para nuestro destino. Y hoy está claro que si fuera posible

un desarrollo rápido del capitalismo, esto podría ser fatal para nosotros, y dadas ciertas condiciones, lo sería. Es por esta razón que la cuestión de los pronósticos tiene gran importancia. No es necesario decir que se puede lograr hacerlo a condición de utilizar correctamente el método materialista de análisis.

Pienso, hasta donde yo creo poder interpretar las ideas básicas de los conferencistas, que varios de ellos han aplicado el análisis económico en forma muy esquemática y formal en relación con la época actual.

El profesor Bukshpan insiste en la naturaleza cíclica del desarrollo económico de posguerra. ¿Se puede establecer un ciclo más o menos regular? Yo creo que no. ¿Es esto una sublevación contra Marx y contra la teoría marxista del desarrollo cíclico? No es ninguna sublevación. ¿Por qué? Porque la teoría de Marx no es una teoría supra-económica. El ciclo es una expresión del ritmo interno de la historia misma en todos sus movimientos. ¿Pero en todas las circunstancias? No, no en todas. Así, por ejemplo la guerra comenzó en el segundo año de la crisis. En 1913 comenzó la crisis, y nadie duda que se trató de un hecho económico serio con, sobre todas las cosas, un aspecto social, porque una economía desnuda no viste a nadie. Lo que estamos diciendo aquí es que 1913 no es sólo un ejemplo de una crisis de mercados recurrente, sino, como mínimo, un cambio en la totalidad de la situación económica europea, y que Europa crecientemente se estremecía contra los límites del mercado. El desarrollo ulterior de las fuerzas productivas aproximadamente a la misma velocidad observada en Europa durante la mayor parte de las dos décadas anteriores fue extremadamente difícil. El crecimiento del militarismo, tuvo lugar no sólo porque el militarismo y la guerra crean mercados, sino también porque el militarismo es un instrumento histórico de la burguesía en su lucha por la independencia, por la supremacía, etc. No es accidental que la guerra haya comenzado en el segundo año de la crisis, revelando las grandes dificultades del mercado. La burguesía le tomaba el pulso al mercado a través del agente del comercio, a través del agente económico y del agente diplomático, lo auscultaba de la misma forma que nosotros, un joven Estado, intentamos auscultar el mercado mundial a través de nuestros agentes. La burguesía vio esto. Esto creó tensiones de clase, empeoradas por la política, y llevó a la guerra en agosto de 1914.

En 1914, el capital cerró un maravilloso pacto. ¿Qué significa esto? ¿Hacia dónde iba el mercado? La verdad de las cosas es que el mercado no estaba actuando de acuerdo a Marx, sino de acuerdo a los gerentes. Que los gerentes están en contra de Marx, es indudable, pero el estado del mercado no estaba en contra de Marx, puesto que para los marxistas el estado del mercado no es una curva que se mete por la fuerza en la economía -tómalo o déjalo. Esta curva brota de la economía. Si la economía tuviera que surgir de la política en esta instancia, a pesar del crecimiento del armamentismo en Europa, no podremos encontrar un ciclo normal. ¿Y durante los primeros años después de la guerra? Los alemanes le llamaron a este momento -y en general, los alemanes utilizan terminología precisa- un mercado aparente porque los años 1919-



1920 vieron hasta cierto punto una continuación de los métodos de guerra en el campo económico -inflación, ciertos mínimos privilegios para los trabajadores basados en la inflación, esto es, sobre la dilapidación del capital básico, etc. En realidad, esto significó un debilitamiento del capital básico en Europa, pero externamente apareció como un ascenso. La destrucción en el comienzo de la guerra tuvo lugar en la forma de un ascenso. El mercado aparente era esto. Y entonces comenzaron los pagos de reparaciones de guerra, que se multiplicaron por las dificultades que comenzaron en 1913. Desde sus mismos inicios los pagos de las reparaciones agravaron el nuevo proceso de declinación que comenzó en 1913. ¿Qué era lo que necesitaba el capitalismo? El capitalismo estaba languideciendo, comenzó a tener espasmos, y buscaba una salida. ¿Hay aquí un ciclo regular en funcionamiento? Camaradas, es difícil encontrar un ciclo regular en los espasmos, si eso es lo que uno está buscando. Esto sin embargo no significa que la teoría de Marx no es aplicable. Se puede aplicar, sólo que uno debe aplicarla correctamente. Tomaré el ejemplo más simple. Existe un instrumento llamado podómetro. Es un dispositivo muy grosero, calcula los pasos, aunque no con mucha exactitud. Si uno camina dando pasos más o menos normales para un humano, nos dirá cuantas millas se ha caminado. Si uno comienza a dar saltos, o pasos fuera de lo normal, entonces ya no dará resultados tan confiables. Pero si uno se cae dentro de un estanque o una zona cubierta de hielo, y flota y resbala en el mismo lugar durante dos o tres minutos, el podómetro registrará 20, 30, 50 pasos, mientras que uno no está yendo a ninguna parte. Algo similar ocurrió con el capitalismo. Para él, la guerra fue un terrible desastre económico. ¿Qué vemos después? Fuimos testigos de sus intentos de resurgir a partir de este nivel de deterioro del desarrollo económico en las condiciones de la nueva Europa -la intersección de nuevas fronteras con decenas de nuevas tarifas aduaneras, y experimentando grandes dificultades. Si uno intenta trazar una curva para ramas industriales separadas, para países individualmente, y para Europa, ¿qué es lo que va a reflejar esa curva? Sólo los intentos espasmódicos del capitalismo por volverse a levantar. No veremos el ritmo de los pasos normales del capitalismo -no están allí. Aquí hace falta un análisis profundo, y ya tenemos datos para muchos elementos de ese análisis. Muchos de nosotros estamos aprendiendo bastante de esas tablas, o al menos nos recuerdan muchas cosas específicas. Esto va a ser muy útil; sin embargo, cualquier intento de colocar estos datos dentro de un ciclo regular, un ciclo al que se lo describe como dando inicio a un patrón cíclico, y luego sobre esa base producir un pronóstico optimista para el capitalismo, sería un grave error. Es verdad, que los tres estimados conferencistas, que son en pequeña medida responsables de este error, por cautela científica, no hablaron de esto. La cautela científica es una cualidad admirable; no todo el mundo está obligado a ser un político y cometer los errores que ya son parte, por decirlo así, de la profesión política. Los economistas se pueden permitir ser cautelosos. Pero a veces la cautela enmascara embrionariamente la imprudencia y es precisamente en las evaluaciones cautelosas que los peligros y dificultades que se presentan ante el capitalismo pueden

borrarse imprudentemente, produciendo las evaluaciones demasiado optimistas sobre el destino de su desarrollo ulterior. Y yo me siento inclinado a reprocharles a los tres oradores su cautela. En realidad, aquí el problema de los ciclos no es sólo de metodología, que concierne a la comprensión de Marx y a la aplicación de la teoría marxista; sino también es el problema de la evaluación de la vía para el desarrollo futuro. Los ciclos en Marx aparecen explicados por medio de indicios. Marx no tuvo tiempo suficiente como para dar una explicación exhaustiva del ciclo industrial. Algunas de sus alusiones sumamente valiosas, fueron elaboradas posteriormente por Hilferding\*. En todo caso los ciclos están sin duda conectados con la expansión y renovación del capital básico de la industria pesada, esto es indiscutible. Por lo tanto, el reconocimiento del camarada Spektator de que las oscilaciones de la industria Europea todavía tienen lugar en el marco del viejo capital básico tal como este surgió de la guerra imperialista o de la época de preguerra explica, desde el punto de vista teórico, por qué no se puede hablar de ciclos regulares. Por razones similares, sería incorrecto transformar el actual ritmo de crecimiento de la industria rusa -40 o 50 por ciento anual- en el ritmo normal de crecimiento para todo el período futuro. Este es un ritmo de crecimiento que nos quedó como herencia del capital básico[2]. Por la misma razón, aunque en circunstancias distintas, es incorrecto aplicar la teoría y la metodología de los ciclos, extrapolándola, a un análisis de la economía de posguerra en Europa. Quiero añadir además que si, en las llamadas condiciones normales, la política juega un gran rol en la economía europea, este rol es el mismo que el que juega el aire en la respiración. En condiciones de ascenso, en condiciones en que la economía busca espasmódicamente su equilibrio, tanto los factores políticos como militares, juegan un rol completamente diferente. Vimos esto en el caso de la ocupación del Ruhr. Los extranjeros capturaron vastos recursos naturales, la propiedad se transfirió de un país a otro. Se extrajo un tipo distinto de contribución, y los militares obstaculizaron las operaciones económicas. Y estas medidas semimilitares, tales como la creación de corredores artificiales, y la actual lucha por el caucho entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, son una continuación más avanzada de los métodos del Ruhr, que puede transformarse en un factor colosal, enorme, en la economía. En otras palabras, vemos aquí no el libre o semilibre juego de las fuerzas económicas, al que estábamos acostumbrados a analizar en el período de preguerra, sino fuerzas estatales resueltas y concentradas que irrumpen en la economía, y esto amenaza con interrumpir o está interrumpiendo, los ciclos regulares o semiregulares, si es que estos llegan a notarse. Por consiguiente, uno no puede avanzar sin tomar en cuenta los factores políticos. Me parece que al profesor Kondratiev le va aún peor en relación a esto cuando propone la teoría de las ondas largas. No conozco la historia de esta teoría. Personalmente recién tropecé con este tema alrededor de 1920 cuando vi, casi por primera vez, una nueva curva logarítmica que apareció en el suplemento de la edición de enero del periódico inglés The Times. Allí Kitchen, un viejo economista inglés, presentaba esa curva logarítmica. Y mirando esa curva yo comprendí por qué Marx se equivocó en 1849-50. Por primera vez él tuvo la esperanza de un inminente desarrollo de

la revolución. Luego en 1851, Marx dijo que no se podía esperar una revolución en ese momento a causa de un ciclo ascendente en la economía, “pero”, dijo, “con la crisis que se viene, que es inevitable, la revolución será también inevitable”. De todas formas la crisis se produjo, pero la revolución no.

Entonces, si miramos la curva de Kondratiev, que muestra las condiciones de desarrollo de los procesos económicos básicos del capitalismo, comprendemos en qué consistía el error de Marx. En 1851 comenzó, no un simple ascenso en la curva económica, sino un nuevo período de gran ascenso del capitalismo. ¿Cuál era la esencia de esto? El capitalismo se desarrolla en ciclos. Los ciclos consisten en ascensos, interrupciones, depresiones, crisis, etc., pero la interrelación entre ascensos y crisis no es siempre la misma. Hay períodos de desarrollo capitalista en los que el ascenso y las crisis se dan muy juntos el uno de la otra y se equilibran mutuamente -este es un período de estancamiento y depresión (aunque no totales por cierto). Hay otros períodos cuando el ascenso en cada ciclo sobrepasa totalmente a la crisis que lo precedió y a la que lo sucederá, y entonces el siguiente ascenso sobrepasa aún más plenamente a la crisis que lo precede y a la que lo sigue. ¿Qué se desprende de aquí? Que todos estos picos son borrados por la historia cuando éstos se caracterizan en general por una curva ascendente. Toda la línea de desarrollo capitalista, en general, asciende frenéticamente.

En esa época Marx no podía tomar en cuenta -sólo observó el ascenso en el mercado- que se enfrentaba con una nueva época de ascenso, donde las crisis serían sólo temporarias y las vacilaciones débiles, y un ascenso las superaría rápidamente, conduciendo la economía a niveles más altos. No previó esto. La revolución no vino en 1859-60. En cambio hubo guerras asociadas con la unificación de Italia, luego tuvimos la guerra de Crimea, y después la guerra Franco-Prusiana. Cuestiones urgentes, cuestiones de Estado y de orden nacional fueron resueltas por medio de batallas. Fue a principios de los '70 del siglo XIX que comenzó una nueva línea de depresión, estancamiento.

En el Tercer Congreso de la Comintern yo hablé contra varios oponentes de izquierda. Demostré que no es obligatorio que una crisis, una situación en un momento particular inevitablemente y en forma ininterrumpida vaya a empeorar, sino que va a haber fluctuaciones de crisis. Se puede pensar así sobre la base de una curva de estancamiento con una tendencia a caer más aún o con una tendencia insignificante a subir, pero, en general, habrá un proceso de estancamiento, de decadencia en el capitalismo europeo, con fortalecimientos espasmódicos y con intentos de ascenso. Sin embargo también habrá oscilaciones en el mercado. Aunque se trate de un capitalismo moribundo, todavía respira, y está respirando, sus palpitaciones se expresan en curvas coyunturales y cíclicas.

Entonces en el libro del profesor Kondratiev yo me tropecé con el intento de mostrar grandes épocas (aparentemente en 1923 o 1924), que caracterizan ciertas secciones de la curva capitalista, como un nuevo ciclo de aproximadamente 50 años. Yo recuerdo que incluso escribí en algún lugar, tal

vez en el Vestnik Sotsialisticheskoi Akademii[3], que esto era radicalmente erróneo. ¿En qué consiste aquí este ciclo? Carácter cíclico significa regularidad, exactitud, ritmo; el hecho de que se desarrolla a partir de las propiedades internas de la curva misma -en esto consiste un ciclo coyuntural. ¿Pero cómo podemos hablar de un ciclo en este caso? Si uno es desordenado cronológicamente como para inducirnos a error, entonces nuestra historia se construiría de forma tal que estas curvas parecerían tener aproximadamente la misma longitud -lo que en mi opinión, no es absolutamente el caso- y sería posible trazar gráficos, aunque sea en forma aproximada, de grandes extensiones. Pero si uno trata de hacer esto para países individuales, todo se desintegra en el polvo. Un país individual está sujeto al ciclo de Marx de conjunto; pero estas ondas largas no están supeditadas a un país individual. Y en realidad esto es un error. Pero, una vez más, ¿cuál es el nudo del asunto? Las convulsiones en el desarrollo capitalista no surgen de la dinámica interna de los procesos capitalistas como tales, sino de las condiciones a las que los lleva su propio desarrollo, esto es, de la apertura de nuevos continentes, colonias y mercados para la actividad capitalista, o de los temblores militares revolucionarios que se atraviesan en su camino. Por ejemplo, aquí tenemos este nuevo y poderoso país, los EE.UU. ¿Puede crear estancamiento para Europa? Sí, puede. ¿Surge esto del ritmo interno del desarrollo europeo? No. ¿Y puede EE.UU. mantener a raya la revolución en Europa durante mucho tiempo? Si no hay revolución, entonces podrá hacerlo durante muchas décadas. Me gustaría, como le encanta hacer al profesor Kondratiev, examinar la decadencia europea en una onda larga, pero las cosas no suceden así. De todas formas, si tomamos el ejemplo de la caminata, que yo utilicé en relación con las ondas cortas, las oscilaciones de la coyuntura cíclica expresan la dinámica de la marcha del capitalismo. Así es como se mueve el capitalismo. Pero hacia dónde va, si hacia un ascenso o una declinación, o si está empantanado, depende del relieve del terreno. Por cierto, aquí el relieve no es algo accidental, y va siendo modificado por el propio desarrollo del capitalismo, pero no en un proceso inmanente peculiar al desarrollo capitalista como tal. Existen profundas diferencias en esto, y me parece que el profesor Kondratiev es responsable en este punto.

No me queda claro, en la medida en que he formulado esta acusación, por así decir, de optimismo potencial con respecto al desarrollo del capitalismo, en qué forma demuestra el profesor Kondratiev que las fuerzas productivas de los EE.UU. están siendo ahora transferidas de ese país a Europa. Yo soy absolutamente incapaz de comprender esto. Aquí yo digo directamente, “maldición, no entiendo nada”. ¿En qué escala, dentro de qué límites, cuál es el peso específico de este proceso, de esta transferencia? Me parece que tenemos que estudiar los fundamentos de esto. ¿Qué significa esta transferencia parcial? Si tomamos el hecho generalmente reconocido de que EE.UU. es la potencia hegemónica de la economía mundial y luego hacemos un pronóstico referido al desarrollo de Europa como si ese hecho no existiera, no tomando en cuenta el creciente status de los EE.UU. como potencia mundial, entonces, estamos escribiendo un informe de manera

irresponsable. Pienso que esto se ha vuelto un hecho reconocido por todos, y uno no tiene que discutirlo.

Entonces, si examinamos a los EE.UU. y tenemos en mente el hecho de que necesita de Europa, una Europa suficientemente fuerte como para pagar intereses y comprar esos productos que no pueden ser vendidos en ninguna parte, y al mismo tiempo, una Europa suficientemente débil como para no amenazar a los EE.UU., tanto en lo que respecta a disputarle los mercados, como a oponerse a su expansión (y aquí no me estoy refiriendo al peligro militar, al peligro naval o a un ataque por tierra), entonces aparece con claridad que EE.UU. tiene una política definida para Europa, de asignar un determinado rincón a Europa, y de mantenerla en los límites de este rincón. Esta es su política. Esto explica su opresivo rol pacifista en relación a Europa. Actúa de la misma forma que, digamos, haría un poderoso banquero calculador que financia a varios trusts que compiten mutuamente. Quiere recibir los intereses de cada uno de ellos. Es posible que los competidores accidentalmente se devoren unos a otros. Sin embargo la destrucción de uno significa la destrucción del otro, y no se puede permitir que este peligro se materialice. De aquí que la política de ese banquero girará en torno sobre todo de garantizar los pagos de intereses, pero, ciertamente, no de destruir la competencia, porque esto dejaría libres a los deudores y amenazaría el dominio del banquero. Por otra parte, permitir la mutua destrucción de los deudores también es impensable puesto que esto destruye las ganancias personales del banquero. Esta comparación grosera, pero en esencia verdadera, es más correcta aún en cuanto que los EE.UU. están yendo del capital industrial hacia una mezcla de capital industrial y financiero, con inversión bancaria más alta. Esta es la relación que hay entre EE.UU. y Europa. Si en el proceso de sus relaciones con Europa cuando éste domina la economía europea como Gran Bretaña jamás lo hizo, puesto que la supremacía británica, desde el punto de vista actual, era una supremacía provinciana en términos de recursos, EE.UU. no ha realizado todavía todo su potencial, esto no quiere decir que no lo realizará en un futuro. Si la revolución no se le pone en el camino, este potencial será realizado en un cien por ciento tal como lo exige EE.UU. La situación ya es tal que cuando Inglaterra intentó sacarse de encima a EE.UU. elevando el precio del caucho, sobre el cual posee un virtual monopolio, EE.UU. le mostró el puño y esta amenaza surtió efecto. EE.UU. tiene poderosas medidas represivas combinadas - económicas y financieras. La libra esterlina depende totalmente de los bancos norteamericanos; el poderío de EE.UU. es tan grande que ni siquiera precisa movilizarlo por completo. Así como en electrónica uno puede dirigir una enorme masa de energía usando una pequeña cantidad de ésta, EE.UU. puede dirigir la política de Gran Bretaña a través de algún miserable préstamo que desliza en el momento necesario, y que reasegura a la libra esterlina contra las oscilaciones coyunturales. El préstamo acordado a Alemania dentro del Plan Dawes de 800 millones de marcos (400 millones de rublos) tiene el mismo carácter miserable -desde el punto de vista de las proporciones de preguerra, e incluso desde el punto de vista más favorable de las estimaciones contemporáneas



de los recursos de Alemania, se puede ver que esto no es nada. ¿Y qué hicieron? Alemania fue empaquetada, y le pegaron estampillas encima -¡miren lo que hicieron! Y si tiene lugar una transferencia limitada de fuerzas productivas y recursos desde el banquero del otro lado del Atlántico hacia los deudores europeos en el marco de este proceso sin precedentes en la historia, de ninguna manera esto se reflejará en el balance de los grandes libros de contabilidad. En Inglaterra se debería esperar un ascenso -esto es indudable. Ya ha comenzado. En Inglaterra seguramente hay una gran cantidad de crisis privadas temporarias producidas por su profunda crisis histórica que comenzó a aparecer agudamente a fines de la década de los '80 de siglo XIX, y que en última instancia se complicó en la guerra. Recientemente Inglaterra ha experimentado una crisis deflacionaria en conexión con la renovación de la paridad oro de la libra esterlina. En general este proceso es doloroso, pero para Inglaterra, un país exportador, es aún más doloroso. Pero cuando llega a su fin un período brutal de presiones espasmódicas ejercidas sobre el capital activo como resultado de un aumento brusco en los intereses bancarios, sólo perdura el proceso doloroso. Esto es lo que está ocurriendo ahora en Inglaterra. Por lo tanto, no era difícil pronosticar una cierta e inevitable mejoría a continuación de un período de terrible declinación. ¿Pero qué significa esto? Una inflexión técnica en la curva, pero de ningún modo un cambio en su dirección. Me parece que en lo que respecta a Inglaterra, los oradores expresaron demasiado optimismo, incluyendo al profesor Falkner, que habló del nuevo y fortalecido rol internacional de Inglaterra. Yo admito que habrá varias mejoras si comparamos con ese momento terrible en que Inglaterra tuvo que ir a mendigar a la Bolsa de Nueva York un préstamo de 600 millones de dólares. Pero esas mejoras se darán contra el telón de fondo de la real decadencia inglesa. Por casualidad, tengo un documento muy interesante cuyo autor no tenía la intención de publicar (en todo caso no lo recibí a través de la prensa sino de otros medios), es decir, son informes confidenciales de Klain, el director de la Oficina de Comercio Interior y Exterior adjunta al Ministerio de Comercio de EE.UU. Aquí, él resume la situación europea, y dice que se pueden notar varias mejoras en Europa debido, ciertamente, a la brillante intervención del capital norteamericano. En esto, yo no concuerdo con él. Yo concuerdo con Aizenshtadt en que el capital norteamericano trabaja para el saqueo, y que sus rasgos negativos sólo cambian muy poco en aquellos casos en que se lo recibe como préstamo. Entonces Klain en el mismo informe secreto donde alegremente y en forma muy optimista describió la situación de Europa -y desde este punto de vista lo podríamos haber invitado para que fuera nuestro quinto orador- habló así de Inglaterra: "El único punto oscuro en el sentido más general, si excluimos, por cierto, la situación financiera de Francia e Italia -si excluimos dos pequeños detalles- y luego admitimos -tampoco nada pequeño- la comparativamente lenta recuperación de Alemania". Es decir que, en general, todo marcha maravillosamente: Alemania no tiene dinero, Francia no tiene dinero, Italia de ninguna forma está mejor, "y Gran Bretaña está como si se hallara en una situación comercial incierta". Como podemos ver, se trata de otro economista cauto. Yo no quiero ser demasiado pesimista puesto que Inglaterra es nuestro mejor cliente y nuestro más fiel aliado en



principios económicos (pero esto no cambia la evaluación). “Pero hay una cantidad de factores que evolucionan allí, que alimentan, según creo, serias elucubraciones”. ¿Cuáles son estos factores? “Existen allí terribles impuestos, que en la opinión de varios observadores, podrían ser descriptos como codicia y en particular de dinero, por decirlo en forma cortés...”

En general este cuadro es absolutamente correcto. Gran Bretaña se está sofocando a raíz de un peculiar conservadurismo económico y técnico que creció sobre la base de su posición privilegiada, y sobre la base de su primogenitura capitalista que previamente había tratado de capturar Alemania para sí misma y que EE.UU. se ha asegurado actualmente para sí. Todos estos rasgos heredados de conservadurismo técnico y económico le pesaban a cada paso. Por ejemplo, en Inglaterra la industria de los motores eléctricos está en estado lamentable, y tiene baja rentabilidad. Recientemente recibimos noticias por telégrafo de que Baldwin estaba estableciendo una especie de comisión con el objeto de consolidar la industria de los motores eléctricos, y las usinas eléctricas, para rectificar la situación desesperada en la cual se encuentra la tecnología eléctrica inglesa en comparación con la norteamericana. ¿En qué dirección está Inglaterra descubriendo una salida para esta situación? Con el crecimiento de los EE.UU., el conservadurismo inglés se revela cada vez más. La desocupación en Inglaterra no es una desocupación normal en la forma de un ejército de reserva; se ha transformado en un coágulo que, en este organismo languideciente, no se disuelve. ¿Y en qué solución están pensando? Ninguno de los oradores lo mencionó. Yo no la veo. Por eso pienso que quienes critican al profesor Kondratiev desde el punto de vista de su pronóstico, tienen razón. ¿De dónde salió 1849? De la teoría de los ciclos, de la teoría de las ondas largas, pero nosotros vemos -como he tratado de demostrar- que deberíamos mirar las ondas cortas con precaución, y aún más cuando se trata de las largas. ¿Quizás esto surge de un análisis económico, de un análisis de la situación económica, de los procesos económicos? A pesar de que yo no soy escéptico con respecto a ciertas partes del pronóstico, si uno hace un pronóstico sobre la base de un análisis materialista, se debe tomar en cuenta que el estado de nuestros métodos actuales de probabilidad para los análisis, de ningún modo permiten tal grado de exactitud; y, mientras tanto, el pronóstico optimista le da al capitalismo un respiro de 15 años. Se pueden hacer muchas cosas en 15 años, incluyendo el tema de nuestra conferencia. No, yo pienso que no podemos garantizarle al capitalismo un respiro de 15 años en el debate de esta noche. El profesor Bukshpan dijo que una posible perspectiva futura es que Europa va a producir cada vez más bienes de lujo al contrario que los EE.UU., que se está especializando en mercancías para las grandes masas. Pero se puede ver que Inglaterra no sabe dónde vender sus mercancías aristocráticas. ¿Dónde va a vender Europa sus productos? Se necesita descubrir un mercado. Esta es una conclusión automática. ¿Europa va a producir mercancías aristocráticas para los EE.UU.? Esto no va a ocurrir. A pesar de su riqueza EE.UU. lleva adelante una política muy estricta en relación con la importación de bienes de lujo desde Europa y, en particular, en relación con nosotros. En todo caso si el rol de Europa llegara a ser el de joyero de los EE.UU., el de vender

abanicos y botines elegantes para las damas norteamericanas, entonces ¡adiós Europa! Pero es absolutamente imposible dilapidar varios millones de vidas europeas en esta forma. Aún más trabajo de adivinación implica representarse las tendencias de desarrollo de los EE.UU. que ha colocado a Europa en tal situación; el pronóstico en relación a Europa está indudablemente más claro: se trata de un mejoramiento temporario, es un espasmo, es un ascenso de carácter menor contra la presión en continuo aumento de los EE.UU. Se puede hablar de los EE.UU. de dos formas. Contemplo las dos variantes. Si el poderío económico de los EE.UU. crece en los próximos 10 a 20 años o en esos 15 años que el profesor Kondratiev le ofrece al mundo capitalista, y si en el curso de esos 15 años EE.UU. se desarrolla al mismo ritmo al cual se ha venido desarrollando en las últimas décadas, ¿a expensas de quién lo va a hacer? Sobre todo, a expensas de Europa. No sólo no le va a dar a Europa la posibilidad de restablecer su posición en el mercado mundial, sino que la va a hacer retroceder de las posiciones que todavía le quedan hoy en día, y dada la tecnología y organización norteamericanas, ciertamente esto no es difícil. Lean lo que han escrito recientemente los europeos sobre el desarrollo económico de EE.UU.; los observadores económicos, tanto teóricos como prácticos, hablan de Estados Unidos de esta forma: "el ritmo de desarrollo de EE.UU. es una terrible amenaza...". Si en los próximos 15 años EE.UU. se va para arriba, entonces va a ser a expensas de Europa. ¿Y qué significa esto para Europa? Las perspectivas para Europa son revolucionarias. ¿Y qué significa, por el contrario, que el desarrollo de EE.UU. se demore? Un furibundo crecimiento del militarismo norteamericano porque en un desarrollo retrasado la presión económica busca una salida en esta dirección. El capital y la metalurgia pesada harán esta exigencia al presidente, al gobierno y al Senado: construyan barcos, amplíen los programas. No es casual que se vea a EE.UU. proponiendo el desarme de Francia, el desarme de la Unión Soviética, pero sin participar en ninguna conferencia, y sin querer desarmarse ellos. Para ellos la Conferencia de Washington[4], donde desarmaron a Alemania, es suficiente. Yo dije en uno de los Congresos de la Comintern que alrededor de 1925 EE.UU. y Gran Bretaña inevitablemente chocarían entre sí en relación al asunto de las flotas inglesa y norteamericana. La izquierda me acusó de dejar de lado la revolución hasta esta guerra, que recién tendría lugar en 1923-24. Pero yo no postergué ninguna revolución, puesto que no estaba conduciendo ninguna. Sólo trataba de determinar las tendencias del desarrollo. Inglaterra acumuló su hegemonía sobre la base de su posición en el mundo y sobre la supremacía colosal de su flota, no sólo creando un mercado para su industria pesada, sino también actuando como una herramienta para la captura de mercados para la industria pesada y liviana hasta el punto de que forzó a los chinos a comprar opio a la India. Pero los programas de construcción de barcos de Inglaterra y de EE.UU. fueron tales que en 1923-24 Inglaterra debería haber sido relegada a un segundo lugar, y yo dije ¿realmente Inglaterra va a resignar su posición? Aquí estábamos hablando de guerra. Pero Inglaterra cedió su lugar sin guerrear, a través de medios diplomáticos. Entonces me dije, primero, que Inglaterra no es a partir de ahora una potencia de segundo orden, sino una potencia que quedó

muy por detrás de la actual potencia líder, EE.UU., y que el antagonismo mundial básico es el que se da entre EE.UU. e Inglaterra, y que todos los demás antagonismos son de segundo o tercer orden. EE.UU. se apoderó del primer lugar sin haber sacado su espada, sin haber disparado un tiro, y organizando una sola Conferencia de Washington. EE.UU. continúa construyendo su flota, inferior a la Inglesa en su dotación, pero todavía tenemos que comprobar en la práctica el valor de las tradiciones navales inglesas. La flota alemana mostró su primacía cualitativa sobre la inglesa, aunque era enormemente inferior a aquella en términos cuantitativos. En el artículo del camarada Feldman, las consideraciones sobre el curso del desarrollo de EE.UU. tomaron una forma algorítmica. Él llegó a la conclusión de que el desarrollo de Norteamérica se basaba cuanto mucho en un callejón sin salida, y que el ascenso actual no es nada en comparación con el de décadas pasadas. Si esto es verdad, no se justifica que construyamos perspectivas de desarrollo mundial pacífico. El ascenso hasta la cima de EE.UU., en la medida que se dé sin sacudidas, llevará a Europa a un callejón sin salida económico, y Europa o bien decaerá igual que decayó el Imperio Romano, o experimentará un renacimiento revolucionario. Pero en el momento actual no se puede hablar de la decadencia europea. Si el desarrollo económico de EE.UU. se frena, sus poderosas fuerzas buscarán una salida en la guerra. Esta será su única oportunidad de superar las deformaciones que resultan de las circunstancias de su desarrollo económico. Esta deformación se mueve como un núcleo [de un huracán]. Un núcleo tal, lleno de fuerza colosal y retrasado, podría causar una terrible cantidad de destrucción dentro del país. Examinemos entonces la situación del proletariado. Con respecto a Inglaterra, no queda nada de la anterior posición aristocrática del proletariado inglés. Nuestro trato fraternal con los sindicatos ingleses se basa en la declinación económica de Inglaterra. Ahora la clase trabajadora de EE.UU. ocupa el lugar privilegiado. Una demora en el desarrollo económico para EE.UU. significaría enormes cambios en la interrelación de fuerzas internas y, en consecuencia, también significaría un movimiento revolucionario que surgirá con la característica velocidad norteamericana. De tal manera, con las dos posibles variantes para EE.UU. nosotros prevemos grandes cataclismos en las décadas que vienen, y no acontecimientos pacíficos. Recientemente un artículo del Economist norteamericano declaraba: "Hemos alcanzado tal nivel de desarrollo que necesitamos una guerra en gran escala". De la misma forma que se necesitan terneros gordos para alimentar una gran ciudad, así el Economist anuncia que, como lo ilustró la experiencia de la última guerra, EE.UU. necesita una guerra en gran escala. Los imperialistas norteamericanos tienen una preferencia, pero no por el desarrollo pacífico. Ahora volvamos a Francia. No es verdad que Francia esté experimentando su crisis deflacionaria en forma indolora. ¿Dónde vemos esto? En primer lugar, en Francia, existía un bloque nacional que en el primer y en el segundo períodos, aumentó monstruosamente la inflación, engañó y robó a la pequeña burguesía, y luego perdió su apoyo porque la pequeña burguesía fue la que más sufrió la inflación. Fue sobre este terreno que se dió un cambio en el gobierno; el bloque nacional

tuvo que abandonar su lugar a manos de la izquierda porque no pudo resolver los problemas monetarios. Primero vino Herriot y luego Painlevé del primer y segundo ministerios, y finalmente Briand[5]. Que Francia es un país rico es más o menos cierto. Pero este país también tiene contradicciones sociales que se están agudizando; un país donde tanto los pequeño-burgueses como los campesinos están sufriendo mucho. Me inclino a creer las estadísticas que mostró Falkner, donde se calcula el ingreso nacional francés, pero se puede ver que, en general, es muy difícil calcular el ingreso nacional de cualquier país, y esos cálculos incluyen, sin ninguna duda, la incertidumbre de varios coeficientes. En modo alguno quiero hablar en contra de la capacidad de Falkner o su honestidad científica, de las cuales no tengo dudas, pero se puede ver que es posible referirse a los hechos en forma más crítica y cínicamente. Esto depende de la intención básica en un tema dado. En Francia existe el problema de la deuda, y hasta el día de hoy, no se ha hecho nada para resolver este problema. Mientras tanto, EE.UU. exige la resolución de este tema, y sin la ayuda de EE.UU. Francia no irá a ninguna parte. ¿Pero cómo va a resolver Francia este problema? Francia es un país rico en el sentido de que algunos tienen muchísimo y otros no tienen nada. Pero los que tienen no quieren dar, y los que no tienen no pueden contribuir con nada. Si se les va a robar a los obreros y a los burgueses, va haber enormes desacuerdos y críticas. La pequeño-burguesía francesa tiene tradición revolucionaria. ¿Realmente a Poincaré, Clemenceau y Millerand[6] no les interesa el poder? Sin embargo, renuncian unos tras otros, oliendo que la comida se quema, porque saben reconocer el peligro. Incluso con un partido proletario débil que vive como un espectro revolucionario de las banderas de la Comuna de París, e incluso con sindicatos débiles, en Francia es posible que las fuerzas revolucionarias masivas y dinámicas de la pequeño-burguesía y el campesinado franceses, todos los cuales han perdido sus hijos y sus ahorros en la guerra, podrían desarrollarse inmediatamente. Es verdad que se puede llegar a la deflación: tomen a la gran burguesía, a los bancos, a los grandes empresarios metalúrgicos por el cuello y oblíguelos a pagar, pero puesto que Francia tiene la más grande deuda y crisis de la moneda, esto llevaría a un tremendo aumento de los intereses bancarios, a una declinación en el rendimiento del capital, y a la crisis industrial. Los políticos franceses miran la cuestión de la deflación no tan alegremente como nuestros profesores soviéticos. Se pretende que el conjunto de Europa irá a encontrar alguna solución a su situación comprometida. En realidad, Europa no está ahora en la situación que estaba en noviembre de 1918, o en enero de 1923, cuando Poincaré ocupó el Ruhr. Con respecto a las dificultades para recuperarse en el momento actual, esa situación no puede durar eternamente. Europa vive. Los métodos de recuperación -la Conferencia de Washington, retirando a Europa hacia el asiento trasero y empeorando la posición de Inglaterra; y después, el Plan Dawes para el conjunto de Europa-significa atar a Europa con el lazo norteamericano. En el corto plazo esta es indudablemente una salida para una situación desesperada e incluso una situación de guerra; pero en el largo plazo Alemania va a volver a respirar, y otra vez comenzará a sofocarse. Hace dos años la industria

alemana trabajaba con velocidad extraordinaria, y ahora estamos presenciando una terrible crisis en donde hay miles de quiebras, las fábricas se venden a extranjeros, y millones son arrojados a la desocupación. ¿Puede haber realmente una expresión más clara de la situación sin esperanzas de Alemania y de la Europa toda? Antes de la guerra, Alemania poseía una versatilidad y una capacidad de adaptación colosales, y luego las presiones de Inglaterra y de la misma guerra la acostumbraron a una flexibilidad especial. Todos los hábitos de los capitalistas germanos, que se contentan con pequeños beneficios, y de los sufridos trabajadores alemanes, que se satisfacen con bajos salarios luego de terribles años de hambre, todo esto, sin embargo, no servirá para vencer esta terrible crisis. Estos hechos, ¿no son suficiente ilustración de la condenada situación de Europa?

Ahora luego de Locarno[7] y el plan Dawes, hay negociaciones tendientes a formar los Estados Unidos de Europa, y yo, a juzgar por las palabras del profesor Falkner, soy una especie de apóstol en relación con esta teoría[8]. Agradezco al profesor Falkner por recordar lo que yo escribí, pero yo dije algo ligeramente diferente sobre este asunto. Aquí ha ocurrido algo similar a lo que Gretchen le agregó a la explicación de Fausto. Cuando Fausto se expresó en un espíritu jacobino y ateo suficientemente claro, Gretchen dijo: "Tu estás diciendo exactamente lo que el pastor dijo en el templo, pero con palabras un poco distintas". El pastor en el templo dijo algo diferente. Yo hablé de los Estados Unidos socialistas de Europa y de la dictadura del proletariado. Yo tenía en mente que Europa, atrapada en un callejón sin salida, no sobreviviría a esas particiones internas. La situación contemporánea en Europa y el crecimiento de EE.UU. apoyan nuestro pronóstico. Dijimos que bajo las actuales particiones y fronteras, la situación de Europa no tiene esperanzas, y que esto tiene como resultante la balcanización de Europa, cuestión que recordé al Segundo Congreso de la Internacional Comunista. Ludwig Dek, a quien yo cité, está convencido de que una Europa balcanizada será pisoteada bajo el peso de EE.UU. Lo mismo dijo un burgués alemán en un libro recientemente publicado. Así que, de un lado Briand y del otro los alemanes derramaron ríos de sangre para superar la competencia y la expansión -y ahora hablan de los Estados Unidos de Europa. Esto significa la decadencia total, el descreimiento en la posibilidad del desarrollo y la conciente vulnerabilidad frente al poderío creciente de Estados Unidos. La pequeña burguesía sueña tímidamente con la unificación, no porque le provoque rechazo, sino simplemente para existir; no para engordar, sino para mantenerse viva. Esta es la psicología de los actuales gobiernos europeos. No voy a ser optimista por cuenta de ellos. Ahora es necesario dedicar algunas palabras para evaluar la situación económica de la URSS. Por cierto, nosotros tenemos una influencia mínima en el mercado mundial, y estamos todavía activos en el mercado mundial sólo en una medida muy modesta. Sin embargo, seremos de decisiva importancia para una Europa socialista. Una Europa socialista unida a nosotros sería invencible frente a EE.UU. Si fuéramos el enemigo en la retaguardia, el proletariado europeo no tendría ninguna chance contra los EE.UU. capitalistas. Pero con una retaguardia tan poderosa como



nuestro país, de su lado, el proletariado europeo que formará una Federación Socialista o Estados Unidos Socialistas, junto con nosotros constituiría una gran fuerza magnética para el Asia. Si hoy en día hubiera un bloque compuesto de nosotros y los Estados Unidos de Europa, y vendiéramos mercancías al Asia a un precio justo, Asia se alinearía detrás nuestro, y el camino de una Europa Socialista hacia el Asia pasa por la URSS. Entonces EE.UU. no podría hacer a un lado a Europa. Los Estados Unidos de Europa contra Norteamérica -esta perspectiva es completamente realista, y se pueden hacer pronósticos en este sentido-. Si el mundo capitalista pudiera ahora generar un nuevo ascenso orgánico, y si encontrara un nuevo equilibrio como base para un desarrollo ulterior de las fuerzas económicas, nosotros, como Estado socialista, colapsaríamos. Se puede ilustrar esto en forma teórica y práctica en dos palabras. Teóricamente, porque un ascenso del capitalismo en Europa crearía una tecnología colosal para la burguesía, y cambiaría la psicología del proletariado. Si el proletariado ve que el capitalismo puede levantar la economía nacional, esto se reflejará inevitablemente sobre la clase obrera que trató de hacer una revolución, fue aplastada, y experimentó un desengaño. Si el capitalismo lleva la economía hacia arriba, habrá conquistado al proletariado por segunda vez, arrastrando a las masas tras él. Desde el punto de vista teórico, vemos que el socialismo tiene derecho a existir precisamente porque el capitalismo no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas. Nuestra revolución creció sobre bases económicas, y antes de la revolución éramos parte integrante de la economía mundial. Si el capitalismo es capaz de desarrollar las fuerzas productivas, tendríamos que llegar a la conclusión de que nos equivocamos de raíz en nuestro pronóstico -el capitalismo es una fuerza progresiva, desarrolla sus fuerzas más rápido que nosotros; el bolchevismo llegó al poder demasiado pronto, y la historia castiga muy rudamente a los nacimientos prematuros. Esto sería así si el pronóstico optimista para el capitalismo tuviera alguna base. ¿Pero tiene alguna base? Es difícil de demostrar. Pero por el momento la burguesía no ha podido probarlo, y no puede hacerlo. En Europa no hay ningún desarrollo de las fuerzas productivas. Lo que están sucediendo son crisis y una fractura de las fuerzas productivas disponibles -este es el hecho básico-. Por lo tanto debemos decir que el socialismo tiene derecho a existir, a desarrollarse y a todas las esperanzas de victoria. El capitalismo europeo -para nosotros el más próximo y el más peligroso- con cada año de su existencia de posguerra muestra que Europa no está aumentando las fuerzas productivas, y que EE.UU. no está aumentando las fuerzas productivas en la medida en que lo harían si los métodos socialistas de organizar la economía fueran aplicados a la tecnología norteamericana. Si se aplicaran los métodos socialistas a las normas norteamericanas, a la cinta transportadora de Ford, las fuerzas productivas crecerían mucho mas rápidamente. En Europa no están creciendo en absoluto. Se necesita un nuevo enfoque de las cuestiones que hemos examinado, no un enfoque abstracto-teórico, sino uno claro y racional. Tenemos que explicar el estado lamentable de Europa y la presión



que ejerce EE.UU. sobre ella, y preguntar: ¿qué tenemos que hacer con Europa, con nosotros y también en parte con Asia para mejorar la economía mundial? Estas cuestiones surgen naturalmente de nuestra situación. Un año antes o un año después la historia las va a plantear por su cuenta, y hoy debemos ponerlas delante de nosotros teóricamente.

[1] Publicado originalmente en Planovoe Khozyaistvo, enero de 1926. Los editores originales realizaron la siguiente aclaración: “Este artículo ha sufrido algunas correcciones de estilo a partir de la versión taquigráfica del discurso del camarada Trotsky en el Club de Negocios sobre los informes organizados el 18 de enero de 1926 por el Consejo Económico Industrial del Ministerio de Planificación de la URSS, sobre las tendencias en el desarrollo de la economía mundial para 1919-1925, hechos por los profesores Bukshpan, Kondratiev, Spektator y Falkner. Por falta de tiempo, el autor no pudo examinar el informe taquigráfico.” Traducción especial del inglés para esta edición de la versión publicada en The Ideas of Leon Trotsky, Hillel Ticktin-Michael Cox, Ed. Porcupine Press, 1995, Londres, pág. 355.

[2] El alto ritmo de crecimiento industrial al que se refiere Trotsky se debía mayormente a las empresas existentes que se volvieron a usar bajo la NEP, más que a plantas nuevas que iniciaban su operación.

[3] Trotsky se refiere aquí a su artículo La curva del desarrollo capitalista aparecido en esta revista en su número 4, de 1923 (ver pág. 69 de esta edición).

[4] La Conferencia de Washington tuvo lugar en Washington entre el 12 de noviembre de 1921 y el 6 de febrero de 1922. Fue llamada por iniciativa del gobierno de EE.UU. para discutir el equilibrio militar y las áreas de actividad imperialista. Se llegó a una cantidad de acuerdos, incluyendo el acuerdo de las Cuatro Potencias (EE.UU., Inglaterra, Francia y Japón) que se garantizaban mutuamente los territorios de cada potencia en el Pacífico. Esto fue el fin efectivo de la Alianza Anglo-japonesa, considerada por EE.UU. como un obstáculo para su influencia en el Lejano Oriente. El acuerdo de las Cinco Potencias (EE.UU., Inglaterra, Francia, Japón e Italia) estableció limitaciones sobre el tamaño de la flota de cada una de ellas. Inglaterra aceptó la exigencia de EE.UU. de que se lo considerara en paridad de fuerzas con aquella. Finalmente el acuerdo de las Nueve Potencias (EE.UU., Inglaterra, Francia, Japón, Italia, Bélgica, Holanda, Portugal y China) resolvió mantener la política de “puertas abiertas” en China.

[5] Eduard Herriot (1872-1957): fue elegido líder del Partido Radical Francés en 1919. Ocupó varios puestos en el gobierno francés, incluyendo Ministro de Acción Social, Transporte y Suministros (1916-1917), Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores (1924-1925), Primer Ministro (1926), Ministro de Educación (1926-1928) y otra vez Primer Ministro (1932). Paul Painlevé (1863-1933): era un matemático cuya carrera política comenzó en el caso Dreyfus. Fue dos veces Primer Ministro de Francia, en 1919 y en 1925. Aristide Briand (1862-1932): fue excluido del Partido Socialista Francés en 1906 por unirse al entonces gobierno “burgués”. Fue Primer Ministro francés

en muchas ocasiones entre 1909 y 1929, y Viceprimer Ministro durante 1914-15. Fue 17 veces Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, las más notables durante 1915-17, 1921-24 y 1925-31. Premio Nobel de la Paz en 1926.

[6] Raymond Poincaré (1860-1934): ocupó varios puestos en el gobierno de Francia, incluyendo el de Primer Ministro y Ministro de Relaciones Exteriores (1912-13), Presidente (1913-20) y Primer Ministro (enero de 1922-junio de 1924, julio de 1926-noviembre de 1928 y noviembre de 1928-julio de 1929). Georges Clemenceau (1841-1929): ocupó varios puestos en el gobierno francés, incluyendo Ministro de Asuntos Internos (marzo-octubre de 1926), Presidente del Consejo de Ministros (octubre de 1906-julio de 1909) y Primer Ministro (noviembre de 1917). Dejó la política luego de ser derrotado en las elecciones presidenciales de 1920. Alexandre Millerand (1859-1943): fue excluido del Partido Socialista Francés en 1904 luego de formar un grupo de Socialistas Independientes. Fue elegido presidente de Francia el 24 de setiembre de 1920, puesto que mantuvo hasta que los partidos reformistas de izquierda llegaron al poder en 1924.

[7] La Conferencia de Locarno se reunió en Locarno, Suiza, del 5 al 16 de octubre de 1925. Participaron representantes de Bélgica, Inglaterra, Alemania, Polonia, Francia y Checoslovaquia. La conferencia garantizó el statu quo de las fronteras occidentales de Alemania y discutió la entrada de Alemania en la Liga de las Naciones.

[8] La nota del camarada Trotsky es una respuesta al siguiente pasaje del discurso del profesor Falkner: “La actual consigna de la Europa capitalista contemporánea es la de la formación de los Estados Unidos de Europa. La creación de los Estados Unidos de Europa tiene el objetivo de determinar aquellas nuevas barreras comerciales que se formaron después de la guerra, y aquellas nuevas demarcaciones políticas que cambiaron a Europa. La creación de los Estados Unidos de Europa tiene el objetivo de resolver las verdaderas cuestiones de política económica internacional. Debo recordarles que la consigna de Estados Unidos de Europa fue planteada por primera vez en la Rusia Soviética por León Trotsky, y ahora, varios años después la Europa capitalista está, ella misma, planteando esta consigna. Esto muestra que esta consigna no eran meras palabras vacías. Se ha hablado y escrito mucho recientemente sobre las posibilidades de realizar esta consigna. Yo pienso que su realización, a pesar de las conferencias que se montaron ante la invitación de Luther de unirse a la Liga de las Naciones, las conferencias económicas a las cuales nuestro gobierno decidió enviar a sus representantes, de acuerdo a lo informado por los diarios hace dos días, a pesar de las demandas que se alzan a favor de la creación de organismos interestatales, internacionales, yo pienso que las posibilidades son pequeñas. Yo pienso que este problema no será resuelto porque el complejo de contradicciones es muy complicado y sus distintos aspectos serán una carga para los diferentes grupos económicos de la Europa contemporánea. Yo pienso que la resolución de las importantes cuestiones organizativas de la Europa contemporánea no es una tarea de federalización. La federación de los principales grupos capitalistas, con la activa participación de EE.UU., los trusts y cartels internacionales de las ramas importantes de la industria

-este es el resultado que se podrá notar del carácter capitalista de Europa en la próxima época”  
(Nota de la edición original en ruso).

# Sobre la cuestión de la “estabilización” de la economía mundial

Disponível em: <https://ceip.org.ar/Sobre-la-cuestion-de-la-estabilizacion-de-la-economia-mundial>

(Discurso del camarada Trotsky sobre el informe del camarada Varga)[1]

Publicado originalmente en Planovoe Khozyaistvo (La Economía Planificada), junio de 1925. Traducción especial del inglés para esta edición de The Ideas of Leon Trotsky, Hillel Ticktin-Michael Cox, Ed. Porcupine Press, 1995, Londres, pág. 343.

Trotsky, León

Camaradas, es muy difícil hablar sobre una cuestión tan compleja, limitada por la estructura del informe de otra persona, especialmente un informe de una base tan abstracta y de una exposición más abstracta aún. Es por esto que por mi parte, habrá inevitablemente algunas improvisaciones acerca de este esquema ajeno que no domino del todo. Todo esto realmente hace mi tarea muy complicada.

Me parece que el defecto principal del informe del camarada Varga es la naturaleza abstracta, no sólo de la exposición, sino también de su contenido. El planteó esta cuestión: están desarrollándose o no las fuerzas productivas del capitalismo; y tomó en consideración la producción mundial de los años 1900, 1913 y 1924 calculada para Norteamérica, Europa, Asia y Australia. Sin embargo, esto no es relevante para resolver la cuestión de la estabilización del capitalismo. No se puede medir la situación revolucionaria en esta forma. Se puede medir la producción mundial, pero no la situación revolucionaria, porque la situación revolucionaria en Europa, en las condiciones históricas actuales, está determinada en un grado importante por los antagonismos entre Europa y Estados Unidos, y dentro de Europa misma -interrelaciones entre la producción alemana y la inglesa, la competencia entre Francia e Inglaterra, etc-. Como mínimo, las bases económicas de estos antagonismos determinan la situación revolucionaria en una forma inmediata. Que las fuerzas productivas han crecido en los EE.UU. en los últimos 10 años, está fuera de toda duda. Tampoco podemos cuestionar el hecho de que las fuerzas productivas en Japón han crecido durante la guerra y están creciendo ahora. También crecieron y continúan creciendo en la India. ¿Y en Europa? En Europa, no están creciendo ni en general ni en su conjunto. Por lo tanto la cuestión básica se resuelve no calculando la producción, sino por medio de un análisis de los antagonismos económicos. El meollo de la cuestión es éste: EE.UU. y, en parte, Japón, están empujando a Europa a un callejón sin salida, no dejándole ningún mercado para sus fuerzas productivas, que fueron solamente en parte rejuvenecidas durante la guerra. Yo no sé si ustedes han tomado en cuenta el reciente discurso de uno de los más prominentes exportadores norteamericanos, Jules Barnes, que tiene lazos

estrechos con el Ministerio de Comercio de EE.UU. Barnes bosquejó, aparentemente en la Conferencia de Comercio Norteamericana, y propuso en la Conferencia de Bruselas de representantes norteamericanos, el siguiente programa de desarrollo: “nosotros queremos aplacar los problemas de Europa, pero al mismo tiempo queremos destinarle ciertos sectores del mercado mundial a algunos países europeos, de forma de que no choquen con los productos norteamericanos”. Estas fueron casi exactamente sus palabras. Para que Alemania no choque con los productos y con el comercio norteamericanos, nosotros los norteamericanos les indicamos a los alemanes que comercien con la Unión Soviética, etc. Estas no son palabras vacías, porque Europa depende de los Estados Unidos en grado extraordinario. Por cierto, EE.UU. no puede organizar exitosamente el caos del mercado mundial y garantizar de tal manera la estabilidad del capitalismo por un tiempo prolongado, o para siempre. Por el contrario, al empujar a los países europeos más y más hacia una estrecha franja del mercado, EE.UU. está preparando actualmente un nuevo deterioro sin precedentes de las relaciones internacionales, tanto entre EE.UU. y Europa como dentro de Europa misma. Pero en la etapa actual del desarrollo, EE.UU. está logrando un conjunto de objetivos imperialistas por vías “pacíficas”, casi “filantrópicas”. Tomemos la cuestión de la estabilización de la moneda, que es el rasgo más claro de la así llamada estabilización del capitalismo. El país más rico de Europa –Gran Bretaña– ha estabilizado actualmente su libra esterlina. ¿Cómo la estabilizó? Por medio de un préstamo de 300 millones de dólares de Nueva York, de modo que si la libra esterlina cae en su valor, el capital norteamericano la debería salvar. La consecuencia de esto es que ahora la libra esterlina se ha vuelto un juguete en las manos de la Bolsa de Valores norteamericana, la cual en cualquier momento podría debilitarla. Lo que se usó oficialmente en las relaciones con Alemania, lo que maduró en las relaciones con Francia -el sistema Dawes[2]- es ahora, al menos parcialmente contemplado en relación a Gran Bretaña. En realidad, esto no significa de ninguna manera que EE.UU. pueda llevar exitosamente adelante esta política hasta el final, y estabilizar una Europa “Dawesizada”. Esto es simplemente impensable. Por el contrario, la “Dawesización” dando hoy predominio a las tendencias “pacifistas”, empeora de hecho las penurias de Europa y está preparando una explosión masiva. La camarada Aizenshtadt se equivoca de la misma forma cuando argumenta a favor del desarrollo general por igual de las fuerzas productivas de Norteamérica y de Europa. ¿La Catedral de Reims es diferente de los rascacielos de Nueva York? Ellos construyeron rascacielos allí porque la destrucción se llevó a cabo en Europa con la ayuda de la dinamita norteamericana. El flujo de oro hacia América no trajo como consecuencia un desarrollo correlativo de las fuerzas productivas de Europa. No se pueden sumar mecánicamente estos dos fenómenos paralelos, el vaciamiento de Europa y el enriquecimiento de EE.UU. No se puede sumar la riqueza perdida de Europa con la riqueza acumulada en Norteamérica. Aunque la camarada Aizanshtadt objetó al camarada Varga, en realidad solamente amplifica sus errores. Él también combina el valor de Europa y de América, cuando en realidad éstos se oponen uno a otro tanto económica como políticamente -esto es lo

que determina en gran medida la situación sin salida de Europa-. Repito una vez más: si yo cito el programa de J. Barnes con respecto a asignarle a Europa sectores estrictamente definidos del mercado mundial, es decir, darle suficientes suministros a los países europeos para que puedan pagar los intereses sobre los préstamos y los propios préstamos sin fragmentar al mismo tiempo el mercado norteamericano, de esto no puede concluirse que Europa misma esté segura a un determinado nivel y preservada durante un largo tiempo. Nada de eso. Es imposible establecer cualquier grado de seguridad a largo plazo, ya sea en las relaciones internacionales o internas del capitalismo imperialista. No es necesario decir que en este punto ninguno de nosotros tiene la menor duda. El sistema Dawes, la restauración de la moneda, los acuerdos de comercio, todo este “pacifismo” y las medidas de recuperación se llevan a cabo con el “apoyo” norteamericano, y están bajo el control de EE.UU. Esto es característico del estadio actual en el desarrollo de Europa. Pero al recuperar sus funciones económicas elementales, los países europeos restauran todos sus antagonismos, afectándose mutuamente. En la medida en que EE.UU. restringe severamente el proceso de recuperación europeo dentro de estrechos límites, estos antagonismos, que llevaron directamente a la guerra imperialista, podrían reavivarse incluso antes de que los niveles de producción y comercio de preguerra fueran alcanzados. Bajo el control financiero “pacifista” de EE.UU., y a pesar de las actuales “apariencias”, ahora se está dando, no un alivio sino un aumento de las tensiones internacionales. Esto se aplica también y no en menor medida a las relaciones internas, es decir las relaciones entre las clases. El II Congreso de la Internacional Comunista[3] ya enfatizó el punto esencial de que la declinación del desarrollo de las fuerzas productivas de Europa en la posguerra no significa ni un freno, ni tampoco un ritmo más lento, sino por el contrario una poderosa intensificación y agudización en el proceso de diferenciación social: la ruina de la pequeñoburguesía y las clases medias, la concentración del capital (sin acumulación nacional), y la proletarización y aún mayor pauperización de todos los nuevos estratos nacionales. Todos los congresos siguientes subrayaron este hecho. Es en este sentido que tiene razón totalmente el camarada Varga cuando dice que en Europa se está dando ahora una más profunda polarización de las relaciones de clase que no ha alcanzado y no puede alcanzar ningún tipo de estabilización. El volumen general de riqueza en Europa no está creciendo, o casi no está creciendo, sino que está siendo amasada cada vez más en menos y menos manos y a un ritmo aún más acelerado que el de antes de la guerra. Una de las capas del proletariado se está transformando en lumpen proletariado. La muestra de esto es Gran Bretaña. Allí observamos un fenómeno de un orden nuevo, precisamente un ejército estable de desocupados que durante todo el período de posguerra no ha bajado de 1.250.000, y actualmente anda cerca de 1.500.000. Pero la estabilización del desempleo no es lo mismo en absoluto que la estabilización del capitalismo. En uno de sus últimos artículos Kautsky\* decía que la revolución socialista iba a venir de todos modos en el momento oportuno (dentro de 100 años y en forma progresiva) porque el proletariado está creciendo, su peso



en la sociedad está aumentando, etc.; en otras palabras, repite el Programa de Erfurt[4], pero en una forma vulgarizada. Hoy en día vemos que esto es incorrecto. Si el proletariado está creciendo, entonces está creciendo en Gran Bretaña, el país más rico de Europa, como lumpen proletariado. Y no sólo en Inglaterra. Aquí se pueden repetir las palabras de Marx sobre que Inglaterra no hace más que mostrar a los demás países la imagen del futuro[5]. Francia enfrenta la tarea urgente de estabilizar el franco. Esto significa que en un futuro más o menos cercano habrá también desocupación crónica en Francia. Si el proletariado francés está hoy en su conjunto ocupado en la industria, esto se debe a que la industria francesa vive no por sus propios medios, sino con la ayuda de dinero falso, con la ayuda de la inflación. EE.UU. exige a Francia lo que ya ha conseguido de Inglaterra: la estabilidad de su moneda. Esto requiere un flujo de oro hacia el tesoro de Francia. Pero por el oro norteamericano hay que pagar un alto interés, y esto trae consigo un costo adicional generalizado sobre la industria francesa. Este costo adicional sobre la industria francesa tiene como resultado un empeoramiento del mercado, y este mercado, que ahora Francia posee al precio de la ruina de su moneda y a expensas de minar los cimientos de sus finanzas, se paralizará, y por lo tanto habrá allí, inevitablemente, un ejército de reserva estable como en Inglaterra. Si Francia rechazara esto, EE.UU. forzaría a Francia a ir hacia una moneda estable con todas las consecuencias que esto traería aparejado. La expresión más clara del proceso de restauración se da en Alemania, donde la curva capitalista ha caído a su punto más bajo. Pero en Alemania el proceso de recuperación opera dentro de los marcos de una lucha por alcanzar los niveles de preguerra, y en el camino hacia lograr este nivel, Alemania tropezará con muchos obstáculos políticos y económicos. Mientras tanto, debido a su riqueza nacional dilapidada, asistimos a una intensificación cada vez mayor de las contradicciones sociales. Una parte de la exposición del informe del camarada Varga es muy abstracta, pero es correcta. Yo tengo en mente esa parte en la cual el camarada Varga hablaba de una deformación de la sociedad que no puede ser revertida. Para abolir el desempleo en Inglaterra se necesitaría capturar el mercado, mientras que Inglaterra no está ganándolo sino perdiéndolo. Para estabilizar el capitalismo inglés es preciso -nada más ni nada menos- desplazar a EE.UU. Pero esto es fantástico y utópico. Toda la "cooperación" entre EE.UU. y Gran Bretaña consiste en que Estados Unidos, dentro del marco de la pacífica cooperación "pacifista", es el que está desplazando cada vez más a Gran Bretaña, usándola como un medio, una herramienta, como un agente intermediario en los campos diplomático y comercial. La porción que dominan hoy del mundo el conjunto de la economía británica y el conjunto de la economía europea está cayendo -a la vez que, la estructura económica de Inglaterra y de Europa Centro-Occidental surgieron de la hegemonía mundial de Europa y dependían de esta hegemonía-. Esta contradicción, que es tan inevitable como imposible de ignorar, se está profundizando progresivamente, y es el prerrequisito económico básico de una situación revolucionaria en Europa. De esta manera, me parece que es absolutamente imposible caracterizar la situación revolucionaria

por fuera del antagonismo entre Estados Unidos y Europa, y este es el error fundamental del camarada Varga.

Pero aquí se planteó la cuestión acerca del origen del propio concepto de estabilización. ¿Por qué hablar de estabilización? Pienso que no se puede contestar esta pregunta sólo en el marco de las categorías económicas; no podemos evitar plantear temas políticos. Tomemos por ejemplo la situación económica europea. ¿Cómo estaba inmediatamente después de la guerra, y cómo está ahora? ¿Ha habido algunos cambios? Seguro que ha habido cambios, y muy serios. En Francia todas las estaciones ferroviarias destruidas fueron reconstruidas, y los departamentos del Norte fueron restaurados en gran medida; en Alemania ahora se viaja sobre neumáticos de goma y no sobre paja. Muchas cosas han sido restauradas, reparadas, mejoradas. Si uno aborda el tema con un punto de vista tan limitado, pareciera que se ha hecho mucho en el período de posguerra. Es como una persona que luego de caer en dificultades extremas e incluso en la pobreza, y cuando tiene una o dos horas libres, cose apresuradamente algunos botones, pone remiendos, se lava, etc. Ahora bien: tomemos toda la situación de Europa de conjunto en el seno de la economía mundial. ¿Ha cambiado? ¿Ha mejorado o no en estos años? No, no ha mejorado. La posición de Europa en la escala mundial no mejoró; este es el punto esencial. Sin embargo ¿por qué hablamos de estabilización? Por sobre todas las cosas, porque aunque Europa no ha escapado de su posición general de decadencia, se las ha arreglado de todas formas para introducir ciertos elementos de regulación en su economía. No podemos ignorarlo. Esto no es indiferente para el destino y la lucha del proletariado europeo, y para establecer las tácticas correctas de los partidos comunistas. Pero no decide el destino general del capitalismo europeo. La estabilización de la libra esterlina con el oro es indudablemente un elemento de "regulación", pero al mismo tiempo la estabilización de la moneda sólo revela de forma más clara y precisa la decadencia de Inglaterra y su colosal dependencia de Estados Unidos.

¿Qué significa, sin embargo, la regulación del capitalismo europeo, la restauración de sus funciones elementales, etc.? ¿Es esta regulación interna sólo la condición preliminar y necesaria, y junto con esto, un indicador, de una estabilización futura saludable y a largo plazo? No, no hay ningún hecho que apoye una proposición semejante. Para comprender cómo y por qué la burguesía europea fue capaz de "regular" su economía, deben considerarse cuestiones políticas y su interrelación mutua con la economía. En 1918-19 tuvimos en Europa, sobre una base económica sujeta todavía a las consecuencias directas de la guerra, un poderoso alzamiento revolucionario espontáneo de las masas trabajadoras. Esto sacudió al estado burgués hasta sus cimientos y produjo una fuerte falta de autoconfianza de la burguesía como clase dominante -no tuvo siquiera la decisión suficiente como para remendar su vestimenta europea-. Sus pensamientos sobre la estabilización de la moneda quedaron entre el tercer y el cuarto lugar, si es que permanecieron en algún sitio, mientras que la ofensiva del proletariado amenazaba su supremacía. Entonces la inflación fue una medida de autodefensa directa de clase para la burguesía, de la misma forma que el comunismo de guerra

fue en nuestro país una medida de autodefensa del poder proletario. El camarada Varga recuerda correctamente que durante el I y II Congreso[6] consideramos que era extremadamente probable la toma del poder por parte del proletariado en Europa. ¿En qué consistió nuestro error? ¿En qué terreno no estábamos preparados? ¿Estaba la economía preparada para una revolución social? Sí, lo estaba. ¿En qué sentido? En un sentido fundamental, podría decirse. Ya en la preguerra el estado de la tecnología y de la economía hacía objetivamente ventajosa la transición al socialismo. ¿En qué consistieron los cambios que tuvieron lugar durante y después de la guerra? Consistieron en el hecho de que, si se toma el desarrollo como un proceso gradual generalizado, las fuerzas productivas de Europa dejaron de desarrollarse. Antes de la guerra se desarrollaban rápidamente y dentro de los marcos del capitalismo. Su desarrollo entró en un callejón sin salida, y esto condujo a la guerra. Luego de la guerra cesaron de desarrollarse en Europa. Tenemos estancamiento con agudas fluctuaciones irregulares de arriba hacia abajo que no permiten siquiera mantener la coyuntura. Si, hablando en forma general, la coyuntura es el pulso del desarrollo económico, una cantidad de temblores coyunturales testimonian que el capitalismo aún vive. En el III Congreso de la Comintern[7] demostramos que los cambios en la coyuntura, inevitablemente continuarían y conducirían a un mejoramiento en la coyuntura. Pero existe una diferencia entre el latido del corazón de un hombre saludable y el de uno enfermo. En 1921 dijimos que el capitalismo no ha muerto, que vive. Por lo tanto, su corazón latiría, y la coyuntura cambiaría. Pero cuando un ser vivo cae en una condición insoportable, su pulso late irregularmente, y le es difícil alcanzar el ritmo necesario, etc. Es lo que hemos tenido todo el tiempo en Europa. Si los cambios cíclicos en Europa se vuelven una vez más regulares y vigorosos (y hablo sobre esto con todas las reservas necesarias y en forma totalmente condicional), entonces, hasta un cierto punto, mostraría que la burguesía había dado algún tipo de paso principista hacia adelante en el sentido de consolidar las relaciones económicas. Pero hasta ahora no se puede hablar de nada similar a esto. La irregularidad, la no recurrencia y la naturaleza no periódica de estos temblores coyunturales muestran que el capitalismo europeo y sobre todo el británico está constreñido en forma insoportable dentro de los límites en que cayó después de la guerra. Las fuerzas productivas, empujando hacia adelante, chocan con los límites del mercado mundial, que son demasiado estrechos para ellas. De aquí las convulsiones económicas. Los espasmos, y los temblores bruscos y agudos sin una periodización regular, que muestra la coyuntura económica.

Pero volvamos al problema: ¿qué fue lo que no tomamos en cuenta en 1918-19, cuando esperábamos que el proletariado europeo tomara el poder en los meses siguientes? ¿Qué fue lo que faltó para la realización de esas expectativas? Los prerequisites económicos y la diferenciación de clases no faltaron -las condiciones objetivas estaban suficientemente preparada. También estaba presente el movimiento revolucionario del proletariado. Después de la guerra, el proletariado estaba en un estado de ánimo tal que se lo hubiera podido conducir hacia la batalla decisiva. Pero no había nadie para dirigir ni nadie para organizar esta batalla -no había partido.

Este fue el factor que ignoramos, y este fue el error de nuestro diagnóstico. En la medida en que no había partido, la victoria era imposible. Y, por otra parte, no se puede mantener el fervor revolucionario del proletariado todo el tiempo necesario hasta que se haya creado el partido. El Partido Comunista comenzó a ser creado. Mientras tanto, la clase trabajadora, al no encontrar una dirección combativa en el momento apropiado, fue forzada a acomodarse a la situación que se formó después de la guerra. De aquí que los viejos partidos oportunistas recibieran una nueva oportunidad, en menor o mayor medida, de fortalecerse. El capitalismo también sobrevivió. ¿Qué fue lo que el capitalismo recibió precisamente porque no había ningún partido revolucionario en el momento crucial y el proletariado no pudo tomar el poder en sus manos? Un respiro; es decir, la posibilidad de orientarse más pacíficamente hacia la situación que se estaba formando: restaurar la moneda, sustituir la paja por cubiertas de goma, alcanzar acuerdos comerciales, etc. En suma, tuvieron lugar cambios serios en el estado del capitalismo europeo que no podemos subestimar, pero que están contenidos dentro de los mismos límites de las fuerzas económicas, financieras y militares mundiales que fueron preparadas antes de la guerra, que se determinaron finalmente durante la guerra, y que no han cambiado en lo que concierne a Europa en el último período. No es debido a que el capitalismo haya creado con éxito y por sus propios medios condiciones para el desarrollo mayor de las fuerzas productivas, que no existe hoy una situación revolucionaria en Europa. No hay un desarrollo de las fuerzas productivas, y no hay síntomas serios que apunten a esa dirección. La ausencia de una situación revolucionaria se expresa directamente por cambios en el estado de ánimo de la clase trabajadora, más notablemente en Alemania, en el reflujo de la revolución hacia la socialdemocracia. Este reflujo es una consecuencia del hecho de que la oleada revolucionaria de posguerra, durante y después de los acontecimientos del Ruhr[8], no tuvo éxito. Como resultado de este reflujo, la burguesía pudo reparar los elementos más estropeados de su aparato estatal y económico. Pero su siguiente lucha, aunque más no fuera por el nivel económico de preguerra, está inevitablemente preñada de nuevas y flamantes contradicciones, conflictos, temblores, “episodios” del tipo de los sucesos del Ruhr, etc. El estado de ánimo de la clase obrera, como lo ilustró nuevamente 1923 en Alemania, es un factor incomparable e inconmensurablemente más fluido que la “estabilización” económica de determinado país, lo cual, en cada uno de los estadios subsiguientes, puede poner a los partidos comunistas de Europa frente a nuevas situaciones revolucionarias.

Aquí el camarada Varga mencionó un hecho importante: la burguesía no puede engordar al estrato superior de la clase obrera. En estos momentos, en Inglaterra, el gobierno conservador de Baldwin\* quiere realmente hacer las paces con los obreros. Si uno sigue los últimos discursos de Baldwin, los encuentra llenos de gran preocupación. No hace mucho se escuchó en el Parlamento esta frase clásica: “Nosotros, los conservadores, no queremos tirar primero”. Y cuando la extrema derecha de su propio partido propuso una ley para prohibir a los sindicatos que recolectaran cotizaciones (y los liberales estaban totalmente de acuerdo con esto porque el Partido Laborista que los destruyó

depende de ese dinero), Baldwin dijo: no hace falta decir que el hecho de que las cotizaciones políticas sean obligatorias rompe con las tradiciones inglesas, y todo lo demás, pero “Nosotros no queremos ser quienes disparen primero”. Esta fue exactamente su expresión, que no es sólo un mero recurso retórico.

Si uno sigue la economía inglesa, la política, la prensa, el estado de ánimo de Gran Bretaña, se obtiene la impresión de que la situación revolucionaria está avanzando, aunque lentamente, pero con sorprendente regularidad. La situación desesperada del capitalismo británico encontró su expresión en la caída del liberalismo, el crecimiento del Partido Laborista, la aparición de un estado de ánimo nuevo entre las masas trabajadoras, etc. Baldwin construye su política sobre la esperanza de un “compromiso” con los trabajadores.

Mientras tanto, los sindicatos ingleses, que nosotros conocemos como los responsables de haber cerrado acuerdos conservadores (de lo que era para nosotros expresión el sindicalismo -una expresión del más acabado oportunismo en las fábricas) se están transformando gradualmente en un gran factor revolucionario en la historia europea.

El comunismo puede llevar a cabo su misión en Inglaterra sólo a condición de combinar su trabajo con estos procesos que están dándose en los sindicatos británicos. ¿Y qué es lo que determina directamente estos procesos? Precisamente el hecho de que en ese país, donde más que en ninguna otra parte engordó una amplia capa de la clase obrera, ésta ya no puede hacerlo más. De aquí que el estado de ánimo de Baldwin proclive a los compromisos, debería rechazar todas esas modestas leyes (por ejemplo, el salario mínimo para los mineros) propuestas por los representantes del laborismo.

Ayer recibimos por telégrafo noticias de que los conservadores habían rechazado una modesta ley de los representantes laboristas que destinaba 10 millones de libras esterlinas para programas sociales. De aquí se desprende que el fortalecimiento del oportunismo, que es un hecho indiscutible en Alemania y en Francia, no puede ser ni firme ni duradero. Ni Francia ni Alemania pueden crear una situación privilegiada para la capa superior del proletariado. Por el contrario, en todos lados habrá un período de opresión severa sobre la clase obrera.

¿Y en Inglaterra? ¿No es posible que el oportunismo de los actuales líderes del Partido Laborista se consolide por muchos años, incluso décadas? Si vamos a dedicar un par de palabras a este asunto, sería mejor hacer una evaluación general de la situación. En Inglaterra teníamos una Federación Social Demócrata y un Partido Laborista Independiente -dos organizaciones que existieron durante décadas como organizaciones que competían entre sí-. Cada una tenía 15.000, 20.000, 25.000 miembros. Durante los años de posguerra fuimos testigos de algo sorprendente en Inglaterra: la sección de propaganda de ayer, el Partido Laborista Independiente, llegó al poder. A decir verdad, dependía de los liberales, ¡pero en la última elección, justo después de la caída de MacDonald\*, juntó cuatro o cinco millones de votos! Hablo del Partido Laborista Independiente porque es la fracción dominante del Partido Laborista.



El Partido Laborista no existe sin el Partido Laborista Independiente. ¿Qué es lo que explica la carrera tan inusitada de los independentistas? ¿Son estables? En Inglaterra tenemos una burguesía que ha subordinado al proletariado, más consistentemente, con mayor inteligencia y mejor que ninguna otra; ha engordado económicamente a la capa superior de la clase trabajadora, y la ha desmoralizado políticamente. No ha habido una escuela igual en la historia, ni a lo que parece, habrá otra igual en el futuro. La burguesía norteamericana difícilmente será tan capaz de corromper y humillar a la clase trabajadora durante tanto tiempo. ¿A dónde ha llevado el cambio en la situación económica nacional e internacional de Gran Bretaña? A la presión de la masa de trabajadores sindicalizados sobre sus líderes, y esta presión llevó a la creación de un Partido Laborista. Si tomamos hoy al trabajador inglés promedio, muy difícilmente haya rechazado concientemente esos mismos prejuicios que tenía cuando votaba por los liberales. Pero está decepcionado con los liberales, porque los diputados liberales, a la luz de la posición cambiante de Inglaterra en el mercado mundial, fueron incapaces de hablar a favor de él en el Parlamento en la medida que lo podían hacer en el pasado. De aquí nació entonces la necesidad de crear su propio partido. ¿Qué es el Partido Laborista? Es el Departamento Político de los sindicatos. El Partido Laborista/Sindicatos necesitaban un tesorero, un cajero, un secretario, y diputados en el parlamento. Fue la presión de una lucha de clases que se agudizaba y la eliminación del Partido Liberal lo que forzó a los sindicatos a crear su propio Partido Laborista. Pero la burocracia de los sindicatos no fue capaz de crearlo a partir de su propia fuerza en 24 horas. Y en Inglaterra la situación había cambiado en tal forma que era necesario construir un partido prácticamente en 24 horas. Así es como sucedió la asombrosa “unión” entre el Partido Laborista Independiente, que había existido en el curso de muchos años como una sección, y los sindicatos. “¿Uds. necesitan un Departamento Político adjunto a los sindicatos? Estamos a vuestro servicio”. El Partido Laborista se formó de esta manera. El oportunismo de los independentistas recibió una base política gigantesca. ¿Pero por mucho tiempo? Todo apunta hacia la respuesta: “¡No!” El Partido Laborista actual es una consecuencia de un cruzamiento temporario entre el camino del Partido Laborista Independiente y el poderoso ascenso revolucionario de la clase obrera; los independentistas corresponden sólo a un corto período de este ascenso. Ya hemos tenido el gobierno de MacDonald. Se trató de una experiencia episódica, que no se agotó, puesto que el primer gobierno independentista no contaba con una mayoría parlamentaria. ¿Cuáles son las perspectivas futuras? ¿Existen razones para pensar que el actual ministerio conservador será derrocado directamente en una situación revolucionaria? Es difícil de conjeturar, pero incluso sin un empujón fundamental de la historia se podría esperar una lucha revolucionaria por el poder entre la clase trabajadora y la burguesía en el período que se avecina. Si no hay una guerra u otros acontecimientos como una ocupación del Ruhr, el gobierno conservador de Inglaterra, ya sea un año antes o uno después, será reemplazado por uno laborista. ¿Y qué significa un gobierno laborista en tales condiciones? Un ataque extraordinario de la clase obrera, una presión



sobre el estado. ¿Y qué significa esto, dada la situación mundial desesperada de Inglaterra? Que la clase obrera inglesa podría exigir el comunismo con la misma energía masiva y la misma velocidad con que exigieron la dirección de un Partido Laborista Independiente. Presentar las cosas como si el número de comunistas en Inglaterra fuera a crecer gradualmente por el curso de décadas es estar radicalmente equivocado. Precisamente el destino del Partido Laborista Independiente, más que ninguna otra cosa, demuestra que en Inglaterra los acontecimientos se desarrollan por otras vías y a otros ritmos. Inglaterra está acostumbrada a ser la dueña del mercado mundial -de aquí el conservadurismo de los sindicatos-. Ahora ha sido relegada, su situación ha empeorado, y la situación de la clase obrera británica ha cambiado radicalmente; toda la órbita de su movimiento se ha alterado. En un cierto estadio esta órbita (la línea del movimiento) interceptó con el curso del Partido Laborista Independiente. Esto crea una ilusión de un Partido Laborista fuerte. Pero no todo el mundo apoyaba a MacDonald -esto fue sólo un hito, una marca en el camino de la clase obrera inglesa-. Es tal vez el proceso que se está dando actualmente en la clase obrera inglesa lo que expresa más claramente el carácter profundamente crítico, es decir, revolucionario, de la totalidad de nuestra época. Una situación revolucionaria, en el sentido especial de la palabra, es una situación muy concreta. Surge de la intersección de todo un conjunto de factores: una situación económica crítica, una agudización de las relaciones entre las clases, un estado de ánimo combativo entre los trabajadores, incertidumbre dentro de la clase dominante, un estado de ánimo revolucionario dentro de la pequeña burguesía, una situación internacional favorable para la revolución, etc. En su propia esencia, una situación tal puede y debe madurar, y entonces se mantendrá sólo durante cierto tiempo. No puede durar eternamente. Si no es utilizada estratégicamente, comenzará a desintegrarse ¿Desde dónde? Desde la cabeza, es decir, desde el partido comunista que no fue capaz o no pudo utilizar la situación revolucionaria. Inevitablemente surgirán conflictos internos. Que el partido inevitablemente se debilita es bien conocido, y a veces pierde una parte muy significativa de su influencia. En la clase obrera comienza un reflujó de los sentimientos revolucionarios, así como intentos de acomodarse al orden existente. Al mismo tiempo, una cierta oleada de autoconfianza impregna a la burguesía, lo que también se expresa en su trabajo económico. Es la existencia de estos procesos lo que nos obliga a hablar de estabilización y de ninguna forma algún cambio radical en la base capitalista de Europa, es decir, sobre todo, su situación en el mercado mundial. Debemos rechazar en nuestro análisis el provincialismo europeo. Antes de la guerra pensábamos de Europa como de quien regía los destinos del mundo, e interpretábamos los problemas de la revolución en una forma nacional, europea -provinciana, según los lineamientos del Programa de Erfurt-. Pero la guerra demostró, reveló, puso al descubierto y consolidó los lazos totalmente interconectados que unen todas las partes de la economía mundial. Este es el hecho fundamental, y no se puede sopesar el destino de Europa por fuera de las conexiones y contradicciones de la

economía mundial. Todo lo que ha ocurrido recientemente en el mercado mundial, cada día y a cada hora, muestra el crecimiento de la supremacía norteamericana y la creciente dependencia de Europa hacia EE.UU. La actual posición de Estados Unidos es, en muchos aspectos, similar a la de Alemania antes de la guerra. También fue el nuevo amo que llegó cuando el mundo entero se hallaba ya dividido. Pero Estados Unidos se distingue de Alemania por el hecho de que es incomparablemente más poderoso de lo que era aquella. Puede conseguir muchas cosas sin siquiera desenvainar la espada, sin el uso de las armas. EE.UU. obligó a Inglaterra a dar por terminados los acuerdos anglo-japoneses. EE.UU. obligó a Inglaterra a reconocer la igualdad de su flota con la de EE.UU., cuando toda la tradición inglesa se ha construido sobre la supremacía indisputable de la flota inglesa. ¿Cómo consiguió esto? Flexionando sus músculos económicos. EE.UU. ha maniatado a Alemania con el régimen Dawes. Ha forzado a Gran Bretaña a pagar su aporte. Ha forzado a Francia a pagar su aporte, y la ha obligado a apurar su retorno a una moneda estable, para hacer posible todo esto. ¿Qué significa todo esto? Un nuevo y colosal impuesto sobre Europa a beneficio de EE.UU. La transferencia de poder de Europa a EE.UU. continúa. Aunque el problema del mercado no es la cuestión primaria, Inglaterra descansa en el mercado como en una cuestión de vida o muerte. Sin embargo, Inglaterra no puede resolver el problema del mercado. La desocupación es la úlcera que está minando la fisiología de Inglaterra. Todos los pensadores políticos y economistas burgueses de Inglaterra están totalmente saturados de pesimismo. Resumiendo. Estoy de acuerdo con la conclusión del camarada Varga en que no existen razones para suponer que Europa va a estabilizarse por un período prolongado. La situación económica europea, a pesar de todas sus mejoras, sigue siendo terriblemente crítica. En los años futuros sus contradicciones van a asumir un carácter profundamente más agudo. Por lo tanto, en relación con, digamos, Inglaterra, el problema de la revolución consiste sobre todo en si habrá el tiempo suficiente para que el partido comunista se forme, se prepare y desarrolle lazos estrechos con la clase obrera antes de que llegue el momento, como sucedió en Alemania de 1923, cuando la situación revolucionaria se vuelve tan aguda que exige una ofensiva decidida. En mi opinión, esto se refiere también a toda Europa. Cualquier "peligro" no vendrá de la consolidación de una estabilización en Europa, del renacimiento de las fuerzas económicas capitalistas, bajo las cuales la revolución sería pospuesta para un futuro distante. No, el peligro es que la situación revolucionaria pueda progresar tan rápidamente y en forma tan aguda que los partidos comunistas no hayan tenido tiempo suficiente de formarse debidamente. Toda nuestra atención debe estar enfocada sobre esta cuestión. Así es como toda la situación europea, en general y de conjunto, se me aparece a mí.

# Flujos y reflujos

La coyuntura económica y el movimiento obrero mundial[1]

Publicado por primera vez en Pravda, Número 292, 25 de diciembre de 1921. Traducción especial del inglés para esta edición de la versión publicada en The First Five Years of the Communist International, Vol. 2, Ed. Monad Press, 1977, Nueva York, pág. 74.

Trotsky, León

Disponível em: <https://ceip.org.ar/Flujos-y-reflujos,4774>

El mundo capitalista entra en un período de ascenso industrial. Los booms se alternan con las depresiones. Una ley orgánica de la sociedad capitalista. El actual boom de ninguna manera indica el establecimiento de un equilibrio en la estructura de clase. Una crisis frecuentemente favorece el surgimiento de estados de ánimo anarquistas y reformistas entre los trabajadores. El boom ayudará a unificar a las masas trabajadoras.

1

Los síntomas de un nuevo ascenso de la marea revolucionaria se están haciendo evidentes en el movimiento obrero europeo. Es imposible pronosticar si traerá consigo las gigantescas olas que lo inundan todo. Pero no hay ninguna duda de que la curva del desarrollo revolucionario está evidentemente en ascenso. El período más crítico en la vida del capitalismo europeo se dio en el primer año de la postguerra (1919). Las más altas manifestaciones de lucha revolucionaria en Italia (jornadas de septiembre de 1920) ocurrieron en un momento en que los picos más agudos de la crisis política en Alemania, Inglaterra y Francia parecían estar ya superados. Los acontecimientos de marzo de este año en Alemania fueron un eco retrasado de una época revolucionaria que había pasado, y no el comienzo de una nueva. A principios de 1920, el capitalismo y su estado, habiendo consolidado sus primeras posiciones, pasaban ya a la ofensiva. El movimiento de las masas trabajadoras asumió un carácter defensivo. Los partidos comunistas se convencieron de que estaban en minoría, y en ciertos momentos parecían aislados de la abrumadora mayoría de la clase trabajadora. De aquí la llamada "crisis" de la III Internacional. En el momento actual, como ya he afirmado, el punto de inflexión se puede ver con toda claridad. La ofensiva revolucionaria de las masas trabajadoras está creciendo. Las perspectivas de lucha se están extendiendo cada vez más. Esta sucesión de etapas es el producto de causas complejas de diferente orden: pero en sus comienzos, brota de los agudos zigzags de la coyuntura económica que refleja el desarrollo capitalista de la postguerra. Las horas más peligrosas para la burguesía europea ocurrieron durante el período de

desmovilización de las tropas, con el retorno de los soldados engañados a sus casas y con su reasignación en los panales de la producción. Los primeros meses de la postguerra engendraron grandes dificultades que contribuyeron a agravar la lucha revolucionaria. Pero las camarillas dominantes se rectificaron a tiempo y llevaron adelante una política gubernamental y financiera a gran escala, diseñada para mitigar la crisis provocada por la desmovilización. El presupuesto estatal continuó manteniendo las proporciones monstruosas de la época de guerra; muchas empresas se mantuvieron en operación artificialmente; muchos contratos se prolongaron para evitar el desempleo; se alquilaron departamentos a precios que hacían imposibles reparar los edificios; el gobierno subsidió de su propio presupuesto la importación de pan y de carne. En otras palabras la deuda nacional se fue amontonando, la moneda se hundió, los cimientos de la economía fueron totalmente socavados, todo con el propósito político de prolongar la ficticia prosperidad industrial y comercial de los años de guerra. Esto dio a los círculos industriales dirigentes la oportunidad de renovar el equipamiento técnico de las empresas más grandes y reconvertirlas a la producción de tiempos de paz.

Pero este boom ficticio chocó rápidamente contra el empobrecimiento generalizado. La industria de bienes de consumo fue la primera en estancarse debido a la capacidad extremadamente reducida del mercado, y montó rápidamente las primeras vallas de superproducción que más tarde obstruyeron la expansión de la industria pesada. La crisis asumió proporciones sin precedentes y formas no vistas hasta entonces. Habiendo comenzado a principios de la primavera del otro lado del Atlántico, la crisis se propagó a Europa a mediados de 1920, y alcanzó su punto más profundo en mayo de 1921, o sea el año que está llegando a su fin. Por tanto, para el momento en que la crisis industrial y comercial de postguerra se establecía de forma abierta e inconfundible (luego de un año de prosperidad ficticia), el primer asalto elemental de la clase trabajadora contra la sociedad burguesa ya estaba en sus etapas finales. La burguesía pudo mantener sus posiciones por medio de maniobras y engaños, haciendo concesiones, y en parte ofreciendo resistencia militar. El primer asalto proletario fue caótico -sin ninguna idea ni objetivos políticos definidos-, sin ningún plan, sin ningún aparato dirigente. El curso y el resultado de este asalto inicial demostró a los trabajadores que cambiar su suerte y reconstruir la sociedad burguesa era una tarea mucho más complicada que lo que podrían haber pensado durante las primeras manifestaciones de protesta de postguerra. Relativamente homogénea en lo incipiente de su estado de ánimo revolucionario, las masas trabajadoras de allí en adelante comenzaron a perder muy rápidamente su homogeneidad, estableciéndose entre ellas una diferenciación interna. El sector más dinámico de la clase trabajadora, y el menos ligado a las tradiciones pasadas, luego de aprender por experiencia propia la necesidad de claridad ideológica y de unidad organizativa, se aglutinó en el Partido Comunista. Luego de los fracasos, los elementos más conservadores o menos conscientes retrocedieron temporariamente de sus intenciones y métodos revolucionarios. La burocracia sindical sacó provecho de esta división para recuperar sus posiciones.

La crisis comercial e industrial de 1920 estalló en la primavera y en el verano, como ya se dijo, en un momento en que las mencionadas reacciones políticas y psicológicas ya se habían instalado en el seno de la clase trabajadora. La crisis incuestionablemente aumentó la insatisfacción entre grupos obreros considerables, provocando aquí y allá manifestaciones tempestuosas de insatisfacción. Pero luego del fracaso de la ofensiva de 1919, y con la consiguiente diferenciación que tuvo lugar, la crisis económica no pudo ya por sí misma restaurar la unidad necesaria en el movimiento, ni hacer que éste asumiera el carácter de un nuevo y más resuelto asalto revolucionario. Esta circunstancia refuerza nuestra convicción de que los efectos de una crisis sobre el curso del movimiento obrero no son todo lo unilaterales que ciertos simplistas imaginan. Los efectos políticos de una crisis (no sólo la extensión de su influencia sino también su dirección) están determinados por el conjunto de la situación política existente y por aquellos acontecimientos que preceden y acompañan la crisis, especialmente las batallas, los éxitos o fracasos de la propia clase trabajadora, anteriores a la crisis. Bajo un conjunto de condiciones la crisis puede dar un poderoso impulso a la actividad revolucionaria de las masas trabajadoras; bajo un conjunto distinto de circunstancias puede paralizar completamente la ofensiva del proletariado y, en caso de que la crisis dure demasiado y los trabajadores sufran demasiadas pérdidas, podría debilitar extremadamente, no sólo el potencial ofensivo sino también el defensivo de la clase.

Hoy, en retrospectiva, para ilustrar este pensamiento, habría que formular la siguiente proposición: si la crisis económica con sus manifestaciones de desempleo e inseguridad masivos hubiera seguido directamente a la terminación de la guerra, la crisis revolucionaria de la sociedad burguesa hubiera sido de un carácter mucho más agudo y profundo. Precisamente, con el objetivo de evitar esto, los estados burgueses limaron las aristas de la crisis revolucionaria por medio de una prosperidad financiera especulativa, esto es, posponiendo la inevitable crisis comercial e industrial por doce o dieciocho meses, al costo de desorganizar más aún sus respectivos aparatos financieros y económicos. En razón de esto, la crisis se volvió todavía más profunda y aguda: en cuanto a los ritmos, sin embargo, no coincidió ya con la turbulenta oleada de desmovilización, sino que tuvo lugar en el momento en que ésta ya había cedido, en un momento en que uno de los campos estaba sacando balance y extrayendo las lecciones, mientras que el otro estaba atravesando una fase de desilusión y sufriendo las consecuentes divisiones. La energía revolucionaria de la clase trabajadora se replegó sobre sí misma y encontró su expresión más clara en los imperiosos esfuerzos por construir el Partido Comunista. Este inmediatamente se expandió hasta llegar a ser la fuerza mayor en Alemania y Francia. Al pasar el peligro inmediato, el capitalismo, habiendo creado artificialmente un boom especulativo en el curso de 1919, se aprovechó de la crisis incipiente para desalojar a los trabajadores de aquellas posiciones (la jornada de 8 horas, los aumentos de salarios) que los capitalistas se habían visto obligados a cederle previamente como forma de autopreservación. Peleando en batallas de retaguardia, los trabajadores retrocedieron. Las ideas de conquistar el poder, de establecer repúblicas soviéticas, de llevar adelante la revolución

socialista, naturalmente se debilitaron en sus mentes al tiempo que se encontraron obligados a luchar, no siempre con éxito, para mantener sus salarios tan si quiera en el mísero nivel al cual habían descendido.

Allí donde la crisis económica no asumió el aspecto de sobreproducción y agudo desempleo, sino que retuvo en cambio (como en Alemania) la forma profunda de remate del país y degradación del nivel de vida de los trabajadores, la energía de la clase, dirigida a aumentar los salarios para compensar el poder de compra declinante del marco, se parecía a los esfuerzos de un hombre tratando de atrapar su propia sombra. Como en otros países, el capitalismo alemán pasó a la ofensiva: las masas laboriosas, aunque resistiendo, retrocedieron en desorden.

Fue precisamente en medio de esa situación general que ocurrieron los acontecimientos de marzo de este año en Alemania. En esencia, todo se reduce a esto: que el joven Partido Comunista, lleno de pánico ante el evidente reflujó de la oleada revolucionaria en el movimiento obrero, hizo una apuesta desesperada para aprovechar la acción de uno de los destacamentos del proletariado que aún mantenía la dinámica anterior, con el propósito de “electrizar” a la clase trabajadora y de hacer todo lo posible porque las cosas avanzaran, y precipitar la batalla decisiva. El III Congreso Mundial de la Comintern se reunió cuando aún estaba fresca la impresión de los acontecimientos de marzo en Alemania. Luego de un cuidado análisis, el Congreso evaluó en toda su importancia el peligro inherente a la falta de correspondencia entre la táctica de la “ofensiva”, la táctica de la “electrización” revolucionaria, etc. -y los procesos muchos más profundos que estaban teniendo lugar dentro de la clase trabajadora de acuerdo con los cambios y giros de la situación económica y política.

Si hubiera habido en Alemania en 1918 y 1919 un Partido Comunista comparable en cuanto a fuerza a aquél que existía en marzo de 1921, es muy probable que el proletariado hubiera tomado el poder ya en enero o marzo de 1919. Pero no había tal partido. El proletariado sufrió una derrota. De la experiencia que sacó de esta derrota, nació el Partido Comunista. Una vez puesto en pie, si éste hubiera intentado actuar en 1921 de la misma forma en que el Partido Comunista debería haber actuado en 1919, hubiera sido reducido a añicos. Es exactamente esto lo que dejó claro el último Congreso Mundial.

La discusión sobre la teoría de la ofensiva estuvo estrechamente mezclada con la evaluación de la coyuntura económica y su futura evolución. Los adherentes más consecuentes a la teoría de la ofensiva desarrollaron la siguiente línea de razonamiento: El mundo entero está atrapado en una crisis que es la crisis de un orden económico en descomposición. Esta crisis indefectiblemente va a profundizarse y por lo tanto a revolucionar cada vez más a la clase trabajadora. En vista de esto era superfluo que el Partido Comunista mantuviera un ojo vigilante sobre su retaguardia, sobre sus reservas principales; su tarea era tomar la ofensiva contra la sociedad capitalista. Más tarde o más temprano, el proletariado, bajo el látigo de la decadencia económica iría en su apoyo. Este punto de vista no se expresó en el Congreso en ésta, su forma más definida, porque sus aristas más



filosas habían sido suavizadas durante las sesiones de la Comisión que tomó a su cargo la situación económica. La mera idea que la crisis industrial y comercial pudiera ceder el paso a un relativo boom fue considerada por los adherentes conscientes o semiconscientes de la teoría de la ofensiva casi como centrismo. En cuanto a la idea de que el nuevo reanimamiento industrial y comercial podría no sólo no actuar como freno sobre la revolución, sino que por el contrario prometía impartirle nuevo vigor, no les parecía otra cosa que puro menchevismo. El pseudo-radicalismo de los “izquierdistas” encontró una expresión retardada y bastante inocente en la última convención del Partido Comunista alemán, donde se adoptó una resolución en la cual, dicho sea de paso, yo fui objeto de una polémica individualizada, a pesar de haberme limitado a expresar el punto de vista del Comité Central de nuestro partido. Me reconcilio tanto más fácilmente con esta minúscula y anodina venganza de los “izquierdistas” porque de conjunto, la lección del III Congreso Mundial no pudo menos que dejar su marca sobre todo el mundo, en primer lugar, sobre nuestros camaradas alemanes.

2

Hoy existen signos incuestionables de un quiebre en la coyuntura económica. Los lugares comunes que se invocan, en el sentido de que esta crisis es la crisis final de la decadencia, de que la misma constituye la base de la época revolucionaria, de que sólo puede desembocar en la victoria del proletariado, tales lugares comunes no pueden obviamente, reemplazar al análisis concreto del desarrollo económico junto con todas las consecuencias tácticas que se desprenden del mismo. A decir verdad, la crisis mundial hizo un alto, tal como se ha dicho, en mayo de este año. Los síntomas de una mejora en la coyuntura se revelaron primeramente en la industria de bienes de consumo. A partir de allí la industria pesada se puso también en marcha. Hoy en día estos hechos son incontrovertibles y se reflejan en las estadísticas. No voy a presentar dichas estadísticas para no hacerle más difícil al lector seguir la línea general del argumentol. ¿Significa esto que se ha detenido la decadencia de la vida económica del capitalismo? ¿Que esta economía ha recobrado su equilibrio? ¿Que la época revolucionaria está llegando a su fin? En absoluto. El quiebre en la coyuntura industrial significa que la decadencia de la economía capitalista y el curso de la época revolucionaria son mucho más complejas de lo que imaginan ciertos simplistas.

La dinámica del desarrollo económico está representada por dos curvas de diferente orden. La primera curva, que es básica, denota el crecimiento general de las fuerzas productivas, la circulación de mercancías, el comercio exterior, las operaciones bancarias, etc. En su conjunto, esta curva se mueve hacia arriba a través de todo el desarrollo del capitalismo. Expresa el hecho de que las fuerzas productivas de la sociedad y la riqueza de la humanidad han crecido bajo el capitalismo. Esta curva básica, sin embargo, sube en forma desigual. Hay décadas en que aumenta tan poco como el grosor de un cabello, luego siguen otras décadas donde trepa bruscamente, sólo

para, más tarde, durante una nueva época, permanecer por largo tiempo en el mismo nivel. En otras palabras, la historia conoce de épocas de crecimiento brusco así como otras de crecimiento más gradual de las fuerzas productivas bajo el capitalismo. De esta forma, tomando el gráfico del comercio exterior inglés, podemos establecer sin dificultad que el mismo muestra únicamente un crecimiento muy lento desde el final del siglo dieciocho hasta mediados del siglo diecinueve. Luego en un espacio de más o menos veinte años (1851 a 1873) trepa muy velozmente. En la época que sigue (1873 a 1894) permanece virtualmente sin cambios, y luego retoma su crecimiento acelerado hasta llegar a la guerra.

Si dibujamos este gráfico, su curvatura ascendente y desigual nos dará un cuadro esquemático del curso del desarrollo capitalista como un todo, o en uno de sus aspectos. Pero nosotros sabemos que el desarrollo capitalista se da a través de los así llamados ciclos industriales, que comprenden una serie de fases consecutivas de la coyuntura económica: boom, estancamiento, crisis, fin de la crisis, mejora, boom, estancamiento, y así sucesivamente. Un análisis histórico muestra que estos ciclos se siguen el uno al otro cada ocho o diez años. Si estuvieran colocados en el gráfico, obtendríamos, superpuestos sobre la curva básica que caracteriza la dirección general del desarrollo capitalista, un conjunto de ondas periódicas que se mueven hacia arriba y hacia abajo. Las fluctuaciones cíclicas de la coyuntura son inherentes a la economía capitalista, como los latidos del corazón son inherentes a un organismo vivo. Un boom sigue a una crisis, una crisis sigue a un boom, pero en su conjunto la curva del capitalismo ha venido trepando en el curso de siglos. Claramente la suma total de booms tiene que haber sido mayor que la suma total de crisis. Sin embargo, la curva del desarrollo asumió un aspecto diferente en diferentes épocas. Hubo épocas de estancamiento. Las oscilaciones cíclicas no cesaron. Pero puesto que el desarrollo capitalista en su conjunto siguió ascendiendo, de allí se desprende que las crisis prácticamente equilibraron los booms. Durante las épocas en las cuales las fuerzas productivas aumentaron con rapidez, las oscilaciones cíclicas continuaron alternándose. Pero cada boom obviamente empujaba la economía hacia adelante un trecho mayor del que retrocedía con cada crisis que se sucedía. Las ondas cíclicas podrían compararse con las vibraciones de una cuerda metálica, suponiendo que la línea del desarrollo económico se asemejara a una cuerda metálica en tensión: en realidad, por supuesto, ésta no es una línea recta, sino que su curvatura es compleja.

Esta mecánica interna del desarrollo capitalista a través de la incesante alternancia de crisis y boom es suficiente para mostrar cuán incorrecta, unilateral y anticientífica es la idea de que la actual crisis, a la vez que se agrava, deba prolongarse hasta que se establezca la dictadura del proletariado, independientemente de si esto sucede el año que viene, o en tres años o más, a partir de hoy. Las oscilaciones cíclicas, dijimos como refutación a esto en nuestro informe y resolución del III Congreso Mundial, acompañan a la sociedad capitalista en su juventud, en su madurez y en su decadencia, exactamente como los latidos de su corazón acompañan a un ser humano incluso

hasta en su lecho de muerte. No importa cuáles puedan ser las condiciones generales, por más profunda que pueda ser la decadencia económica, la crisis económica e industrial interviene barriendo las mercancías y fuerzas productivas excedentes, y estableciendo una correspondencia más estrecha entre la producción y el mercado, y por estas mismas razones abriendo la posibilidad del reanimamiento industrial.

El ritmo, la amplitud, la intensidad y la duración del reanimamiento depende de la totalidad de las condiciones que caracterizan la viabilidad del capitalismo. Hoy puede decirse positivamente (lo dijimos hace un tiempo en las jornadas del III Congreso) que luego de que la crisis haya desmontado la primera valla, bajo la forma de precios exorbitantes, el incipiente reanimamiento industrial chocará rápidamente, bajo las actuales condiciones mundiales, contra otra gran cantidad de vallas: la más profunda ruptura del equilibrio económico entre Europa y EE.UU., el empobrecimiento de Europa Central y Oriental, la prolongada y profunda desorganización de los sistemas financieros, etc. En otras palabras, el próximo boom industrial en ningún caso será capaz de restaurar las condiciones para un futuro desarrollo que sea en alguna medida comparable a las condiciones de antes de la guerra. Por el contrario, es muy probable que después de sus primeras conquistas, este boom choque contra las trincheras económicas cavadas por la guerra.

Pero un boom es un boom. Esto quiere decir una creciente demanda de mercancías, producción en expansión, desempleo que se reduce, precios en ascenso y la posibilidad de salarios más altos. Y, en las circunstancias históricas dadas, el boom no reducirá sino que por el contrario agudizará la lucha revolucionaria de la clase trabajadora. Esto se desprende de todo lo anterior. En todos los países capitalistas el movimiento obrero luego de la guerra alcanzó su pico más alto y luego finalizó, como hemos visto, en un fracaso más o menos pronunciado y en una retirada, y en la desunión de las filas obreras. Con estas premisas políticas y psicológicas, una crisis prolongada, aunque sin ninguna duda hubiera aumentado el resentimiento de las masas trabajadoras (especialmente de los desocupados y los subocupados), sin embargo, simultáneamente, hubiera tendido a debilitar su actividad, porque ésta está íntimamente ligada a la conciencia de los obreros de su rol irremplazable en la producción.

El desempleo prolongado a continuación de una época de ofensivas y retiradas políticas revolucionarias no trabaja en absoluto a favor del Partido Comunista. Por el contrario, cuanto más tiempo perdura la crisis, más amenaza con favorecer estados de ánimo anarquistas en un ala y reformistas en la otra. Este hecho encontró su expresión en la ruptura de las agrupaciones anarcosindicalistas con la III Internacional, y de cierta consolidación de la Internacional de Amsterdam y de la Internacional Dos y Media, en el agrupamiento temporario de los serratistas; la ruptura del grupo de Levi, etc. Por el contrario, el reanimamiento industrial está destinado a aumentar, en primer lugar, la confianza en sí mismas de las masas trabajadoras, minada ahora por los fracasos y por la desunión de sus propias filas; forzosamente tenderá a fusionar a la clase obrera en las fábricas y plantas y aumentará el anhelo de unidad de acción militante.

Ya estamos observando los comienzos de este proceso. Las masas trabajadoras sienten que el terreno se afirma bajo sus pies. Están buscando unir sus filas. Sienten claramente que la división es un obstáculo para la acción. Se están esforzando no sólo para unificar su resistencia a la ofensiva que el capital descargó sobre ellas producto de la crisis, sino también para preparar una contraofensiva, basada en las condiciones del reanimamiento industrial. Esta crisis fue un período de esperanzas frustradas y de resentimiento, casi siempre de resentimiento impotente. El boom, a medida que se despliegue, suministrará una salida para esos sentimientos en forma de acción. Esto es lo que, precisamente, establece la resolución del III Congreso, que hemos defendido: “Pero si el ritmo del desarrollo aminora, y la actual crisis comercial e industrial fuera seguida por un período de prosperidad en una mayor o menor cantidad de países, esto en ninguna medida significaría el comienzo de una época ‘orgánica’. Mientras exista el capitalismo, las oscilaciones cíclicas son inevitables. Las mismas acompañarán al capitalismo en su agonía de muerte, de la misma forma que lo acompañaron en su juventud y en su madurez. En el caso de que el proletariado se viera obligado a retroceder bajo la ofensiva del capitalismo en el curso de la presente crisis, inmediatamente retomará la ofensiva tan pronto como surja cualquier mejoramiento en la coyuntura. Su ofensiva [de lucha] económica, que en tal caso sería inevitablemente llevada adelante bajo la consigna del desquite por todas los engaños del período de guerra y por todo el saqueo y los abusos de la crisis, tenderá a transformarse en una guerra civil abierta, así como sucede con la actual lucha ofensiva”.

La prensa capitalista está celebrando a tambor batiente sus éxitos en la “rehabilitación” económica y las perspectivas de una nueva época de estabilidad capitalista. Este éxito tiene tan poca base como los temores complementarios de los “izquierdistas” que piensan que la revolución debe surgir del agravamiento ininterrumpido de la crisis. En realidad, mientras que la prosperidad comercial e industrial que se aproxima implica económicamente nuevas riquezas para los círculos superiores de la burguesía, todas las ventajas políticas serán para nosotros. Las tendencias hacia la unificación dentro de la clase obrera son sólo una expresión de la creciente voluntad de acción. Si los trabajadores están exigiendo hoy que, en pos de la lucha contra la burguesía, los comunistas lleguemos a un acuerdo con los Independientes y con los socialdemócratas, más adelante -en la medida que el movimiento crezca hasta alcanzar una amplitud de masas- estos mismos trabajadores se convencerán de que sólo el Partido Comunista les ofrece el liderazgo en la lucha revolucionaria. La primera oleada de la marea lleva hacia arriba a todas las organizaciones obreras, empujándolas hacia un acuerdo. Pero el mismo destino aguarda a los socialdemócratas y a los independientes: serán alcanzados uno tras otro por las próximas oleadas de la marea revolucionaria.

¿Significa esto -al revés de lo que piensan los partidarios de la teoría de la ofensiva- que no es la crisis sino el próximo reanimamiento económico el que va a llevar directamente a la victoria del

proletariado? Una afirmación tan categórica sería infundada. Ya hemos mostrado más arriba que no existe una interdependencia mecánica, sino dialéctica y compleja, entre la coyuntura y el carácter de la lucha de clases. Basta para comprender el futuro que estamos entrando en el período de reanimamiento muchísimo mejor armados que lo que estábamos cuando entramos en el período de crisis. En los países más importantes del continente europeo tenemos poderosos partidos comunistas. El quiebre en la coyuntura indudablemente nos abre la posibilidad de una ofensiva, no sólo en el campo económico, sino también en la política. Es una tarea inútil dedicarnos ahora a especulaciones sobre hasta dónde llegará esta ofensiva. Esta recién comienza, recién comienza a hacerse visible.

Un sofista podría plantear la objeción de que si nosotros creemos que el reanimamiento industrial ulterior no necesariamente nos llevará directamente a la victoria, entonces comenzará obviamente un nuevo ciclo industrial, lo cual significa otro paso hacia la restauración del equilibrio capitalista. En ese caso, ¿no se estaría realmente ante el peligro del surgimiento de una nueva época de recuperación capitalista? A esto se podría contestar así: Si el Partido Comunista no crece; si el proletariado no adquiere experiencia; si el proletariado no resiste en una forma revolucionaria más audaz e irreconciliable; si no consigue pasar en la primera oportunidad favorable de la defensiva a la ofensiva; entonces la mecánica del desarrollo capitalista, con el complemento de las maniobras del estado burgués, sin duda lograría cumplir su trabajo en el largo plazo. Países enteros serán arrojados violentamente a la barbarie económica; decenas de millones de seres humanos perecerían de hambre, con desesperación en sus corazones, y sobre sus huesos sería restaurado algún nuevo tipo de equilibrio del mundo capitalista. Pero tal perspectiva es pura abstracción. En el camino especulativo hacia este equilibrio capitalista, hay muchos obstáculos gigantescos: el caos del mercado mundial, el desbaratamiento de los sistemas monetarios, el dominio del militarismo, la amenaza de guerra, la falta de confianza en el futuro. Las fuerzas elementales del capitalismo están buscando vías de escape entre pilas de obstáculos. Pero estas mismas fuerzas elementales fustigan a la clase trabajadora y la impulsan hacia adelante. El desarrollo de la clase trabajadora no cesa, incluso cuando ésta retrocede. Porque, mientras pierde posiciones, acumula experiencia y consolida su partido. Marcha hacia adelante. La clase trabajadora es una de las condiciones del desarrollo social, uno de los factores de este desarrollo, y por sobre todas las cosas su factor más importante, porque personifica el futuro.

La curva básica del desarrollo industrial está buscando rutas hacia arriba. El movimiento se torna complejo por las fluctuaciones cíclicas, que en las condiciones de postguerra se parecen más a espasmos. Es naturalmente imposible prever en qué punto del desarrollo se producirá una combinación de condiciones objetivas y subjetivas tales como para producir un cambio revolucionario. Tampoco es posible prever si esto ocurrirá en el curso del actual reanimamiento, en su comienzo, o hacia su fin, o con la llegada de un nuevo ciclo. Es suficiente para nosotros comprender que el ritmo del desarrollo depende en gran medida de nosotros, de nuestro partido,

de sus tácticas. Es de la mayor importancia tomar en cuenta el nuevo viraje en la economía que puede abrir un nuevo estadio en la fusión de las filas y en preparar una ofensiva victoriosa. Porque que el partido revolucionario comprenda qué es lo que está sucediendo, implica ya de por sí un acortamiento de los tiempos y un adelantamiento de las fechas.